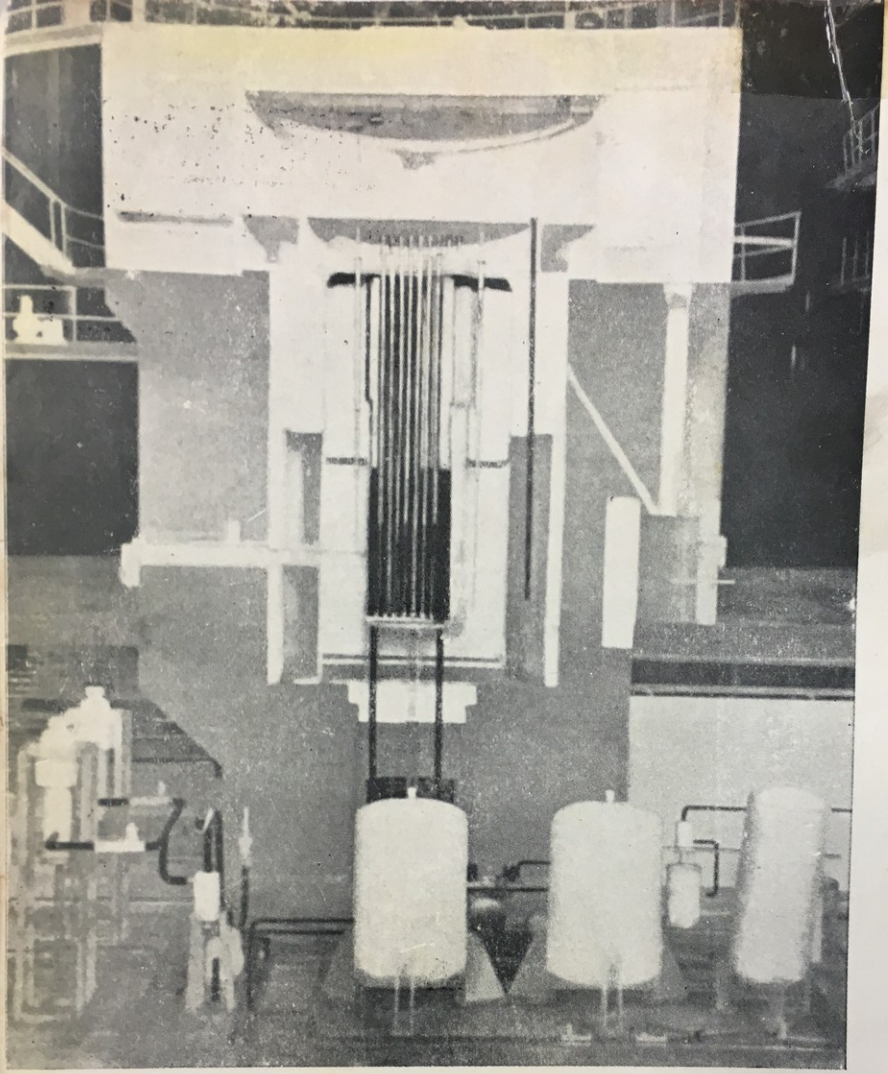
VOL. 3 Nº 36 MAYO 1956

Más allá

REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA



reactor experimental ruso

Los rusos han sido los primeros en construir una central eléctrica atómica. La usina tiene una potencia de 5000 kilowatts y dado los excelentes resultados obtenidos con ella, los soviéticos proyectan construir una de 100.000 kilowatts utilizando el mismo sistema.

AÑO 3 - Nº 36
MAYO 1956

más allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

REVISTA MENSUAL DE AVENTURAS APASIONANTES EN EL MUNDO DE LA MAGIA CIENTIFICA

NUESTRA PORTADA

La humanidad ha emprendido la solución del más atrevido rompecabezas de la historia: la conquista del infinito. Y falta colocar pocas piezas para completar la primera etapa: la estación espacial.

sumario

novela:

SUTIL VICTORIA, por E. C. TUBB

Un día, venusianos y terrestres remontarán juntos el camino de las estrellas..... 78

cuentos:

RESIDENCIA DE CAMPO, por D. F. GALOUYE
La civilización es nada más que un estado de la evolución racial..... 4

COMPETICION, por JAMES CAUSEY
El juego es juego, y el que pierde paga..... 21

DIVISION DE CONDOMINIO, por W. TENN
Son extraños y pintorescos los procedimientos de reproducción, menos el que Dios manda.. 30

MODELO DE JUECES, por WILLIAM MORRISON
Modelo de imparcialidad, pero para juzgar pasteles..... 67

aventuras de la mente:

LA MUERTE DEL SOL, por WILLY LEY..... 52

LA TELEVISION SE AGRANDA, ... 77

novedades cósmicas:

ESPACIOTEST 50

CORRESPONDENCIA: Proyectiles dirigidos y respuesta científicas..... 122

ANTE TODO, UNO MISMO *(editorial)*.... 2

Redacción y Administ.: Editorial Abril S. R. L., Av. Alem 884, Bs As., Rep. Argentina

editorial

ante todo

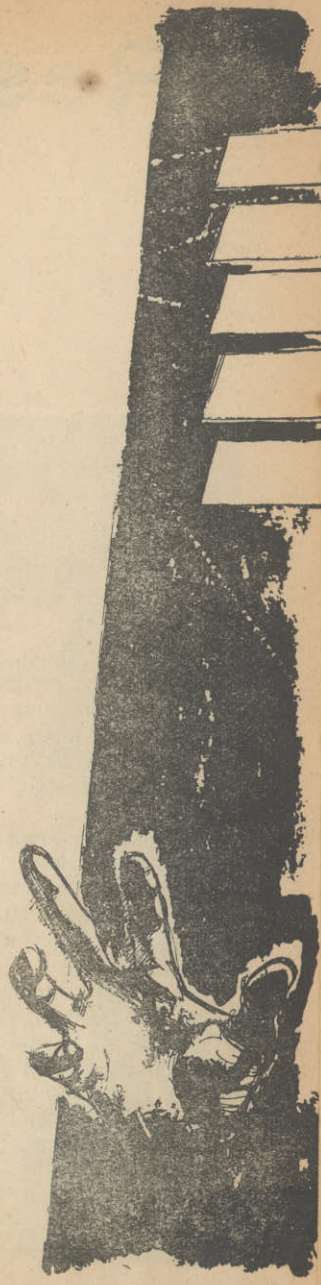
CON este número, MAS ALLA cumple su tercer año de vida; tres años de una vida intensa, dinámica, revolucionaria, en la cual se han abierto nuevos rumbos, se ha lanzado un estilo, se ha determinado una moda; tres años llenos de acontecimientos políticos y sociales, de descubrimientos científicos y adelantos técnicos que han confirmado, con una evidencia pasmosa, la identidad fundamental que existe entre la fantasía y la ciencia. Ese nexo indisoluble y variable, esa incansable y eterna carrera entre lo imaginario y lo real, es el tema, el leit-motiv de la verdadera fantasía científica, y es lo que he tratado de subrayar en cada uno de los 36 editoriales que han tenido la finalidad de presentar a los lectores de MÁS ALLÁ algunas de las infinitas facetas de la cambiante vida nuestra, interpretándolas de manera que resultara claro el espíritu, evidente la intención, indudable la inserción en nuestras vidas de la fantasía científica.

A pesar de las explosiones atómicas, a pesar del dominio creciente sobre las fuerzas de la naturaleza, a pesar de los cada vez más vertiginosos vuelos de nuestra fantasía, seguimos siendo hombres. El fondo de la naturaleza humana no ha variado. Sonreímos ante las profecías de los pensadores de los siglos pasados, ante la ingenuidad de los alquimistas medievales; pero nos reconocemos en su ansia de saber, en su inquietud, en su eterno preguntar. En esta identidad de actitud espiritual entre el hombre de ayer y el hombre de hoy, en este apoyarse en el pasado para proyectarse con indomable ambición hacia el porvenir, está el resorte de nuestro progreso, la fuente de nuestra energía, la base de nuestra sabiduría y la semilla de nuestra insatisfacción. Identidad de actitud: identidad que significa también un continuo tormento porque, al mismo tiempo que nos damos cuenta de que somos en tantas partes iguales a nuestros antepasados, y de que tanto les debemos, de ellos queremos diferenciarnos. Y por eso nuestro afán de acercarnos al porvenir incluye un poco de desprecio hacia el pasado o hacia aquella parte del pasado que representa sólo un freno, un obstáculo, una tentación de aminorar el ritmo de nuestra marcha. Nostalgias, prejuicios, conformismos son nuestros enemigos. No hay que mirar atrás para debilitarnos, sino exclusivamente para sacar nuevas fuerzas y nuevos entusiasmos. Se ha terminado un trabajo: comienzan mil trabajos nuevos. Se ha cumplido un año: comienzan mil siglos nuevos. En cada instante deben aumentar nuestras fuerzas y nuestro entusiasmo; cada obstáculo debe transformarse en un triunfo, no solamente en nuestra imaginación sino en la realidad del próximo instante. Y la fantasía científica describe el continuo triunfo del espíritu del hombre moderno sobre el estancamiento y es, al mismo tiempo, una de sus expresiones más libres, más fáciles de asimilar, más agradables. Es la liberación del hombre de todas las cadenas materiales a las que parecería condenado; liberación que la realidad demuestra cada vez más inminente, aunque más complicada y más amenazada por peligros que el simplismo de los primitivos profetas nunca lograra barruntar.

uno mismo

La exaltación derivada de esta liberación y lo imprevisible que nos espera en los teatros de nuestras hazañas futuras son los temas de los cuentos del presente número de MÁS ALLÁ. Lo desconocido es peligroso y traicionero; pero el peligro y la traición derivan, a veces, del hombre mismo, de su psicología, de su modo de ser, de interpretar y de reaccionar; modo que tiene que ser modificado de acuerdo con las circunstancias.

El mensaje de este número de MÁS ALLÁ es, en suma, que el hombre, para conquistar el Universo y para ser digno de dominarlo, debe conquistar y dominar en primer lugar a sí mismo. El suspenso acongojado de Tubb, el dramatismo de Galouye, el humorismo sutil de Tenn y Morrison, y el vigor tremendo de Causey, con su variedad de tonos, inspiración y formas, tienen una unidad íntima que valoriza las diferencias y da realce a las interpretaciones y a las fantasías personales. ✦



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Residencia de Campo

DANIEL F. GALOUYE

DESDE el principio, aquellos primitivos nos parecieron una paradoja. Los encontramos viviendo como aborígenes sin techo ni ropa. Ni siquiera habían creado un lenguaje elemental. Sin embargo, no carecían de dignidad.

Eran una raza limpia, de ojos penetrantes y escrutadores. Pero sus únicas manifestaciones sociales parecían ser unos cuantos juegos sencillos y una intrigante danza colectiva que ejecutaban con fanático fervor.

Eran dóciles como suelen ser los animales. Sin embargo, la altiva apostura de sus cabezas sugería que su complacencia no degeneraría nunca en servilismo. Yo, Ron Norton, creí incluso percibir en ellos cierta indiferencia ante el prodigio de nuestra llegada.

Sumarían algo más de cien individuos los que, silenciosamente alineados a la sombra de la astronave, observaban los movimientos de John Sharp, con ojos alertas y curiosos, en los que el temor no tenía cabida.

John Sharp enarboló la bandera y la clavó en el suelo. El sol brilló metálicamente en el asta.

—En mi carácter de comandante de la presente expedición —proclamó—, tomo posesión de este planeta, en nombre de los Mundos Confederados.

La proclama era mero formalismo. Más adelante, cuando los primitivos aprendieran el lenguaje universal, comprenderían las implicaciones de aquella ceremonia.

Sharp se puso un dedo muy tieso en la frente y, volviéndose hacia mí, dijo:

—¿De modo que no poseen un lenguaje articulado?

—No, señor.

Frunció el ceño.

—¿Qué te parece, Ron? ¿Puede ser que una raza de aspecto tan inteligente, ni siquiera sepa hablar?

No había tarea galáctica más horrible que la de quebrantar el espíritu de los felices primitivos . . . , ¡y era la raza más feliz que el hombre conociera!

dibujos de **DOCKTOR**

Me encogí de hombros.

—Es posible. El medio natural en que viven es casi perfecto. No tienen que afrontar circunstancias adversas; no necesitan pues desarrollar instintos defensivos. Y ¿qué es el lenguaje, en último extremo, sino una treta para sobrevivir?

CON las manos cruzadas en la espalda, comenzó a pasearse frente a los nativos, deteniéndose para escudriñar primero a una mujer de edad, después al niño que estaba a su lado.

Bruscamente, se volvió y enfrentó a la tripulación.

—¡Hallman!, cerque el campo con estacas neurorrepelentes. Lo consideraré responsable de la pérdida de cualquiera de estos primitivos... ¡Wálker!, sintetice alguna ropa: corpiños y faldas para las mujeres; taparrabos para los hombres. Esos arboluchos tienen aspecto de servir... —con la mano se-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ñaló un grupo de árboles enanos—. ¡Jenkins!, trace un plan de acción. Espero que obtenga de esas criaturas lo más posible en el mínimo de tiempo.

Hallman se apresuró a cargar los generadores de neuroondas.

Wálker se acercó a su grupo, y juntos se dirigieron hacia los árboles enanos, con el equipo de laboratorio portátil.

Jenkins ordenó a sus *pastores* (este nombre lo habían conquistado en la guarnición) regresar con él a la nave.

Sharp continuó observando a los primitivos y enfrentándolos con ojos críticos. Se detuvo ante una joven que le devolvió la mirada de modo igualmente frío y analítico.

Era alta y estaba parejamente tostada por el sol. La cabellera rubia ondulaba como espuma sobre sus hombros. Sus ojos eran claros y vibrantes, y flexibles las delgadas líneas de su cuerpo fuerte pero no musculoso.

—Servirá para la prueba de aptitud linguística, Norton. Haga lo que pueda con ella.

La tomé de un brazo y solícitamente la separé del resto. Me siguió ágilmente y sin oponer resistencia con una sonrisa indecisa que parecía indicar más bien extrañeza que desconfianza.

Sharp se apartó un poco y miró cáusticamente a los nativos.

—Animales — murmuró —; simplemente animales. Nunca han tenido que luchar contra nada; ninguna amenaza exterior los ha obligado a funcionar como unidad social...; por lo tanto, carecen de desarrollo social. Eso debería ser un elemento a favor nuestro, ¿no es así? Si son como animales, se los podrá domesticar como tales —metió los pulgares dentro del cinturón y rió—. Serán un crédito para la Federación..., después de que les enseñemos qué es laboriosidad. Odiarán el trabajo, pero rogarán que se les dé.

—Porque con él —comenté disgustado— adquirirán las cosas inútiles que luego habrán de desear.

Pero mi comentario no interrumpió el pensamiento de Sharp, que tamborileando con el índice contra el mentón, me miró y dijo:

—Me pregunto si serán capaces de albergar espíritu combativo.

Antes de tener yo tiempo para contestar se acercó a un pobre muchacho y le dió una bofetada en cada mejilla.

Intrigado, el muchacho dió un paso atrás, y miró desconcertado a su alrededor.

Sharp bajó la mano.

—Ahora que saben que esto no va a ser una fiesta, los dividiremos en grupos primarios para su instrucción. Empezaremos mañana, a primera hora.

"UN puñetazo inicial da excelentes resultados al establecer contacto con seres de inteligencia C e inferiores", reza el Manual. "Las razones son sencillas: Si te muestras benigno, ellos, cuando se desilusionan y aprenden sus responsabilidades se convierten en resentidos. Por otro lado, si desde el principio les muestras tu fuerza invencible, serán todavía más fáciles de manejar cuando se den cuenta de que no están destinados a la esclavitud, sino a una eventual igualdad; por supuesto, de tipo exclusivamente comercial."

El Manual era el credo de Sharp. Aceptado este precepto y el hecho no demasiado evidente de que Sharp estaba trabajando por conseguir el puesto de coordinador regional, no rasultaba tan mala persona, dado lo que suelen ser los comandantes de expedición.

Para un miembro de la tripulación, no endurecido todavía, el hecho de haber pegado al nativo podía parecer perverso. Era simplemente la aplicación de la técnica del puñetazo inicial. Yo conocía a Sharp suficientemente para saber que en ello no mediaba satisfacción o interés personal ninguno. Los técnicos en lenguaje seguimos en categoría al comandante, porque servimos de lazo de unión entre la tripulación y los nativos, y por ello gozamos de mayor intimidad con los jefes.

Meditaba yo sobre los posibles efectos de la técnica del puñetazo inicial, cuando Sharp me ofreció un cigarrillo. Su rostro estaba serio y preocupado, en contraste con la placidez del atardecer.

Fumamos silenciosamente mientras mirábamos a los pastores agrupar radiológicamente a los nativos en cuatro grupos de trabajo.

—¿Y la chica? —preguntó Sharp.

—Está todavía bajo la hipnosis de la primera sesión.

—¿Cuándo podrá hablar?

—Es difícil de decir. Una semana, diez días... Hasta ahora sólo he tratado a seres con lenguaje articulado. No sé qué resultados dará esta hornada.

—¿Qué le estás haciendo?

—Doble cascada semántica, en transmisión lenta, con todos los requisitos, incluso asimilación hipnótica. De ese modo, los símbolos y conceptos de los palabras penetran directamente en su subconsciente. No tiene necesidad de enfrentarse con las confusiones inevitables que trae aparejadas el aprendizaje consciente.

SHARP arrojó su cigarrillo contra el tronco de un árbol. En la luz crepuscular fulguró una lluvia de chispas.

—Avísame cuando le hayas derramado las dos mil cuatrocientas palabras básicas. ¿No te parece que su carencia de lenguaje articulado puede aumentar la rapidez de asimilación?

—Es posible —admití—. Al menos no tendrá que luchar con las confusiones inherentes a la coordinación de dos lenguajes.

Un ayudante de laboratorio se acercó con la joven. Ella se detuvo, nos miró por unos instantes, sonrió y graciosamente se dirigió hacia el bosque. Su silueta se esfumó entre los desvanecidos tonos del atardecer. Pero sus rasgos pálidos se destacaban como si tuvieran luz propia. Pasó como un fulgor de blancura y se perdió en la oscuridad del bosque.

Largo rato, quedé con la vista fija en el sitio por donde desapareció. Ella y su gente eran delgados y hermosos, con miembros flexibles como de nadadores. Cada movimiento de sus cuerpos denotaba agilidad y fuerza; pero no denotaba el rudo vigor de los primitivos, sino cierto aire de nobleza.

¿Qué aspecto tendrían una vez civilizados? Tantas veces había yo presenciado la degradación transitoria, las condiciones de vida precarias, la incertidumbre y la frustración colectivas, que duran centurias, hasta que los primitivos aprenden a vivir civilizadamente!

—¿Qué te preocupa, Norton? —preguntó Sharp, repentinamente.

—Sólo estas criaturas. ¿Sabes cómo las llaman los muchachos?... Los sumisos.

—Estás deseando decir algo. Vamos, dilo.

—Quizá no sea siempre necesario aplicar la técnica del puñetazo.

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—Hace tiempo, yo también acaricié esa magnánima idea; pero, después de la segunda o tercera expedición, me encontré con que no podía manejarme si no aplicaba la técnica. Aprendí. Sharp no tendrá que recurrir nunca más a la tropa de matones.

LOS deberes y responsabilidades del Cuerpo son severos. Siguiendo los pasos de un destacamento de Descubrimiento Primario, descendemos en un planeta, recogemos un grupo de prueba, les administramos instrucción elemental en civilización confederada, e

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

informamos sobre el éxito o el fracaso del intento. Si el informe es favorable, pasamos el planeta al Equipo Integral que dirige el desarrollo de la sociedad en todas sus fases: desde el sistema educacional hasta la técnica.

Nuestro trabajo nos exige mucho. Siempre tememos llegar a un punto muerto; pues los planetas que deben probarse e integrarse son inagotables en número. Por eso nos place descubrir un aspecto de la vida primitiva que hasta entonces pasáramos por alto; especialmente cuando facilita nuestra tarea o la hace menos cruel o más eficaz.

Y por la misma razón nos interesó mucho el baile que presenciamos la primera noche.

Wálker y yo acompañábamos al jefe en la ronda de inspecciones alrededor de la nave. El químico describía la reacción de los primitivos ante la emisión de ropa, cuando una luz pálida y titilante, que se filtraba por entre los árboles, nos atrajo.

Sharp la vió primero y, señalándola, preguntó:

—¿Qué les parece eso?

Quizá los del Primario se equivocaron —sugirió Wálker—. Quizá conozcan el fuego.

—Entonces tenemos que revisar nuestras apreciaciones —dijo Sharp, sonriendo con entusiasmo—. Eso significaría que podremos terminar la instrucción en menos tiempo del que nos ha sido concedido.

Conforme nos adentrábamos en el bosque, la luz se hacía más brillante, hasta rivalizar con las dos lunas y sus ondulantes reflejos sobre los distantes picos coronados de nieve.

Al intentar abrirse paso entre la tupida maleza, Sharp blasfemó y retiró violentamente su brazo.

—¡Malditas espinas! ¡Parecen flechas! —se llevó la mano a la boca y chupó la herida.

Desde el otro lado de los matorrales, en el ámbito de luz surgieron los suaves sonidos de una melodía.

El volumen de la subyugante eufonía aumentó como la marea de un océano inquieto. Se oían cientos de voces nativas inarticuladamente armónicas unas murmuraban graves, otras canturreaban agudas. La canción sin palabras expresaba simplicidad y sentimiento idílicos. Era el volcarse del alma de esa gente.

—¡Dios! —susurró Wálker—. ¿Oyeron alguna vez algo parecido?

Sharp gruñó y siguió caminando a lo largo de la maleza hasta que ésta se hizo menos intrincada. Nos acercamos a él y fijamos la vista en el calvero.

ALLI estaban los nativos: veinte o treinta, en el centro; el resto, sentados en círculo, alrededor de los primeros. ¡Y la luz titilante, que parecía la luz que las estrellas envían a la Tierra..., *salía del cuerpo de los integrantes del pequeño grupo central!*

Era una fantástica auroela verdiazul que fulguraba sobre sus carnes, parecida al brillo fosforescente que despide la estela de un barco.

Sharp apretó el brazo de Wálker.

—¿Decía algo el informe de Primario sobre la existencia de nativos luciérnagas? —susurró incrédulo.

—El informe no dice nada al respecto —aseguró el químico.

Pediré un informe completo. Llévese a uno de los nativos a la nave, para observarlo. Encomiéndeselo a su mejor bioquímico.

Gradualmente, mientras Sharp hablaba, el tema de la canción había cambiado. Ahora, sonaba en mis oídos como un aire alegre, insistente en sentimientos de aspiraciones y deseos: el nacimiento de la decisión, el alba de la humildad... y desde lo más profundo de las voces, un sutil fondo de orgullo.

Luego, la danza comenzó.

Fuertemente apretados el uno contra el otro, los componentes del pequeño grupo formaron un conglomerado amorfo, y la fosforescencia de sus cuerpos desapareció. La melodía murmurada iba en crescendo cuando un brazo se elevó ondulante. La luz acarició su carne, jugando sobre ella como un fuego helado. Otros brazos se elevaron y se unieron al ondulante movimiento. Parecían juncos agitados por la brisa.

El ritmo de la música se hizo más movido. Los brazos se elevaron más aún y los cuerpos, fantásticamente brillantes, se irguieron oscilando bajo los brazos. La melodía terminó con una nota de insinuante triunfo, al tiempo que la luz biológica fulguraba con brillantez... y luego se extinguía.

Pero el son melodioso se renovó, y otros bailarines se sumaron al grupo, que se dividió en tres.

Sharp me tocó el hombro.

—Mira. Han formado un cuadrado, un triángulo y un círculo. Gente subsocial, que carece de lenguaje, pero que conoce los símbolos geométricos. ¿Tiene eso alguna explicación?

—Es posible. Los símbolos los toman de la naturaleza: la forma de sus líneas, las cuatro extremidades podálicas de los mamíferos, el diseño de una montaña.

Fascinado por la nueva fase del baile, observábamos a los nativos que se movían salvaje y locamente, con agitado balanceo de las cabezas flexionando y extendiendo los brazos, girando los cuerpos sucesivamente, de modo que cada uno, por turno, repetía el movimiento del que estaba a su lado. Era un movimiento preciso pero discordante. Terminó rápidamente, y la espectral fiesta pasó a una nueva fase.

Ocupó el centro un nativo de elevada estatura, que, de pie y con los brazos cruzados, fulguraba intensamente. Unos veinte hombres y mujeres lo rodearon haciendo piruetas en parejas, los unos alrededor de los otros.

El canturreo de fondo se encrespó con excitado fervor y los bailarines giraron temerariamente, apenas luminosos comparados con el hombre quieto.

—Ron —susurró Sharp con vehemencia—, esto demuestra que son más gregarios de lo que pensábamos. Quizá nuestro trabajo no sea tan pesado como temíamos.

GIRANDO sin cesar, una jovencita se alejó de su compañero y describió un arco que la llevó hasta la pareja danzante más cercana. La música se excitó aún más. Como atraído por vertiginoso remolino, se formó otro grupo en el otro extremo del calvero y se puso a girar jovialmente alrededor de una segunda figura central.

El arremolinado movimiento tenía una gracia y una belleza indescriptibles. Nadie que no haya visto con sus propios ojos la danza de los primitivos, puede imaginarlo.

La jovencita nuevamente cambió de posición: brillando con más intensidad aún, atravesó la glorieta, caracoleando, y pasó a formar parte del segundo grupo. Más espectadores se unieron a los grupos que giraban. Otros crearon nuevos grupos, hasta que todos participaron de la danza.

Sharp blasfemó bruscamente y se agachó al suelo. Se levantó agitando un puñado de ropas. Entonces nos percatamos de que los nativos habían tirado todas las ropas sintéticas que les diéramos.

El rostro de Sharp se endureció. La letra del Manual había sido violada. Se habían sintetizado ropas para los nativos, se les había enseñado a usarlas; pero los nativos no las usaban. Eso era desobediencia palmaria.

Gritando furiosamente, Sharp penetró en la plazoleta.

Los bailarines se detuvieron. Sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

inarticulados cantos cesaron. Su luminosidad tembló, disminuyó y desapareció. El calvero se convirtió en un desolado paisaje iluminado por la luz triste y débil de las lunas. Fué como si una bella sinfonía se hubiese interrumpido repentinamente.

Sharp desenfundó su revólver de doble efecto y lo puso en carga mínima. Luego barrió al grupo de bailarines más cercano, con disparos neuroagitantes.

Arrojó por el aire las vestiduras. Estas planearon y cayeron sobre la desnuda carne de los nativos.

—¡Pónganselas! —ordenó agitando el arma sobre los dóciles nativos, y luego la enfundó.

Un niñito salió corriendo y se escondió por entre unos matorrales. Intranquilo esperé los gritos que lanzarían al clavarse las espinas en la carne.

Dócilmente, sumisamente o quizá como expresión casi imperceptible de paciencia, los primitivos se pusieron la ropa.

Sharp regresó al lugar en que nos encontrábamos.

—Es una suerte que hayan desobedecido —explicó—. El Manual dice que no se debe dejar pasar ninguna oportunidad en que se pueda dar muestras de autoridad. Wálker, escoja a uno para la prueba biópsica.

Luego dió media vuelta y se dirigió a la nave.

Yo me quedé para curar al niñito que se había ocultado entre los espinosos matorrales.

Lo encontré apretujado contra un árbol. No intentó escabullirse, como yo esperaba cuando me arrodillé a observar sus heridas. No había tales heridas.

LOS aparatos de la psicocascada semántica zumbaban incansablemente en el laboratorio mientras yo observaba trabajar a los nativos en el linde del bosque.

Una hora antes se les había enseñado una vivienda completa, construída con troncos hachados y aserrados con herramientas atómicas e izados hasta su lugar con grúas antigravitantes. Ahora, instruídos por los pastores y equipados con las primitivas herramientas que se suponía debían usar durante dos generaciones, cuatro grupos intentaban reproducir la construcción.

La joven (la llamamos Lola, para uso de nuestro archivo), se estremeció cuando el pulsímetro de la psicocascada tembló de diapasón. Me acerqué y

reajusté los dos polos. Aun durante el sueño provocado, con la cara relajada y perdido el color, su belleza era vivída y triunfal, pero de una despreocupada elegancia, típica de la humildad de su raza: un tipo nuevo de encanto sutil, sin igual en otra raza alguna, desde la A a la D inclusive.

Durante largo rato admiré sus delicados pero vigorosos rasgos, abrigando pensamientos que el Manual prohibe: lo hermoso que sería liberarse de la expedición y pasarse el resto de la vida junto a una ninfa.

Wálker entró con el ceño fruncido.

—¿Qué tal se porta Lola? —preguntó.

—Hasta ahora absorbió todo. Reacción normal para clase C. ¿Qué resultó de la biopsia de la luciérnaga?

Wálker se encogió de hombros con indiferencia.

—No encontré nada que explique el fenómeno: ni sistema dermatotraqueal, ni suministro de oxígeno por algún tipo de biocombustión, ni órganos fotógenos; solamente tejidos humanos normales.

—No te preocupes —lo alenté—.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Quizá se trate de algo que sólo está en nuestra imaginación.

Su sombría expresión se acentuó.

—¿Como el chiquito qus se escondió en el matorral? Ron, ¡el chico se pinchó con las espinas!

—¿Sin siquiera arañarse? —comenté riendo.

Asintió con seriedad.

—Al hacer la biopsia, corté el espécimen del hombro, separé el tejido, lo eché en una solución especial; tres segundos después me volví para esterilizar la herida... ¡Ya estaba cicatrizada!

SHARP escuchó con atención mi relato sobre lo ocurrido con la biopsia y el chico. Luego, enojado, se desentendió encogiéndose de hombros.

—Regeneración de los tejidos..., simplemente regeneración. No es la primera vez que damos con ella. Una vez, en Auxol...

—No es lo mismo. Esto se produjo en segundos, no en días.

Miró pensativamente hacia afuera y luego se volvió hacia mí.

—Mira, Ron: la fisiología aberrante no me interesa en cuanto descalifique a una raza como raza humana. En ese asunto de cuerpos que brillan y regeneración espontánea, ¿encontró Wálker algo que sugiera que estos *sumisos* son infrahumanos?

Negué con la cabeza.

Se dirigió hacia donde se encontraban trabajando los nativos. Estos trataban de colocar los primeros troncos de la vivienda. Y sus rostros expresaban confusión.

—Son desilusionantemente ineptos, si consideramos que conocen las figuras geométricas. Estoy seguro de que son capaces de hacer lo que les exigimos, pero se obstinan en despistarnos —se quejó.

—¿Cómo pueden conspirar si carecen de lenguaje? —pregunté.

—Lo sabremos cuando tengamos lista a esa muchacha para la primera entrevista. Quizá entonces nos enteraremos de por qué brillan como luciérnagas y por qué sus heridas se curan inmediatamente.

—Tal vez la explicación se encuentre en conceptos que nosotros no podemos captar. ¿Cómo podrán expresar esos conceptos en palabras que nosotros entendemos, si no podemos ofrecerles un lenguaje provisto de las palabras y conceptos necesarios?

Descartó el argumento.

—De todos modos, nos prepararemos para tomar inmediato contacto lingüístico. Ten preparada a la chica, para el interrogatorio, mañana a la mañana.

—Pero no podemos acelerar el proceso sin arriesgarnos a provocar un desequilibrio mental. Hasta los más adelantados de la clase B necesitan por lo menos una semana de instrucción inconsciente.

En sus rasgos se reflejó más fuertemente que nunca su natural testarudez.

—La entrevista será por la mañana... temprano.

—Pero...

—Yo me entenderé con las complicaciones, si surgen. Es una orden, Ron.

Después de todo, había un Manual... y Sharp quería ser ascendido. Además

Hierro blando

¿SUPONÍA usted que el hierro es un metal duro y tenaz? Pues estaba completamente equivocado. El hierro, en estado de absoluta pureza, es sumamente blando, propiedad que por otra parte tienen también casi todos los metales en esas condiciones.

podía instruir sumario contra cualquiera de los miembros de la tripulación, por insubordinación. Y yo también tenía que cuidar mi futuro en el Cuerpo.

Cuando estaba por retirarme, un pastor supervisor entró golpeando los talones y saludó.

—Señor, el teniente Hallman informa que los nativos no comen.

—Dígale al teniente que si no les gusta nuestra comida se consigan la propia, pero en los momentos de descanso.

—Pero, capitán..., usted no me ha comprendido. No *es que no quieran comer,* sino *que no comen.*

—¡Pamplinas!

—Hemos terminado nuestra tercera inspección del terreno, señor, y por lo que pudimos observar, los sumisos no comen nunca.

LOLA estaba acostada bajo los aparatos de psicocascada. La estudié con solicitud, preguntándome si se daría cuenta de su desamparo y de mi falta de habilidad para ganarme su confianza.

Extendí la mano par hacer los reajustes que Sharp me ordenara. Pero la retiré lleno de dudas. Luego traté de compenetrarme del espíritu del Manual; me dije que aquella mujer no era sino uno de los especímenes que estaban bajo observación; que si algo fallaba en el experimento de transplante de lenguaje, había otros noventa y nueve sujetos en la zona de prueba, y millones fuera de ella.

Pero todo lo que conseguí fué ver su cabello que resplandecía contra el duro metal de la mesa, como las prominencias solares contra el aterciopelado espacio; su sonrisa, que expresaba su sencilla confianza en mí, mucho más claramente que todas las palabras del mundo.

A regañadientes aumenté la intensidad de la hipnoanestesia y puse las unidades de psicocascadas en tres cuartos de su potencia total, con transferencia directa. Sharp no sabría nunca que yo no había usado la potencia máxima. Y la única dificultad con que tropezaríamos sería la de un vocabulario incompleto pero suficiente para una primera entrevista.

Más tarde, cuando se hizo de noche, me dirigí al calvero, con la esperanza de encontrar a los primitivos entregados a su danza ritual. No me equivocaba.

Oculto tras los árboles, contemplé pensativamente el magnífico espectáculo de los cuerpos que giraban y brillaban, perdidos en el enigma de la ceremonia. Pero, esta vez, las amarillentas ropas sintéticas escondían un poco la gracia de sus movimientos. Y, mientras miraba, me preguntaba qué no darían los más destacados coreógrafos de la Federación por ser testigos del extraordinario espectáculo.

Como una noche anterior, el grupo más pequeño formaba una masa indistinta, de la que ocasionalmente emergía un ondulante brazo.

¿Era un ritual simbólico? ¿Una manifestación social que suplantaba una civilización nunca desarrollada? ¿Era el conjunto de la historia y la leyenda de ese pueblo, las costumbres y el folklore, expresados en una danza exótica que reemplazaba al lenguaje? Si pudiera traducirse con exactitud, ¿aclararía los problemas que planteaban los primitivos?

Confuso, más que fascinado, observé cómo los nativos agitaban desordenadamente sus cabezas y doblaban y estiraban los brazos como pistones o palancas en movimiento. La música se hizo más sentida y espiritual mientras los flexibles cuerpos se perdían en un éxtasis de círculos concéntricos alrededor de la figura central.

El ritual había llegado al punto en

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que Sharp lo interrumpió la vez anterior. Ahora evolucionó hacia una nueva fase. Los grupos se dispersaron, y los bailarines asumieron posiciones individuales, tachonando el área con islas de pálida luz.

El canturreo se elevó con afiebrado acento y nuevamente se reanudó la danza. Los nativos caracolearon, se inclinaron, hicieron piruetas mientras el halo que rodeaba sus cuerpos titilaba insistentemente.

Bailaban con aire de abandono, como si comprendieran que pronto el éxtasis de su danza se perdería para siempre. Y, por breves instantes, creí captar el oculto sentido del ritual.

De pronto, una de las jóvenes pasó cerca de mí, como elegante relámpago de ágiles piernas y titilante luz. Se detuvo antes de iniciar una pirueta y nuestras miradas se encontraron.

¿Era Lola?

Totalmente imposible. Aunque se hubiese recobrado de la hipnoanestesia, todavía tendría que habérselas entendido con los compartimientos de capacitación, antes de poder abandonar la nave.

Escrudriñé cuidadosamente el campo por ver si la encontraba de nuevo; pero había desaparecido en el torbellino de la danza.

Regresé apresuradamente a la nave y la encontré tal como la había dejado.

APARTE impacientemente las unidades de psicocascada y corrí la mesa de modo que la luz del sol no diera directamente en el rostro de Lola. Luego esperé a que se despertase, temiendo que el irresistible aluvión de conceptos extraños y símbolos de lenguaje hubiesen destruído una inteligencia que podría haber sido tan bella y gentil como su propia dueña.

Pero cuando finalmente abrió los ojos, éstos conservaban el brillo de la razón.

—Eres Lola —le dije.

—Pero, ¿por qué estoy aquí?

Había una suavidad en su voz, como yo nunca había oído, ni en multitud de planetas de prueba, ni en cientos de mundos civilizados.

—Vas a hablar en nombre de tu gente, hasta que le enseñemos a hablar a ellos también.

Su rostro expresó confusión.

—¿Qué puedo decir?

—Mediante el lenguaje, aprenderás a vivir mejor y más felizmente que hasta ahora.

Esta frase era el acercamiento de rutina: artículo dos, sección séptima del Manual.

—Van a ser más felices todavía. Nosotros venimos de las estrellas. Y los hijos de vuestros hijos alcanzarán también las estrellas.

Se puso de pie y se quedó temblando al lado de la mesa.

—Ustedes deberán volverse sin nosotros.

La tomé por los hombros, miré sus bellos ojos, y me encontré pensando cosas que el Manual establece que no deben ocurrírsele a ningún miembro de la Federación.

—¿Cómo sabes que somos susceptibles de ser civilizados? —preguntó.

En la puerta se dibujó la silueta de Sharp. Con los pulgares metidos dentro del cinturón, y una sonrisa en los labios, preguntó:

—¿Se entiende lo que dice?

Asentí con la cabeza. Sharp se acercó. "¿Otra vez la técnica del puñetazo?", me pregunté.

—¿En qué lenguaje se expresa tu gente? —inquirió Sharp.

—Nosotros no hablamos.

—Pero tú puedes hablar —insistió. Sólo que quieres fingir que no puedes hacerlo, ¿no es así?

—¿Fingir? —repitió interrogante.

—No es un palabra básica —le recordé a Sharp.

—Tampoco lo es civilización, y parece que cuando entré la estaba usando tranquilamente.

Molesto, miré primero a Sharp y luego a Lola.

—Lola —continuó Sharp, astutamente—; tu gente es gente sencilla; ni siquiera saben hablar; sin embargo conocen el círculo, el cuadrado y el rectángulo. ¿Cómo explicas ese fenómeno?

Lola no contestó.

—¿Saben trabajar en conjunto? —insistió Sharp.

—No es necesario.

—¿O decidieron que no quería trabajar; que harían ver que eran estúpidos, para que nosotros pensáramos que no podían aprender a trabajar?

—Trabajamos lentamente porque el trabajo es duro. Nunca edificamos casas antes de ahora.

Interrumpí:

—Estás expresándole conceptos que ella no puede manejar con un simple tratamiento básico de cascada.

—¡Sí que puede! ¿No ve que está defendiéndose? No salió sino un momento de la nave, y ya está enterada de que están construyendo viviendas. ¿Cómo podría saberlo si no se comunicaran?

Le apretó la muñeca y le preguntó:

—¿Qué pretendes hacernos creer?

Lola me miró como pidiendo ayuda. Quise interponerme entre ambos.

—Apártate, Norton —me ordenó Sharp.

Un sargento pastor entró y saludó.

—El teniente Wálker desea saber si usted puede venir inmediatamente al laboratorio, capitán.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sharp.

—Nos hemos enterado de por qué no necesitan usar ropa. Dice el teniente que son termostáticos. Pueden acomodarse al frío o al calor.

Sharp dejó caer los brazos.

—Sargento, encierre bajo llave a esa mujer, hasta que yo vuelva.

No sé por qué, yo tenía el presentimiento de que Lola no permanecería encerrada mucho tiempo.

LAS baterías de psicocascadas debían ser descargadas y cargadas nuevamente; de modo que hasta las últimas horas de la tarde tuve que permanecer en el laboratorio.

Al salir, vi cómo Sharp supervisaba personalmente el aprendizaje de los primitivos a quienes los pastores enseñaban a hachar y aserrar árboles electrónicamente. Al parecer, los nativos no captaban el principio de encajar un tronco sobre otro.

Preparé en favor de Lola un razonamiento que creí convincente, y esperé a que se presentara la oportunidad de exponérselo a Sharp.

Este, convertido en una verdadera furia, gritaba órdenes a los pastores y vomitaba desprecio por los nativos. Lo vi arrancar un hacha de manos de uno de ellos y dar un hachazo en un arbolillo. Maldiciendo, se la devolvió al hombre. El nativo siguió manejando sin mayor éxito su herramienta, golpeando la parte más gruesa de la hoja contra la corteza del árbol.

—¡Jenkins! —gritó Sharp repentinamente—, déles un recreo de dos horas y reorgánicelos en cuadrillas. Van a trabajar alternadamente las veinticuatros horas del día.

Se restregó la frente y se acercó a mí con un cigarrillo en la mano y moviendo desdeñosamente la cabeza.

—Nunca me encontré con tantas dificultades.

—En cuanto a Lola... —empecé a decir.

Acercó su encendedor a mi cigarillo y luego encendió el suyo.

—Pedí al Comando Regional que nos manden un destacamento para acabar con estas dudas. Microbiólogos, químicos orgánicos, psicólogos, técnicos médicos... en fin, un equipo completo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vamos a saber más sobre estos sumisos que sobre nosotros mismos.

Probablemente sufría de alucinaciones, en las que su ascenso a coordinador regional se le escapaba de las manos.

—John —dije—, estos nativos son..., ¿cómo decirte?..., diferentes. Quizá si tratáramos de acercarnos a ellos de otro modo...

—¿Cómo, por ejemplo? ¿Soltando a la chica —me preguntó sarcásticamente—, dándole algunas palmadas cariñosas e invitando a su familia a comer en la mesa del capitán?

—¡Si dejaras de citar el Manual, aunque fuese por una vez!...

—Esta es *mi* nave —me respondió severamente—, y quiero que todo en ella se encuentre en regla; tan en regla como para no tener que toparme con un subordinado que se hace fantásticas ilusiones sobre la primera nativa que encuentra.

Se interrumpió, largó aire como un barco por las chimeneas y exclamó:

—¡Diablos, Ron! Tú eres un buen técnico lingüista. Haz el favor de no complicar las cosas más de lo que están.

—No me parece necesario torturar a una muchacha porque el artículo tres diga que se debe estar atento a los intentos de conspiración.

—¿No te gusta el Cuerpo, verdad?

—No me gusta cómo lo manejan algunos.

Antes de terminar de hablar, me di cuenta de que me había excedido.

Arrojó su cigarrillo al suelo y lo chafó con el pie.

—Bueno; si quieres irte y convertirte en primitivo, puedes hacerlo cuando quieras: ahora mismo, si te parece bien.

Se encaminó coléricamente hacia la nave. Lo seguí con la vista mientras pensaba en sus últimas palabras. Y me pregunté cuántas deserciones del Cuerpo se originaban por jefes demasiado conscientes del Manual; cuántas... por chicas como Lola.

LOS nativos, de pie junto a la cabaña casi acabada, miraban irresolutos a los pastores, quienes, terminada la jornada, se retiraban a la nave.

Observé que los primitivos no tenían el aspecto de personas a las que se ha extenuado con más de diez horas seguidas de trabajo. Sus cuerpos se mantenían erguidos; sus rostros, frescos y alertas, y sus movimientos, precisos y ágiles. Sin apresuramiento se retiraban hacia el bosque... ¿para iniciar nuevamente el baile nocturno?

Salieron las estrellas, y fulguraron en el suave fondo de la noche, como... *como en su fase final la danza de los primitivos*. Esta comparación la hice automáticamente, como si ya me hubiera dado cuenta de ello mucho antes.

Al principio de aquel movimiento final, se habían distribuído separadamente sobre el terreno, y su luminosidad titilaba como si se tratara de millares de estrellas.

¿Formaba esto parte del simbolismo? ¿Estaba yo empezando a captar el significado del ritual?

Me abrí camino rápidamente a través del bosque, hasta llegar al calvero; la danza ya había comenzado. Examiné con atención la masa amorfa de cuerpos retorciéndose vacilantes, luchando por mantenerse erguidos, cimbreándose rítmicamente.

Parecía, parecía... No pude forzar la imagen. Presté atención a la música en busca de la clave. Pero nada me indicó que estaba presenciando otra cosa que no fuese una incomprensible danza colectiva.

El movimiento se aceleró; los nativos se arremolinaron adoptando posiciones rígidas y moviéndose con el ritmo mecánico preciso de la segunda fase. Vi que se habían quitado la ropa.

Sentí un movimiento a mi derecha. Del matorral surgió Lola, que corría ágilmente hacia la glorieta. La sujeté por un brazo.

—¿Cómo has podido escapar?

—¡Déjame ir! —rogó—. ¡Esta es nuestra última danza!

La miré perplejo. ¿Cómo sabía ella que Sharp pensaba hacerlos trabajar las veinticuatro horas del día?

De pronto me encontré con las manos vacías: en lugar de su muñeca no había nada. Lola estaba con los bailarines. Ocupó su puesto en uno de los remolinos concéntricos, que giraba en torno a uno de los fulgurantes hombres inmóviles.

El susurro de las voces, el salvaje abandono agitaban el alma y parecían terriblemente vivos.

—Nos vamos —explicó.

Hechizado, permanecí en el borde del calvero, meciéndose suavemente, deseando unirme a ellos, ansioso de sentir su misma exaltada animación.

Lola se separó de su grupo, atravesó el claro y se unió a otro grupo. Dos nativos de este grupo pasaron a formar parte del que ella había abandonado.

De pronto el esquema adquirió sentido. Entonces comprendí: la danza y sus fases eran...

—¡Lola! —grité al recordar sus palabras—. ¡No te vayas!

Turbado por la idea de la irreparable pérdida, me esforcé en encontrarla con la vista. No podía ser que se fueran, ¡ahora que yo había comprendido!

Finalmente la divisé. Su figura centelleaba con dulce resplandor, mientras bailaba la danza de las cien eras. Me abalancé hacia ella.

—¡Quieto, Norton! ¡Atrás!

Me detuve y me volví, impresionado por el tono amenazador de Sharp. La luz fría de la luna se estremeció en el cañón metálico de su fusil.

YO podía pasar por alto nuestras diferencias de opinión —dijo con calma, mientras observaba las formaciones de bailarines—. Pero soltar a la chica, permitir que ante tus propios ojos los primitivos se desnuden... ¿Dónde está Lola?

—Resérvate las explicaciones para la Corte Marcial. Mientras tanto quedas arrestado.

Me apartó a un lado; y, fusil en mano, penetró en el calvero.

La primera desobediencia merecía un simple castigo: bastaba con una descarga de impulsos neuroagitantes, según decía el Manual. Pero en caso de

---

Para obtener el reloj más exacto se emplea amoníaco o cesio

HASTA *ahora los relojes más precisos tenían una diferencia de un tercio de segundo por año. Aun cuando tal variación pudiera parecer pequeña resulta excesiva cuando se trata de mediciones muy exactas en astronomía o sobre la rotación de la Tierra. Por eso, ocho físicos norteamericanos, bajo la dirección del doctor Rabi, han dado término a la construcción de un reloj, del tamaño de una heladera corriente, cuya diferencia con la hora real no va más allá de los tres décimos de segundo por siglo. El mecanismo de este reloj monumental se basa en la vibraciones de las moléculas del gas amoníaco, que alcanzan al número de un millón por segundo. Un aparato electrónico registra tales vibraciones transformadas en micro-ondas.*

Los japoneses, por su parte, han construído un reloj a base de cesio, metal alcalino, de tan alta precisión, que alcanza a ¡un diez millonésimo de segundo!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ofensa o desobediencia repetidas, tal como flagrante nudismo, se imponía ejecución ejemplar.

Corrió el selector del arma hasta carga máxima y disparó. Un halo de horrenda fuerza rodeó al nativo más cercano. La energía irradiada ocupó el lugar de la luz corporal, hasta que un fulgor deslumbrante resplandeció brevemente como el estallido de una nova. Cuando aquel brillo espantoso amenguó, movimos el esperado cuerpo caído temblando en las últimas agonías de la muerte a causa de la descarga que destruía el sistema nervioso.

El nativo, simplemente había desaparecido.

Y la danza continuaba como si nadie hubiera reparado en el incidente.

Con el fusil colgando de su mano, Sharp retrocedió incrédulo. Alzó nuevamente el arma, y nuevamente restalló la sibilante furia de luz pálida, dirigida esta vez a dos de los nativos.

Tuvo la impresión de que los dos nativos habían ya desaparecido, un instante antes que el disparo se produjese.

Sharp juró en voz alta.

La danza siguió hasta alcanzar su culminación. Los primitivos se dispersaron por el campo, colmando el claro con la dulce luminosidad de sus cuerpos.

Me acordé de Lola; grité su nombre con desesperación, y me abalancé hacia el calvero.

El delgado cono de neuroimpulsos mortales, como fulgurante barrera me cortaba el paso y se dirigía a los nativos de la extrema derecha. Luego, el rayo empezó a desplazarse lento y decididamente a través de la explanada.

Como velas que se apagan al cubrirlas con la mano, los nativos fueron desapareciendo por turno, a medida que el rayo de la muerte pasaba sobre ellos.

Por fin no quedó ninguno, y Sharp se enontró gritándole a su propia sombra. Tiró el arma al suelo y se dejó caer con la cara entre las manos. Me dió lástima. El no podía comprender.

Cuando levantó la vista, tenía otra vez el rostro endurecido.

—No llegarán muy lejos, con la cerca de neuroestacas.

—¿La cerca rodea la Galaxia? —le pregunté amargamente.

Me miró con desconcierto.

—No volverán —proseguí con voz apagada—. Todo el tiempo estuvieron pensando irse. Y se han ido al percatarse de que pensábamos vencer sus ardides y otorgarles el don de nuestra civilización.

EL calvero quedó triste y solitario después de la desaparición de los nativos. En él permanecían la memoria de su danza y los nostálgicos giros de su melodía refugiados en el murmullo de las hojas. Yo sabía que esa desolación se extendía por todo el planeta.

—¿Sabes adónde han ido? —preguntó Sharp, desconcertado.

Tuve ganas de vengarme. Pero me dió lástima, y mi resentimiento desapareció. Nunca él comprendería. Los hechos reales estaban demasiado lejos de los manuales, credos, rígidas astronaves y reglamentos institucionales. Desesperadamente imaginé el rostro de Lola: el rostro que nunca más vería.

—¿Dónde estarán, Ron? —preguntó de nuevo.

—A un año luz de distancia, o a diez, o a cien años luz... Quizá en otra galaxia.

—¡Quizá en los mil diablos! —gritó.

—Estábamos pretendiendo medir su inteligencia —no pude controlar la ironía de mi voz—, como un tarado que quiere apreciar la inteligencia de un genio... John, ¡los primitivos somos nosotros! Somos como el perro montaraz que se encuentra en una bella residencia de campo, y en lugar de aprovechar la oportunidad y las ventajas que se le presentan, se empeñan en conservar todos sus defectos, hasta que finalmente hay que echarlo. ¡Dios, cuánto podríamos haber aprendido de ellos!

—¿De esos *salvajes*?

—Salvajes... Hace cincuenta millones de años, puede ser. Piensa en la danza. ¿No significa nada para ti?

—Un simple ritual primitivo.

—Es la historia completa de las realizaciones de su raza, transmitida de generación en generación: la ceremonia con que rinden homenaje a su gloriosa herencia.

—¡Herencia! ¿En una raza que ni siquiera sabe encender el fuego?

—El descubrimiento del fuego —expliqué pacientemente— se conmemora en la primera parte de la danza: ondulantes brazos y luminosos cuerpos que se elevan como llamas desde una masa informe. Simboliza el nacimiento de la cultura. Los gestos desmedidos de la segunda parte (casi podrían verse engranajes que rodaban, pistones que se deslizaban, vástagos que penetraban) son el tributo a la civilización mecánica. La danza circular alrededor de los fulgu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rantes hombres inmóviles, representa a los planetas girando en sus órbitas alrededor del sol. Los nativos corriéndose de un grupo a otro, he ahí la conmemoración de la conquista del espacio interplanetario.

La comprensión iba iluminando la cara de Sharp.

—Y cuando se distribuían por el campo encendiéndose y apagándose, ¿qué significaba aquello?

—Titilantes estrellas. Y los nativos dirigiéndose de uno a otro, ¡la conquista del vuelo galáctico!

—*Pero ¿dónde está su civilización?*

ME volví con acritud y miré la explanada. Allí había bailado Lola minutos antes. La soledad que reinaba hacía que esos minutos parecieran siglos.

—¿Y qué es la civilización? —le pregunté—. Simplemente un estado de la evolución racial. Como nosotros estamos personalmente envueltos en ese proceso desde nuestro punto de vista la civilización parece un fin en sí. Estamos orgullosos de los artefactos que hemos perfeccionado. Pero, cuando hayamos evolucionando hasta que a voluntad podamos adaptarnos al calor o al frío, ¿para qué perder el tiempo cosiendo ropa y edificando casas? También carecería de sentido tomar medicinas y mantener instrucciones terapeúticas una vez que hubiésamos desarrollado la regeneración espontánea. ¿Y nos preocuparíamos acaso por producir comida, si hubiéramos descubierto un medio biológico de extraer la energía necesaria para el metabolismo, de alguna fuente que ni siquiera podemos imaginar? Ni tampoco necesitaríamos naves interplanetarias, o ninguna otra clase de vehículos, si pudiéramos ir a donde quisiéramos con simplemente desearlo. Hasta el lenguaje es superfluo cuando se es capaz de transmitir conceptos de una mente a otra. Y cada planeta que ellos eligen, no es un mundo que debe ser conquistado: es una residencia de campo.

Sharp quebró su pensativo silencio con un salto.

—Ron, debemos encontrarlos. ¡Piensa lo que significarían para el adelanto de nuestra civilzación galáctica! No puede ser que éste sea el único planeta en que se encuentren. Cuando dejaron la civilización atrás, debieron desparramarse por todo el Universo... Los encontraremos aunque debamos recorrer la Galaxia planeta par planeta.

"Y aun entonces no nos encontrarán".

Me pareció oír mis propias palabras, pero silenciosamente pronunciadas por otra persona.

Sharp se quedó boquiabierto, y comprendí que había oído la misma voz silenciosa. Giró y enfrentó el calvero.

—¡Lola! —gritó.

Allí estaba, con los brazos cruzados, la cabeza echada hacia atrás, mostrando la profunda dignidad y la belleza inmarcesible de una diosa.

—Habéis adivinado —dijo suavemente—. No perdáis el tiempo, buscando algo que no habréis de encontrar nunca. Vuestra existencia racial se extiende a unos pocos miles de años. Hasta que pueda medirse en decenas de millones, no podrá haber contacto entre vuestra civilización y la nuestra. Carecen de base común.

Sonrió en lo que evidentemente era un gesto de despedida.

—¡Espera! —balbuceó Sharp, adelantándose—. No puedes abandonarnos. Somos iguales, ¡somos como tú!

Echó la cabeza hacia atrás y rió suavemente.

—Lola —susurré urgiéndola—, llévame contigo.

—¿A... la residencia de campo?

Luego sonrió cálidamente y me tendió la mano.

—Ven —me dijo.

Y nos fuimos juntos... los dos solos. ✦

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ilustrado por STONE

COMPETICION

por JAMES CAUSEY

Descubrirían la causa de aquella enfermedad mortífera, ¡aunque les costara la vida!

DIARIO DE GRETA.

18 de enero.

QUISIERA que Max me tratara como a una *mujer*.

Hace una hora, durante la cena, John Armitage propuso un brindis, expresamente en homenaje a mí. Le encanta mostrarse galante. De gran estatura, cabello plateado, ojos muy azules, sonrisa de porcelana. El jefe del C.M.I., perfecto ejemplo del político-investigador.

—Por la colonia —manifestó, levantando su copa—. Quiera Epsilon amarlos y preservarlos. Y quiera Dios que sean inconvenientes de trasmisión.

—Amén —dijo Max.

Todos bebimos. Taylor Bishop depositó con pulcritud su copa sobre la mesa. Bishop es un hombrecillo canoso, con una voz tímida que desmiente su reputación como el mejor bioquímico del sistema.

—¿Ha insinuado Farragut alguna otra cosa? —inquirió blandamente.

Armitage frunció el ceño.

—No sería muy prudente para el Senador Farragut alarmar al populacho con rumores de desastre.

Bishop lo miró con sus ojos pálidos.

—Además, es año de elecciones.

El silencio fué súbitamente desagradable.

—Muy bien —dijo luego Armitage con una risita—. Así que el Senador

quiere ser un héroe nacional. Lo cierto es que será mejor que Epsilon resulte habitable, pues de lo contrario Pan-Asia gritará que lo vamos a llenar de cerdos. Quieren la guerra de todos modos. Dentro de un mes... ¡buum!

POR un momento, temí que se pusiera a hacer un discurso sobre los billones sofocantes de la Tierra, la aguda tensión de la guerra fría y la sagrada necesidad de Nuestra Misión. En ese caso, estoy segura de que me habría puesto a llorar a gritos. Algunas responsabilidades son demasiado grandes hasta para pensar en ellas. Pero en cambio me guiñó un ojo. Por primera vez, empecé a darme cuenta de por qué Armitage era Director del Consejo Mundial de Investigadores.

—Hipótesis, Greta —dijo—. Epsilon es probablemente un paraíso. ¿Por qué iba a permitir la colonia de prueba que el resto del mundo se metiera en él? Simplemente, están procediendo como egoístas.

Yo me eché a reír. La tensión se aflojó.

Después de la cena, Armitage se puso a jugar al ajedrez con Bishop, mientras yo seguía a Max a la sala de control.

—¿Falta mucho? —inquirí.

—Descenderemos en el planeta dentro de dieciocho horas, doctor. —Lo dijo rígidamente, ocupado al parecer con los controles. Max es un hombrecillo moreno, de ojos coléricos y con la sonrisa más triste que he visto jamás. Es también muy buen piloto y magnífico bacteriólogo. Sentí deseos de abofetearlo. Odio a estos tipos profesionales británicos que piensan que una mujer bioquímica es una especie de rareza.

—Sinceramente —dije—, ¿qué cree usted que ha pasado?

—Enfermedad —repuso amargamente—. Durante los primeros seis meses, enviaron los informes según lo programado, ¿recuerda? Un planeta limpio, de aire puro, sin formas de vida dominantes, perfecto para la inmigración, único, un mundo en un billón. Bruscamente, cesaron de trasmitir.

Me quedé pensando un momento.

—Leí su tesis sobre los virus venusinos —dijo abruptamente—. Muy buena exposición. Usted debería ser una gran ventaja para nosotros, doctora.

—Gracias —le espeté. Estaba tan furiosa que inadvertidamente miré hacia la pantalla visora de la cabina.

Bishop ya me lo había prevenido. Son necesarios muchos años de viajes por el espacio para que una persona pueda mirar el Universo desnudo sin ponerse a gritar de la impresión.

Y fué esa impresión la que me dominó de inmediato. El trueno de cristal de las estrellas, esa horrible negrura voraz. Recuerdo que empecé a gritar y a debatirme, y luego Max me tomó de los hombros, sosteniéndome suavemente. Estaba murmurando algo y acariciándome el pelo. Después de un rato, cesé de sollozar.

—Gracias —susurré.

—Será mejor que vaya a dormir un rato, Greta —dijo.

Me volví para salir.

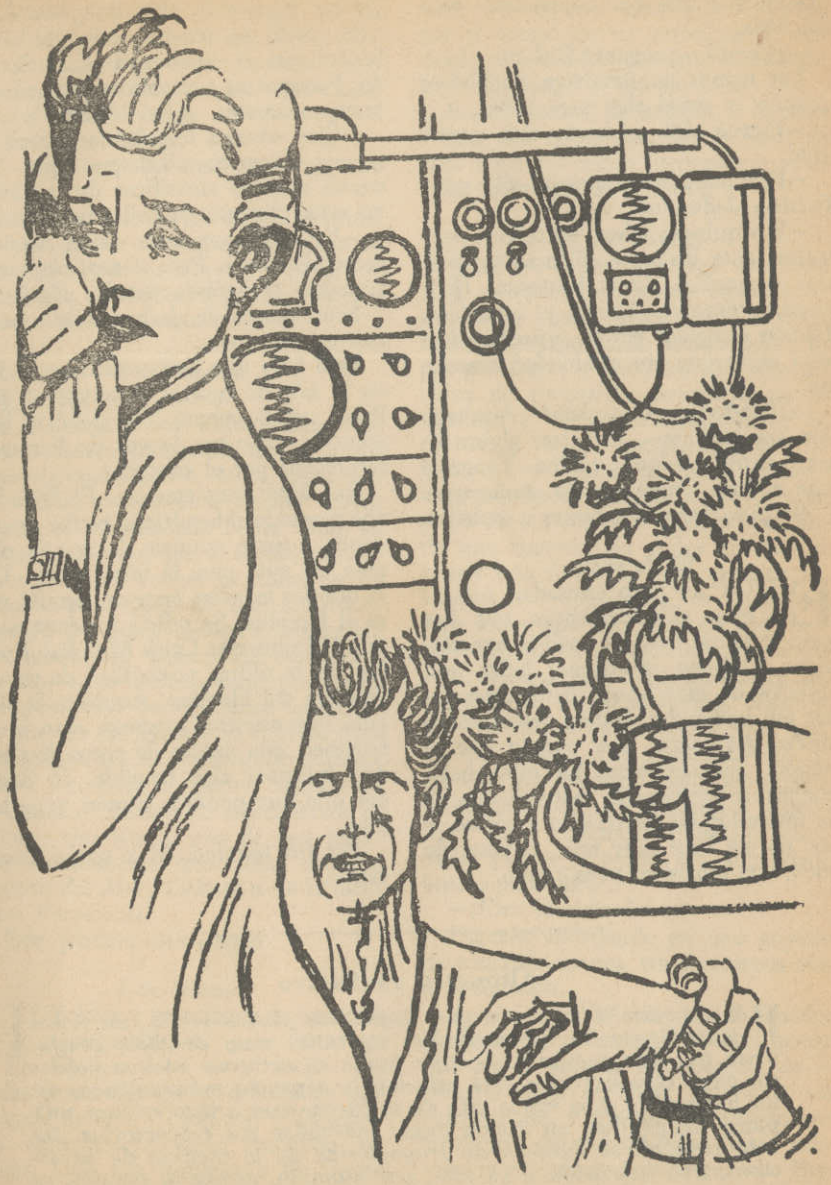
Creo que me estoy enamorando.

19 de enero.

HOY llegamos al planeta. Max necesitó unas cuantas horas para localizar la nave de la colonia de prueba. Finalmente logró descubrirla en la playa de un mar interior que centelleaba como un arrugado raso azul. Por un tiempo navegamos en amplias espirales, tratando de avistar algunas señales de vida. No se notaba nada.

Finalmente descendimos. Max y Armitage se pusieron sus espacio-equipos y se dirigieron hacia la nave de la colonia. Volvieron al cabo de algunas horas, muy pálidos.

—Están muertos —La voz de Armi-



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tage vacilaba cuando salió de la cámara hermética—. Todos.

—No hay más que esqueletos —añadió Max.

—¿Cómo? —preguntó Bishop.

Las manos de Armitage temblaban cuando se sirvió algo para beber.

—Parece algo así como una guerra civil.

—Pero había un centenar —dije yo—. Estaban *dedicados*...

—Eso quisiera saber —intervino pensativamente Bishop—. Blancos y morenos y amarillos. Rusos, británicos, franceses, alemanes, chinos y españoles. Fueron escogidos por su capacidad técnica antes que por estabilidad emocional.

—¡Sandeces! — exclamó Armitage con voz tonante—. Debe ser algún insecto extraño, alguna toxina. Tenemos que aislarla, encontrar un anticuerpo.

Se puso inmediatamente a trabajar.

22 de enero.

ESTOY un poco asustada.

Han sido necesarios tres días para terminar con los análisis atmosféricos. Oxígeno, nitrógeno, helio, con indicios de otros gases. Estos otros gases son hediondos. Bishop descubrió un nuevo gas inerte, más pesado que el xenon. Está excitado. Yo estoy habitualmente verificando material que da la impresión de ser residuo orgánico, y eso no me hace muy feliz. A pesar de todo, esta atmósfera parece pura.

Armitage está irritándose.

—Está en la flora — insistió hoy—. Quizás haya sido algo que comieron —Se quedó en tensión, mirando afiebradamente el cronómetro—. El Senador Farragut va a establecer contacto en breves instantes. ¿Qué le diré?

—Que estamos trabajando en eso — repuso secamente Bishop—. Que los cuatro mejores científicos de la Galaxia están tratando de hallar la solución.

—Eso está muy bien —dijo Armitage seriamente—. Pero se sentirán preocupados. ¿Progresan ustedes algo?

Sentí deseos de darle por la cabeza con un martinete.

Una hora más tarde estábamos todos en la sala de control. Armitage se hallaba prácticamente en posición de atención, mientras la voz de Farragut retumbaba por el trasmisor.

Fué algo muy emético. El Senador dijo que todo el hemisferio estaba aguardando nuestro anuncio de que el planeta era apto para la inmigración. Dijo que las estrellas eran un desafío para el Hombre. Se refirió temerosamente a la Inminente Crisis Mundial. Epsilon era la última posibilidad de supervivencia del Hombre. Armitage le aseguró que nuestros progresos eran satisfactorios, que dentro de pocos días podría informar algo tangible. El Senador dijo que nosotros éramos unos héroes.

Por fin terminó. Max estaba bostezando.

Altímetro radiactivo

PARA medir la altura a que llegan los globos sonda, un físico canadiense ha inventado un aparatito muy sencillo, consistente en una fuente radiactiva fijada al extremo de una palanca, cuyo otro extremo está aplicado a cápsulas manométricas de un barómetro. Los rayos alfa de la fuente van a impresionar una placa fotográfica, en donde dejan marcadas sus trayectorias. De esta manera, el número de trayectorias da la medida de la altitud. Una ascensión a 18 km., por ejemplo, donde la presión es de 0,05 atmósferas, [illegible] da 2.000 trazos.

—Quisiera saber cuántos electores empezarán a trabajar la tierra.

Armitage frunció el ceño.

—No es divertido, Cizon. No es nada divertido. Puesto que ya hemos analizado la atmósfera, sugiero que empecemos con el trabajo en el campo.

Taylor pestañeó.

—Aún estamos analizando algunos residuos...

—Ocurre que yo soy el jefe nominal de este grupo — Armitage se puso de pie, con expresión resuelta—. Evidentemente, la atmósfera es pura. Vamos a hacer algún progreso.

2 de febrero.

¿ESTO es progreso?

Durante los últimos diez días hemos estado trabajando de sol a sol. Análisis cuantitativos, suelo, agua, flora, fauna, composición celular, observación al microscopio. Nada. Max ha descubierto unos pocos alcaloides letales en ciertos hongos verdosos de los árboles, pero dudo de que los miembros de la colonia comiesen hongos sin discriminación. Bishop ha encontrado algunos tipos unicelulares, pero nada peligroso. Hay un espécimen tentaculado que me recuerda a un rotífero asustado. Max lo ha denominado *Armitagium*. Armitage se siente complacido.

Quizá el destino de ese centenar de colonos siga siendo uno de esos misterios eternamente insolubles, como el destino del *Mary Celeste* o de la astronave *Prometeus*.

Este planeta está *limpio*.

4 de febrero.

HOY Max y yo salimos en busca de especímenes.

En Epsilon debe ser el otoño. Por todas partes hay en los árboles un despliegue de ocre y escarlata, y los arbustos achaparrados están mudando sus hojas. Una vez llegamos a un campo de plantas semejantes a los cardos, con las semillas contenidas en vainas espinosas que se abrían mientras mirábamos, las esporas purpúreas flotando por el campo en un remolino de matizada niebla. Max dijo que le recordaba a Escocia. Me dió un beso.

En el camino de regreso a la nave vimos dos esqueletos. Cada uno de ellos tenía los dedos fuertemente apretados en el cuello del otro.

20 de febrero.

HASTA la fecha, hemos analizado novecientos tipos de especies vegetales en busca de contenidos tóxicos. Bishop ha examinado innumerables tipos anormales y bacterias. Nuestro archivo de preparados microscópicos es inmenso y sigue creciendo. Max ha capturado varios insectos. Hay una diminuta araña amarilla de los arbustos cuya mordedura es mortal, pero la especie parece ser rara. Bishop ha aislado una bacteria del moho que podría causar una fiebre elevada, pero su velocidad de propagación es demasiado baja como para permitirle subsistir mucho tiempo en el torrente sanguíneo.

El animal más peligroso parece ser un arápodo de unos sesenta centímetros de altura. Son raros, y muy apacibles. Bishop disecó ayer a uno de ellos, y no encontró nada alarmante.

Anoche soñé con la primera expedición. Soñé que todos se habían suicidado porque Epsilon era demasiado bueno para ellos.

—¡Esto es ridículo!

Estamos trabajando en una especie de tranquila locura, sin acercarnos aún a la solución.

Armitage habló ayer con el Senador Farragut y le insinuó sombríamente que en el sistema hidropónico de la primera nave se había producido un cortocircuito, y que un inadecuado desequilibrio de carbohidratos había causado la muerte de toda la colonia. Bastante inverosímil. Farragut se está im-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pacientando. Bishop tiene un aspecto macilento. Max se muestra torvo.

23 de febrero.

NUESTROS análisis cuantitativos están mermando. Todas las noches, antes de acostarnos, jugamos una partida de *bridge*. Anoche maté con un triunfo el as de Max y éste murmuró algo con un gruñido. Tuvimos una discusión. Esta mañana encontré un ramo de esporas purpúreas de los cardos junto a la puerta de mi cabina. Max es un encanto.

Esta tarde, después del almuerzo, por mutuo acuerdo, suspendimos el trabajo y jugamos al *bridge*. Bishop advirtió el ramo de cardos en un vaso, sobre el cronómetro y puso reparos.

—Son inofensivos —dijo Max—. Y además, huelen bien.

Apenas si puedo aguardar la partida de mañana.

25 de febrero.

ARMITAGE hace trampas.

Ayer fracasó al querer superar mi declaración. Discutimos ásperamente al respecto. Taylor, por supuesto, se puso de parte de él. Tres manos más tarde, Armitage declaró seis corazones.

—Ciento cincuenta de honores —anunció.

—Es mentira —dije yo.

—Eran sólo cien —repuso con una mueca—. Pero muchas gracias, de todos modos, Greta. Ahora no intentaré la *finesse* de reina.

No es de extrañar que ganaran en las tres últimas noches. Max está furioso con los dos.

28 de febrero.

JUGAMOS todo el día. Max y yo seguimos perdiendo. Siempre supe que Armitage era un escuerzo pomposo, pero nunca llegué a suponer que fuera un *falso*.

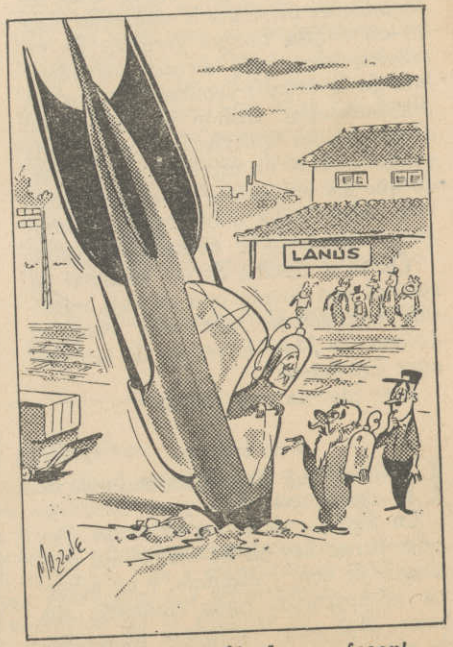
Esta tarde tenía buen juego, pero Armitage sobrepujó mi apertura de diamantes con tres espadas. Bishop lo llevó a cuatro y yo contré, contando con mi as-rey de corazones y diamantes.

Yo salí con mi as de diamantes, y Armitage cortó con un triunfo de su mano. Bishop abrió sus cartas. Tenía tréboles, y espadas puros, dos corazones y dos diamantes.

—¿Nada? —le preguntó Max a Armitage con expresión feroz.

Armitage rió entre dientes. Sentí deseos de arrancarle los ojos. Sacó de inmediato los triunfos, jugó luego los tréboles del muerto descargando los perdedores de corazón de su mano y deslizando finalmente... *dos diamantes*.

MIRE fijamente su garganta rubicunda, su yugular. Podía sentir la contorsión de mi boca.



¡Error de cálculo, profesor!...

En la mano siguiente tuve que pasar. Con una excusa, fuí al laboratorio. Allí encontré un escalpelo. Volví calladamente por detrás de Armitage, pero Bishop vió lo que iba a hacer y lanzó un grito. No fuí lo suficientemente rápida, Armitage se agachó y Bishop se precipitó sobre mí.

—Gracias, querida —dijo Max pensativamente, mirando las cartas diseminadas por el suelo.

¡ESTA loca! —pudo exclamar por fin Armitage—. La tensión es demasiado para ella.

Me puse a llorar. Traté histéricamente de disculparme. Después de un rato los convencí de que me sentía perfectamente. Max me dió un sedante. No jugamos más *bridge*. Durante la cena seguí mirando la garganta de Armitage.

Después de comer, salí a dar un largo paseo. Cuando volví a la nave, todos estaban durmiendo.

1º de marzo.

ESTA mañana, Bishop encontró a Armitage en su cabina. Salió muy pálido, mirándome fijamente.

—¡Perra! —me dijo—. De oreja a oreja. ¡A quién tendré ahora de compañero!

—No puede probarlo —repuse yo.

—Tendremos que confinarla en su habitación —dijo Max cansadamente—. Yo se lo diré a Farragut.

—¿Y le hará saber que le expedición está fracasando?

—Tiene razón —suspiró Max—. Le diremos que Armitage sufrió un accidente.

—Es evidente que fué suicidio —dije con toda seriedad—. No pudo soportarlo más.

—¡Oh, Dios! —murmuró Max.

Enterraron a Armitage esta tarde. Desde mi cabina los vi cavar la fosa.

Los tramposos nunca prosperan.

2 de marzo.

MAX habló hoy con el senador Farragut. Le dijo que Armitage había muerto como un héroe. Farragut parecía preocupado. Los Panasiáticos habían retirado su embajada del Africa Imperial. La tensión está aumentando en el frente nacional. La inmigración *debe* empezar esta semana. Con tono tranquilizador, Max le dijo:

—Sólo unas pocas pruebas finales, Senador. Queremos estar bien seguros.

Toda la tarde estuvimos trabajando en nuestros laboratorios. Bishop parecía aburrido. Después de cenar, sugirió que jugáramos *bridge* los tres, pero Max dijo que conocía un juego mejor, un juego amistoso que le había enseñado su abuela: corazones.

5 de marzo.

¡ES un complot!

Durante todo el día Bishop y Max se han ingeniado para darme la reina de espadas. Es deliberado, desde luego. Tres veces he tratado de hacer el "vuelo", y al cabo Bisop siempre ha sacado un maldito corazón. Una vez Max iba ligeramente adelantado en el puntaje, y Bishop solicitó ver las anotaciones.

—Es simplemente que no me gusta perder —dijo.

—Ya lo creo —repuso Max.

Cuando terminamos esa partida, Bishop marchaba adelante en el puntaje.

Demasiado adelante.

6 de marzo.

SUPONGO que es la risa de Bishop. Tiene una peculiar estridencia caballuna que despierta en mí deseos de destrozarle la garganta. Hoy me desesperé y lloré dos veces cuando hizo un "vuelo".

Pero no voy a llorar más.

La cena, como de costumbre, estuvo compuesta de pasta de carne y cerveza vitaminizada. Recuerdo haber

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puesto el plato de Bishop delante de él, y el modo cómo centelleaban sus ojos pálidos entre bocado y bocado.

—Tres mil puntos de ventaja —dijo con deleite—. Ahora nunca me alcanzarán. ¡Nunca, nunca!

Fué entonces cuando se agarró la garganta con ambas manos y empezó a retorcerse en el suelo.

Max le tomó el pulso. Luego se volvió para mirarme fijamente.

—Muy bonito —dijo—. Y rápido. ¿Usaste algún derivado de esos hongos verdes?

No dije nada.

—¿Tengo que hacer la autopsia? —inquirió Max.

—¿Para qué molestarse? —repuse—. Evidentemente, ha sido un síncope cardíaco.

—Sí, para qué —murmuró. Parecía cansado—. Quédate en tu cabina, Greta. Yo te llevaré la comida.

—No confío en ti.

Su risa tenía un toque de locura.

10 de marzo.

ESTA mañana Max abrió la puerta de mi cabina. Parecía fatigado.

—Escucha —dijo—. He verificado mi respiración, pulso, saliva y temperatura. Todo normal.

—¿Y bien?

—Ven aquí —agregó. Lo seguí hasta el laboratorio. Me señaló un microscopio. Sus ojos estaban brillantes.

—¿Qué hay?

—Una gota de mi sangre —dijo—. Mira.

Me incliné a mirar por el microscopio. Vi unos discos purpúreos. Por extraño que parezca, no atacaban las células de sangre roja. No había fisura, ni carioquinesis. Los leucocitos ni siquiera los tocaban.

Mis manos estaban temblando cuando tomé una platina esterilizada y me punzé el dedo. Coloqué la platina en el portaobjetos del microscopio.

Discos purpúreos, nadando en mi torrente sanguíneo. Incrementándose. Ocupándose sólo de sí mismos.

—Yo también —dije.

—Son inertes —murmuró Max roncamente—. No influyen en el metabolismo, ni causan fiebre o interfieren en absoluto con la química del cuerpo. ¿Te recuerdan algo?

Pensé un momento. Luego fuí al archivo de platinas, y busqué donde decía: *flora: negativo.*

—Exacto —dijo Max—. El cardo púrpura. Las esporas. La atmósfera está atestada de ellas. Greta, querida mía, estamos infectados.

—Yo me siento lo más bien —dije.

Durante todo un día estuvimos haciendo análisis. Análisis negativos. Al parecer, somos asquerosamente sanos.

—Simbiosis —dijo Max finalmente—. Vivir y dejar vivir. Al parecer, somos huéspedes.

Sólo una cosa me inquieta.

La mayoría de los simbiotes hacen algo por su huésped. Algo para acrecentar su potencial de supervivencia.

Esta noche jugamos al ajedrez. Yo gané. Max está furioso. Es muy mal deportista.

11 de marzo.

MAX habló esta mañana con Farragut. Extendió para Epsilon un certificado de sanidad absoluta.

—La primera astronave saldrá esta noche —dijo—. De acuerdo con lo programado, con diez mil colonos a bordo. ¡Son ustedes héroes mundiales!

Max y yo jugamos al ajedrez el resto del día. Max ganó constantemente. Utiliza un *fianchetto* que es enteramente inexpugnable. Si me gana mañana, tendré que matarlo.

Diario de Max. 13 de marzo.

FUE necesario, desde luego, que liquidara a Armitage y Bishop. Estaban ganando demasiado a menudo. Pero lamento lo de Greta. Sin embargo, tuve que estrangularla.

Si no hubiese empezado con esa infernal apertura de peón de reina, habría sido diferente. Me derrotó seis veces seguidas, y en la última partida intenté un magnífico orangután, pero fué demasiado tarde. Ella dió mate.

¿Cómo pude haber estado enamorado alguna vez de ella?

14 de marzo.

ES espantosamente aburrido estar solo. He tenido una idea. Ajedrez. Mano derecha contra izquierda. Blanca y negra. Algo magnífico.

16 de marzo.

NO tengo mucho tiempo.

La izquierda fué negro esta mañana, y le gané cuatro de cinco partidas. Ahora estamos en el laboratorio, y observa mientras garabateo esto. Su índice y pulgar se crispan de furia. Parece una especie de enorme araña blanca a punto de saltar.

En este momento ve el escalpelo que está junto al microscopio. Ahora sus dedos se mueven lentamente hacia él. Bestia traicionera. Yo soy más fuerte. Si trata de amputar... ✦

Imágenes en conserva

LA idea del registro de los sonidos en cintas magnéticas por el magnetófono y las investigaciones que, sobre tal base, han hecho en la R. C. A., permitieron llegar a un procedimiento análogo para la conservación de las imágenes. Tal hecho suprimirá, de pronto, las numerosas manipulaciones necesarias para el registro clásico de las imágenes en película fotográfica. La cinta de registro que permitirá guardar las imágenes en conserva es de acetato de celulosa recubierto de una minúscula capa magnética de óxido de hierro.

Ya se registran en cintas magnéticas programas de quince minutos de duración en blanco y negro o en colores con el propósito de ser televisados. Una cinta magnética puede servir indefinidamente, pues una cabeza de borrado suprime los registros anteriores.

En realidad, como ocurre con los sonidos, antes de registrarse la imagen se la transforma en señales eléctricas. Este procedimiento, que ha de traer consigo la desaparición de las cámaras cinematográficas en los estudios de televisión, es menos costoso que los métodos clásicos, lo que va a permitirle destronarlos con facilidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

división de condominio

por WILLIAM TENN

El Derecho Internacional Cósmico había previsto todos los casos..., menos éste.

ilustrado por ASHMAN

GALACTOGRAMA DEL SARGENTO ASTRAL O-DIK-VEH, COMANDANTE DEL DESTACAMENTO 1001625, AL SARGENTO HOY-VEH-CHALT, DEL DEPARTAMENTO REGIONAL DE VEGA XXI- (NOTA: ESTE MENSAJE NO ES OFICIAL, SINO PERSONAL, Y, POR CONSIGUIENTE, SE PAGARA DE ACUERDO CON LAS TARIFAS HIPERESPACIALES ORDINARIAS).

QUERIDO Hoy:

Siento mucho tener que molestarte otra vez, pero estoy metido en un lío. Otra vez más, se trata no de algo malo que haya hecho, sino de algo que no hice bien, algo que el Viejo seguramente caracterizará como "patente incumplimiento de una obligación evidente". Y como estoy absolutamente seguro de que se sentirá tan confundido como yo cuando lleguen los prisioneros que he despachado por el transporte lumínico ordinario (cuando lea el informe que he preparado y que despaché junto con los prisioneros, me pa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rece verlo abriendo por lo menos doce de sus bocas), no me queda otra esperanza fuera de que este informe extraoficial que te adelanto te dé tiempo para consultar a los mejores juristas especializados en Derecho Internacional Cósmico que encuentres allí y encontrar una solución.

Si cuando el Viejo reciba el informe oficial has encontrado una solución adecuada, creo que no se enojará tanto de que le haya pasado el problema. Pero sin embargo temo que el Departamento se vea tan embrollado con él como nos hemos visto nosotros. Si sucede así, el Viejo es capaz de acordarse de lo que sucedió en la Oficina del Destacamento 1001625 la última vez... y entonces, querido Hoy, perderás un primo esporular.

Es un asunto sucio desde el comienzo hasta el fin. Y empleo la palabra deliberadamente, en el sentido de *obsceno*.

COMO te habrás imaginado ya, la mayor parte del lío tiene que ver con ese tercer planeta, húmedo y fastidioso, del Sol, el que la mayoría de sus habitantes llaman la Tierra. Esos malditos bípedos me hacen perder más sueño que cualquier otra especie de mi sector. Suficientemente adelantados tecnológicamente para estar casi en el Estadio 15 (viajes interplanetarios autodesarrollados), están todavía siglos atrás del Estadio 15A (relaciones amistosas con la civilización galáctica).

Por consiguiente, los mantenemos todavía en Estado de Supervisión Secreta, lo que significa que tengo que mantener un plantel de cerca de doscientos agentes en su planeta, encerrados todos en disfraces protoplasmáticos ridículos e incómodos, para evitar que los bípedos se destrocen a sí mismos antes de la llegada de su madurez espiritual.

Para colmo de males, su sistema solar tiene solamente nueve planetas, lo que significa que la oficina de mi destacamento no puede estar más allá del planeta que ellos llaman Plutón, un mundo cuyos inviernos son tolerables, pero cuyos veranos son indeciblemente calurosos. Créeme, Hoy; la vida de un sargento estelar no es precisamente de color rosa pese a lo que digan los de la Retaguardia.

Pero, en rigor de verdad, debo admitir que la dificultad no se originó esta vez en el Sol III. Desde el momento en que inesperada e innecesariamente descubrieron la fisión nuclear (hecho que me costó un ascenso, como recordarás), he doblado el número de mis agentes camuflados y les he impartido órdenes estrictas de informar inmediatamente del menor progreso tecnológico. Dudo mucho de que en la actualidad estos humanos puedan descubrir ni siquiera una máquina de tiempo elemental sin que yo lo sepa mucho antes.

No; la cosa comenzó esta vez en Rug VI, el mundo que sus habitantes llaman *Gtet*. Si consultas tu atlas astral, Hoy, verás que Rug es una estrella enana de color amarillo y de tamaño medio, situada en las afueras de la Galaxia, y Gtet un planeta extremadamente insignificante que sólo recientemente ha llegado al Estadio 19 (ciudadanía interestelar básica).

Los Gtetanos son una raza ameboide modificada que producen *ashkebac* de bastante buena calidad, el cual exportan a sus vecinos de Rug IX y XII. Son todavía un pueblo sumamente individualista y aún les cuesta mucho la vida en una sociedad centralizada. A pesar de sus varios siglos de civilización avanzada, la mayoría de los Gtetanos consideran a la Ley un delicioso problema mental en vez de una concepción práctica de la vida.

Como ves, una combinación ideal con mis bípedos de la Tierra.

PARECE que un tal L'Payr ha sido uno de los peores perturbadores de Gtet. Había cometido ya casi todos los crímenes posibles y violado casi todas las leyes. En un planeta en el cual no menos de una cuarta parte de la población se encuentra sometida habitualmente a rehabilitación penal, L'Payr ha logrado destacarse como un caso especial. Hasta tienen un proverbio que dice: "Es como L'Payr: no sabe detenerse".

Sin embargo, L'Payr había llegado a un extremo que era importante que supiera detenerse. Había cometido ya 2.342 violaciones de la ley, le faltaba por lo tanto otra más solamente para llegar a las 2.343 faltas que en Gtet convierten a uno en criminal habitual y sujeto a prisión perpetua. Hizo un valiente esfuerzo por retirarse de la vida pública y dedicarse a la contemplación y a las buenas obras, pero era demasiado tarde. Casi contra su voluntad —como me lo confesó él mismo en la indagación que le hice en mi oficina—, su mente se tornaba hacia los crímenes que había dejado sin cometer, a las ilegalidades que aún no había perpetrado.

Y así, un buen día, casi por casualidad —sin darse cuenta casi— cometió otro crimen de importancia. Pero esta vez la falta era tan indeciblemente grosera y atentaba de tal modo contra el código moral y contra la legislación civil, que la comunidad entera se puso contra L'Payr.

Lo sorprendieron vendiendo pornografía a los jóvenes de Gtet.

La celebridad de que gozaba se convirtió en indignación y profundo desprecio. Hasta la misma *Asociación Gtetana Protectora de los Amigos de Perder el Tiempo* se negó a recoger fondos para pagar su fianza. A medida que se aproximaba el momento de su juicio, L'Payr veía con más evidencia que estaba perdido. Su única esperanza era la huída.

Y entonces dió el golpe más sensacional de su carrera: se escapó de la bóveda herméticamente cerrada en la que lo tenían encerrado (cómo lo hizo es algo que se negó persistentemente a revelármelo hasta el momento de su lamentable defunción, o como quieras llamarla), y llegó al espaciopuerto cercano a la prisión. Allí logró introducirse a bordo del orgullo de la flota mercante Gtetana, una astronave recientemente construída, con dos válvulas hiperespaciales.

La astronave estaba vacía, esperando a la tripulación que habría de realizar el viaje inaugural.

En las cortas horas que trascurrieron antes de que se descubriera su huída, L'Payr se las ingenió para descubrir el mecanismo de control de la astronave y para zarpar con ella hacia el hiperespacio. Todavía no había sospechado que la astronave —por ser aquél su viaje de prueba—, estaba equipada con un trasmisor destinado a informar constantemente al espaciopuerto de su situación en el espacio.

De este modo, aunque carecía de medios para darle alcance, la policía gtetana supo siempre con exactitud en qué punto del cosmos se encontraba. Unos cuantos cientos de patrulleros salieron en su persecución en sus anticuados vehículos de propulsión común, pero después de un mes de viaje interestelar a una velocidad inferior a un centésimo de la desarrollada por la astronave de L'Payr, desistieron y se volvieron a casa.

L'PAYR quería esconderse en algún rincón primitivo e insignificante de la Galaxia. La región vecina al Sol era la ideal. Se materializó saliendo del hiperespacio a la mitad del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

camino entre el tercer y cuarto planeta. Pero lo hizo con mucha torpeza (después de todo, Hoy, las mentes más sobresalientes de esa raza recién comienzan a entender la navegación duovalvular) y perdió todo el combustible en el proceso. Apenas pudo llegar a la Tierra y aterrizar.

Aterrizó de noche y con las válvulas cerradas, de modo que nadie pudo verlo. Como las condiciones de vida de la Tierra son muy distintas de las de Gtet, L'Payr sabía que su movilidad era muy limitada. La única esperanza que le quedaba era conseguir ayuda de los habitantes del planeta. Tenía que encontrar un lugar donde tuviera el máximo de posibilidades de entrar en contacto con los humanos y donde al mismo tiempo las posibilidades de que su astronave fuera descubierta fuesen mínimas. Eligió un terreno baldío en los suburbios de Chicago y escondió allí rápidamente su aparato.

Entretanto, la policía gtetana se había puesto en comunicación conmigo en mi calidad de comandante de la Patrulla Galáctica. Me dijeron dónde estaba escondido L'Payr y me pidieron su extradición. Les hice ver que hasta el momento no tenía jurisdicción sobre él, dado que no había cometido ningún crimen que cayera bajo el Derecho Internacional Cósmico. El robo de la espacionave se había producido en su planeta de origen y no en el espacio. Pero si mientras estaba en la Tierra violaba alguna ley galáctica o cometía algun atentado contra la paz...

—¿Y no le parece crimen suficiente —me dijeron por radio interestelar los de Gtet— exponer a la Tierra, que se encuentra en Estado de Supervisión Secreta, al contacto de una civilización superior? ¿No le parece que el hecho de que L'Payr haya aterrizado allí con una astronave de dos válvulas es una falta suficiente para arrestarlo?

—No me parece —le respondí—. Todavía no ha cometido el delito formalmente. Para que así fuera, la astronave tendría que ser vista y reconocida como tal por algún residente del planeta. Por lo que hasta el momento sabemos, no se ha producido tal cosa. Y mientras permanezca escondido, no informe a ningún ser humano de nuestra existencia y se abstenga de proporcionar conocimientos superiores al estado tecnológico actual de la Tierra, tenemos que respetar los derechos de ciudadano galáctico que L'Payr posee. No tengo base legal para arrestarlo.

Los gtetanos refunfuñaron y me preguntaron para qué pagaban entonces los impuestos galácticos, pero vieron que tenía razón. Me advirtieron pues que vigilase a L'Payr, ya que estaban ciertos de que sus impulsos criminales aflorarían por sí mismos tarde o temprano. Estaba en una situación desesperada, insistieron. Para conseguir el combustible que necesita para zarpar de la Tierra antes de que se acaben sus provisiones, tendría que cometer una falta. Y tan pronto como la cometiera me exigirían que lo arrestase y cumpliera con su pedido de extradición.

—¡Maldito viejo verde! —oí decir al jefe de policía antes de cortar.

No necesito decirle cómo me sentí, Hoy. ¡Un criminal ameboide, brillante e imaginativo, en un planeta de estado cultural tan inestable como la Tierra! Di orden a todos nuestros agentes de Norteamérica para que vigilasen y me senté a esperar y a rezar con los tentáculos cruzados.

L'PAYR había escuchado la mayor parte de esta conversación mediante el aparato de radio de su espacionave. Naturalmente, lo primero que hizo fué desconectar el trasmisor para que la policía gtetana no pudiera seguir localizándolo. Luego, cuando anocheció, se trasladó con su astronave (le debe haber costado un esfuerzo tremendo) a otro sector de la ciudad. También esto lo hizo sin ser observado. Se instaló en una casa de vecindad abandonada que iba a ser demolida en breve y por esta razón estaba deshabitada. Tranquilo por fin, volvió a reconsiderar su problema.

No tenía interés en tenérselas que ver con la patrulla galáctica, pero si dentro de muy poco tiempo no echaba tentáculo a algún combustible en cantidad suficiente, podía considerarse ameboide muerto. Y no sólo necesitaba combustible para salir de la Tierra, sino que los convertidores de su astronave (que en estas astronaves gtetanas bastante primitivas trasforman los residuos del combustible en aire y alimento) no tardarían en detenerse si no se los alimentaba prontamente.

Tenía muy poco tiempo y sus recursos estaban casi agotados. Los equipos espaciales con que contaba la astronave, aunque estaban fabricados con bastante prolijidad y bastaban para satisfacer las necesidades habituales de una entidad de forma constantemente cambiante, no estaban destinados a la atmósfera de un planeta tan primitivo como la Tierra. No servirían mucho tiempo si se los usaba fuera de la espacionave.

Sabía que mi patrulla estaba enterada de su desembarco y que estaba alerta para sorprenderlo en la más mínima infracción y contra la más insignificante y oscura de las leyes. Sabía que si esto acontecía estaba perdido, porque una patrulla con astronave de nueve válvulas lo alcanzaría de inmediato y entonces, después de cumplidos unas cuantas formalidades diplomáticas, se lo enviaría a Gtet. Era necesario, por lo tanto, que abandonara su plan primitivo de hacer una incursión rápida en algún depósito terrestre para llevarse el combustible que necesitaba.

Su esperanza única residía en hacer algún trueque. Tenía que encontrar un ser humano al que pudiera ofrecerle algo a cambio de la cantidad de combustible que necesitaba para trasladarse a algún otro rincón menos vigilado del cosmos. Y, evidentemente, tenía que encontrar algo que para aquel ser humano tuviera un valor. Pero casi todo lo que tenía a bordo de la espacionave era esencial para su funcionamiento. Y —para hacer más difícil la cosa—, L'Payr tenía que ofrecer algo que reuniera estas condiciones: 1º no debía permitir que se descubriese la existencia y naturaleza de la civilización galáctica; 2º, no debía proporcionar a los humanos ningún conocimiento superior a su estado tecnológico.

L'Payr me refirió después que estuvo pensando el problema hasta que su núcleo se le convirtió en una masa de corrugaciones. Escudriñó la astronave de una punta a la otra, pero todo lo que para un ser humano pudiera ser aceptable era demasiado útil o dema-

Pavaditas

HACE poco tiempo, un investigador colocó en una incubadora huevos de pava no fecundados y consiguió un desarrollo parcial de los embriones, en un 22,4 % de los casos. En unos cuantos casos, sin embargo, se produjo el desarrollo completo. Estos son resultados extraordinarios, si se tiene en cuenta que, hasta ahora, la partenogénesis (reprodución sin intervención del macho) no se había obtenido más que en animales muy inferiores en la escala zoológica. Lo que no sabemos es si el pavo piensa alegar algo en su defensa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siado revelador. Y entonces, cuando estaba a punto de darse por vencido, descubrió lo que buscaba.

¡Los materiales que necesitaba eran los que le habían servido para cometer su último crimen!

DE acuerdo a la ley de Gtetan, toda prueba de un hecho delictuoso es retenida por el acusado en su poder hasta el momento del juicio. Hay muchas y muy complicadas razones para ello, entre otras el concepto jurídico gtetano, según el cual todo prisionero es *tenido por culpable* mientras no consiga, mediante mentiras, evasiones y brillo casuístico, convencer a un juzgado de sus pares a que lo declaren inocente, a pesar de creer lo contrario. Dado que el prisionero es el que ha de hacer la defensa, las pruebas materiales permanecen en su poder. Y entonces, L'Payr, examinando las pruebas, decidió que eso era lo que le hacía falta.

Sólo le faltaba, pues, un cliente. No sólo alguien que estuviera interesado en el artículo que él ofrecía, sino alguien que pudiera darle a cambio el combustible que necesitaba. Y en el barrio en que tenía actualmente su base de operaciones, los clientes que reunieran estas condiciones eran raros.

Dado que pertenecen al Estado 19, los gtetanos son capaces de las formas más primitivas de telepatía (solamente a corta distancia y por breves períodos de tiempo). Así, sabiendo que mis agentes secretos habían comenzado ya a buscarlo y que cuando lo encontrasen su libertad de acción quedaría aún más circunscripta, L'Payr comenzó a escudriñar desesperadamente las mentes de cuantos seres humanos se encontraban a tres cuadras de su escondite.

Pasaron los días. Saltó de mente en mente como un insecto que quiere evadirse de la caja de un coleccionista. Se vió obligado a reducir el convertidor de la astronave a la mitad de su potencia común y luego a un tercio. Como esto disminuyó en la misma proporción sus reservas de alimentos, comenzó a tener hambre. Por falta de actividad su vacuola contráctil se redujo al tamaño de una cabeza de alfiler. Hasta su mismo endoplasma perdió la turgidez de la ameba en buen estado de salud y se volvió peligrosamente flúido y trasparente.

Hasta que una noche, cuando estaba casi determinado a correr el riesgo de robar el combustible que necesitaba, su pensamiento rebotó contra el cerebro de alguien que pasaba, volvió con incredulidad, lo examinó a fondo y quedó estáticamente convencido. ¡Un ser humano que no sólo podía satisfacer sus necesidades de combustible, sino que además podía tener interés en pornografía gtetana!

En otras palabras, el señor Osborne Blatch.

ESTE anciano maestro de adolescentes terrestres sostuvo insistentemente a lo largo de todo mi interrogatorio que no había padecido ninguna violencia mental de la que hubiera tenido conciencia. Parece que vivía en una casa de departamentos nueva, situada en el otro extremo del barrio y que solía regresar a ella dando un gran rodeo alrededor de la casa deshabitada a causa del excesivo número de seres humanos inferiores y agresivos que pululaban por el distrito. Aquella noche se había demorado demasiado a causa de una reunión de profesores celebrada en la escuela donde enseñaba, y como se le hacía tarde para la cena había decidido, como otras veces, regresar por el camino más corto. Sostiene que esta decisión de acortar el camino la tomó espontáneamente.

Osborne Blatch dice que caminaba briosamente llevando su paraguas de modo que pareciera a bastón de caña, cuando le pareció escuchar una voz. Dice que desde el primer momento usó la palabra "pareció" para calificar ante sí mismo su sensación, porque la voz, si bien tenía inflexión y entonación, estaba completamente desprovista de volumen.

La voz dijo:

—¡Vení, viejo!

Se dió vuelta con curiosidad y examinó una pila de material de construcción, de donde le pareció que había salido la voz. Todo lo que quedaba del edificio que otrora había estado allí era la puerta de entrada y parte del hall. Dado que alrededor de estos restos no había absolutamente nada, no pudo imaginar de qué otro lado podía salir la voz.

Pero cuando miró, volvió a escuchar la voz. Sonaba a untuosa complicidad y a ligera impaciencia:

—¡Vení, viejo, vení!

—¿Qué..., qué deseaba, señor? —preguntó cauta y cortésmente mirando en dirección al lugar de donde llegaba la voz. La luz del farol que tenía a sus espaldas y el sólido paraguas que llevaba en la mano le dieron valor —según dijo— para hacerlo.

—¡Vení, te tengo que mostrar algo!

Caminando cuidadosamente entre los ladrillos sueltos y los trozos de mampostería, el señor Blatch se acercó a un pequeño hueco que estaba al costado de la ruinosa entrada. Y llenándolo estaba L'Payr, o lo que a primera vista le pareció al señor Blatch una pequeña y húmeda ampolla de líquido purpúreo.

Debo señalarte, primo Hoy, (y el sumario que te he enviado así lo establece) que en ningún momento el señor Blatch reconoció a la ampolla como un traje espacial ni vió la astronave gtetana que L'Payr había escondido entre los escombros en estado hiperespacial enteramente tenue.

Aunque Blatch, dotado de buena imaginación y de una mente ágil, inmediatamente se dió cuenta de que la criatura que tenía delante de él no era terrena, le faltaban evidencias tecnológicas suficientes para ello, como también para descubrir la naturaleza y extensión de nuestra civilización galáctica. Hasta ese momento, pues, no se había producido ninguna violación contra la Ley Interestelar 2.607.193, Enmiendas 126 a 509.

—¿Qué tiene para mostrarme? —preguntó cortésmente el señor Blatch mirando a la burbuja púrpura—. ¿Y de dónde viene usted, de Marte, de Venus?

—Mirá viejo, si querés conservar la salú, mejor que no preguntés tanto. Mirá, aquí tengo algo para vos..., fotos picarescas...

LA mente del señor Blatch, habiendo perdido ya el temor de que su poseedor fuera asaltado o robado, se trasladó a un recuerdo, sepultado en el inconsciente, de un viaje al extranjero que había hecho mucho tiempo atrás. Aquel callejón de París y el francés con aspecto de rata vestido con un pulóver gastado...

—A verlas...

L'Payr se detuvo para asimilar las nuevas imágenes que su oferta anterior había suscitado en la mente de Blatch.

—¡Ah! —exclamó la voz que salía de la burbuja—: tengo beaucoup de choses que mostrar a monsieur. Monsieur gustar beaucoup. ¿Por qué monsieur no se acerca más?

"Monsieur" se acercó, y la burbuja extendió un pseudopodio que le puso delante unos objetos cuadrados y le trasmitió telepáticamente.

—Regardez, monsieur, fotografías tres pornographiques.

Blatch, aunque se sorprendió lo indecible de la inesperada propuesta, logró dominarse y no dió muestra alguna de extrañeza.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Cómo dice? ¡Ah..., muy bien, muy interesante!

Pasó el paraguas a la mano izquierda y tomando las fotografías una a una a medida que se las alcanzaba, retrocedía a la luz para mirarlas.

Cuando recibas las pruebas materiales que te he enviado, Hoy, primo mío, podrás juzgar por ti mismo de qué se trataba. Una impresión barata y desagradable, destinada a excitar las más torpes pasiones de un ameboide. Los gtetanos, como sin duda sabrás, se reproducen por simple fisión asexual, pero sólo en presencia de una solución salina, el cloruro de sodio es relativamente escaso en su mundo.

La primera fotografía mostraba una ameba desnuda, gorda y llena de vacuolas alimenticias, flotando perezosa e informe en el fondo de un tanque de metal en el estado de completo relajamiento que precede la reproducción.

La segunda era semejante a la primera, con la excepción de que una gota de agua salada había comenzado a deslizarse por una de las paredes del tanque y la ameba había levantado un par de curiosos pseudopodios para examinarla. Para no dejar nada a la imaginación, el esquema de una molécula de cloruro de sodio estaba dibujado en el ángulo superior derecho de la fotografía.

En la tercera fotografía, la ameba gtetana flotaba estáticamente en la solución salina con el cuerpo distendido al máximo y con docenas de pseudopodios palpitantes extendidos. La mayor parte de la cromatina se había concentrado en los cromosomas cerca del ecuador del núcleo. Para una ameba, esta era sin duda la fotografía más excitante de toda la serie.

La cuarta mostraba el núcleo que comenzaba a indentarse entro los dos grupos opuestos de cromosomas, mientras que en la quinta, terminada ya la división y trasladados los núcleos a los extremos opuestos del individuo en trance de reproducirse, todo el cuerpo citoplasmático comenzaba a estrecharse hacia el medio. En la sexta, los dos gtetanos salían del tanque con la languidez propia de la pasión satisfecha.

PARA que te hagas idea de la depravación de L'Payr, déjame contarte lo que me refirió la policía gtetana. No sólo se había dedicado a vender las fotografías a ameboides menores de edad, sino que les había hecho creer que él mismo había tomado las fotografías y que el modelo había sido su propio hermano..., ¿o debería decir su hermana?

Blatch devolvió la última fotografía a L'Payr y dijo:

—Sí, tengo interés en comprarle la serie... ¿cuánto vale?

El gtetano fijó el precio en productos químicos, que Blatch podía encontrar en el laboratorio de la escuela donde enseñaba. Le explicó exactamente a Blatch cómo prepararlos y le advirtió que no fuese a revelar a nadie su existencia.

—De lo contragio, cuando monsieur volveg mañana la nuit les photographies no estar, yo igme aussi et monsieur no teneg photographies, ¿comprenez?

Parece que a Blatch le fué muy fácil conseguir lo que L'Payr le había encargado. Dice que dada la situación de la Tierra, era una cantidad muy reducida y de muy poco costo. Además, como había hecho siempre al sacar sustancias del laboratorio de la escuela para sus experimentos privados, había reembolsado cumplidamente al laboratorio por los productos tomados. Pero admite que las fotografías eran solamente una pequeña parte de lo que pensaba conseguir del ameboide. Esperaba, una vez concluído el negocio a satisfacción de ambos, enterarse de qué parte del sistema solar había venido el visitante, cómo era su mundo y otros asuntos de comprensible interés para un ser que se encuentra en la última fase del Estadio de Supervisión Secreta.

Pero L'Payr lo defraudó. El gtetano le dijo que regresara la noche siguiente; entonces tendría tiempo para tratar a fondo el estado actual del universo. Y, por supuesto, no bien se retiró el terráqueo, L'Payr llenó los convertidores de la astronave, hizo las modificaciones necesarias en su estructura atómica y con el motor hiperespacial trabajando a toda fuerza, desapareció.

Por cuanto sabemos, Blatch tomó con resignación el fracaso de sus planes. Después de todo, le quedaban las fotografías.

CUANDO supimos en mi oficina que L'Payr había partido de la Tierra con dirección a la constelación de Hércules M 13 sin haber cometido ninguna violación de la ley y sin haber dejado ningún rastro tecnológico que pudieran aprovechar, todos respiramos aliviados. Sacamos el caso del casillero URGENTE y lo pusimos en el de EN OBSERVACION.

Como acostumbro, me desentendí entonces del asunto y lo pasé a mi ayudante y representante en la Tierra, el Cabo Pah-Chi-Luh. Enfocamos un rayo de rastreo sobre la astronave de L'Payr y quedé libre para dedicar por completo la atención a mi problema fundamental: frenar el desenvolvimiento de los viajes interplanetarios hasta que las diversas sociedades humanas alcancen el debido nivel de madurez.

Por esta razón, cuando seis meses después el caso volvió a actualizarse, mi subordinado se encargó de él sin molestarme hasta que las complicaciones se volvieron abrumadoras. Ya sé que esto no me exime de la responsabilidad. Soy responsable de cuanto ser viviente se mueve dentro de mi Distrito. Pero, hablando de primo a primo, Hoy, te menciono estos hechos para que veas que no estuve totalmente torpe en este asunto y que una pequeña ayuda tuya y del resto de la familia cuando el caso llegue al Viejo en el Departamento Central Galáctico, no será solamente caridad familiar para con un primo cabezas huecas.

La verdad es que yo y la mayor parte de mi oficina estábamos consagrados a un problema muy complejo. Un místico mahometano que vivía en la Arabia Saudita se había propuesto zanjar el viejo cisma que existe en su religión entre las sectas Shiita y Sunnita estableciendo comunicación metapsíquica con los espíritus del yerno de Mahoma, Alí, patrono del primer grupo, y Abu Beker, suegro del profeta y fundador de la dinastía Sunnita. El objeto de su excursión mediúmnica era llegar a un arbitraje en el Paraíso entre los dos espíritus rivales para determinar quién hubiera debido ser de acuerdo a derecho el sucesor de Mahoma y primer califa de la Meca.

Nada es sencillo en la Tierra. En el curso de este laudable intento, el joven místico entró accidentalmente en contacto telepático con una civilización del Estadio 9, formada por inteligencias incorpóreas de Ganimedes, el satélite mayor de Júpiter. Bueno, puedes imaginarte lo que sucedió. Tanto en Ganimedes como en la Arabia Saudita se produjo un revuelo increíble, los espíritus se agolpaban en Ganimedes y en Arabia Saudita para ver a los que se encontraban en el otro extremo del puente telepático. Cada día tenían lugar milagros extrañísimos y asombrosos. ¡Un lío!

Mi oficina trabajó febrilmente para que el asunto no saliera del terreno religioso y se extendiera, permitiendo a los seres más racionales de cada comunidad penetrar en el fondo del fe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

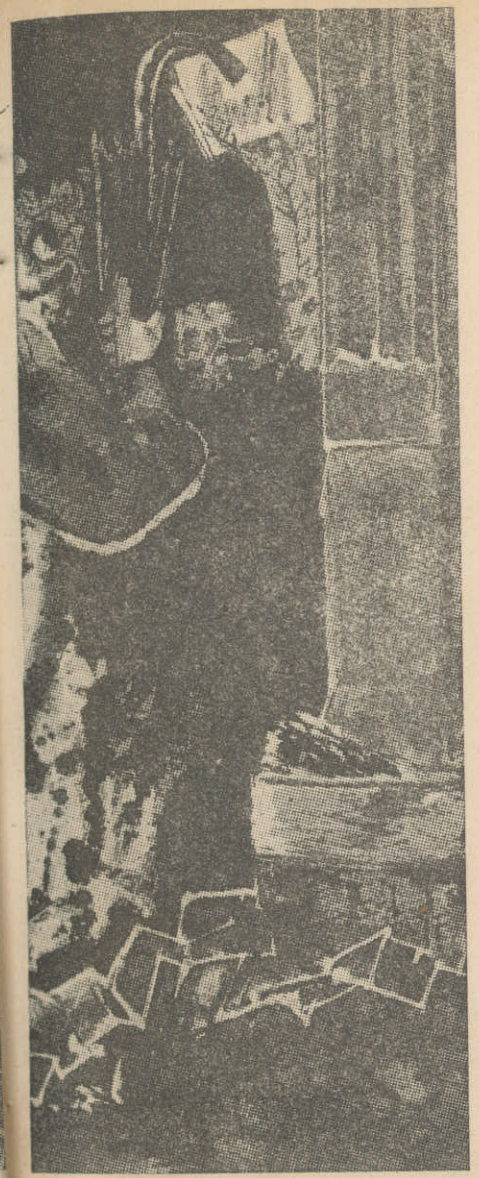
nómeno. Es un axioma de los Destacamentos que nada puede promover más los viajes interplanetarios en los pueblos subdesarrollados que el conocimiento cierto de que existen otras civilizaciones en la galaxia. Francamente, si Pah-Chi-Luh me hubiera venido en aquel momento a hablar de pornografía gtetana en los textos de estudio destinados a los adolescentes humanos, probablemente le hubiera arrancado las cabezas de un mordisco.

DESCUBRIO los textos en el curso de una de sus inspecciones de rutina como investigador de la Comisión Parlamentaria de los Estados Unidos —su disfraz desde la última década aproximadamente—, disfraz que ha resultado excelente para las diversas acciones de retardo que hemos librado subrepticiamente en el continente norteamericano. Se trataba de un texto de biología recientemente aparecido y destinado a los colegios secundarios. El libro había merecido comentarios muy favorables de parte de los especialistas más sobresalientes de diversas facultades. Naturalmente, la Comisión encargó un ejemplar del texto y encargó a su investigador que lo examinase.

El cabo Pah-Chi-Luh ojeó unas pocas páginas y se encontró con las mismas fotografías pornográficas de las que había oído hablar cuando el informe del caso L'Payr pocos meses antes. ¡Publicadas, accesibles a cualquiera y especialmente a los menores de edad! Me contó después muy deprimido que en ese momento no vió otra cosa que una reiteración del crimen que L'Payr había cometido en su planeta natal.

Inmediatamente lanzó una orden de captura galáctica contra el gtetano.

L'Payr había comenzado una nueva vida en calidad de fabricante de *ashkebac* en un pequeño mundo, retirado y de una civilización apacible. Vivía cuidadosamente dentro de la ley, había prosperado, y para el momento de su arresto se había aburguesado lo suficiente (y engordado, dicho sea de paso) para pensar en fundar una familia respetable. No muy grande; dos solamente. Si las cosas le iban bien, pensaría en la fisión múltiple en el futuro.



Se mostró indignado cuando se lo arrestó y trasladó a una celda en Plutón para esperar que llegasen de Gtet los encargados de la extradición.

—¿Con qué derecho molestan ustedes a un pacífico artesano impidiéndole el ejercicio tranquilo de su profesión? —preguntó indignado—. Exijo que se me ponga inmediatamente en libertad sin niguna condición, que se me den excusas amplias y que se me compensen los perjuicios comerciales y las molestias que se han causado a mi personalidad y mi yo. Esperen a que sus superiores se enteren. El arresto ilegal de un ciudadano galáctico es un asunto muy serio.

—Sin duda —respondió el cabo Pah-Chi-Luh, que hasta el momento (según puedes ver) se había mostrado ecuánime—, pero la difusión de materiales pornográficos es más serio aún. Lo consideramos un crimen tan grave como...

—¿*De qué* pornografía me habla?

MI ayudante dice que miró un largo rato a L'Payr a través de la pared trasparente de la celda, maravillado de la desvergüenza de aquel ser. Pero al mismo tiempo comenzó a sentirse interiormente intranquilo. Nunca se había encontrado con una autoseguridad tan completa frente a un cúmulo tan perfecto de pruebas criminales.

—Usted sabe perfectamente *a qué* pornografía me refiero. Fíjese: examínela usted mismo. Esto es sólo un ejemplar de los 20.000 distribuídos por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

toda Norteamérica para uso exclusivo de los adolescentes.

Desmaterializó el texto de biología y lo hizo pasar a través de las paredes de la celda.

L'Payr echó una mirada a las fotografías y comentó:

—Una reproducción bastante floja. Esos humanos tienen todavía mucho que aprender en muchos respectos. Sin embargo, dan muestras de una simpática precocidad técnica. Pero, ¿por qué me lo muestra? ¿No pensará que tengo que ver nada con esto?

Pah-Chi-Luh dice que el gtetano parecía intensamente intrigado, pero muy amable y paciente, como si tratase de apaciguar los sollozos histéricos de un niño retardado.

—¿Lo niega?

—¿Qué tengo que negar? Permítame...

Volvió a la portada y leyó:

—Esto parece ser una "Introducción a la Biología", escrita por un tal Osborne Blatch y un tal Nicodemo P. Smith. Espero que no me habrá confundido con Blatch o con Smith... Mi nombre es L'Payr, no Osborne; L'Payr, no Nicodemo P. L'Payr. Sencillamente L'Payr. Ni más ni menos. Vengo de Gtet, que es el sexto planeta de...

—Conozco perfectamente la situación astrográfica de Gtet —respondió fríamente Pah-Chi-Luh. Y sé también que usted estuvo en la Tierra hace seis meses. Y que en esa ocasión hizo un negocio con ese Osborne Blatch mediante el cual consiguió el combustible que necesitaba para salir del planeta, mientras que Blatch obtenía las fotografías que usó después para ilustrar este libro de texto. Nuestra organización secreta de la Tierra funciona bastante bien, como usted puede comprobar. Hemos rotulado el libro como Prueba Material A.

—*¡Prueba Material A!* —exclamó el gtetano admirado—. ¡Qué ingeniosa designación! ¡Pensar que tenían tantas para elegir y encontraron inmediatamente la adecuada! Mis felicitaciones.

Como puedes imaginarte, Hoy, el ameboide estaba en su elemento..., dedicado a discutir con un policía una abstrusa cuestión legal. Todo el pasado criminal de L'Payr en un mundo que desprecia las leyes lo había preparado para este momento. En cambio, Pa-Chi-Luh había estado entregado mentalmente durante mucho tiempo al espionaje y a la manipulación cultural. Estaba, pues, totalmente desprevenido para la orgía de sutilezas judiciales en la que se iba a ver envuelto. Para ser justo de veras con él, no tengo inconveniente en admitir que ni yo, ni tú, ni el mismo Viejo hubiéramos actuado mejor en esas circunstancias.

—TODO lo que hice —señaló L'Payr— fué vender una serie de estudios artísticos a un tal Osborne Blatch. Lo que él haya hecho después es algo que no me interesa. Si yo vendo a un humano un arma técnicamente atrasada de acuerdo a las normas galácticas, como un hacha de piedra sílex o una caldera para echar plomo hirviente sobre los sitiadores de una ciudad amurallada, ¿es culpa mía si él la utiliza para eliminar a uno de sus hermanos primitivos? No es esta la consecuencia que yo saco de leer las leyes de la Federación Galáctica, amigo mío. ¿Qué le parece si me indemniza por mis pérdidas comerciales y la pérdida de tiempo que me ha causado y me devuelve a mis negocios en la primera astronave expreso?

Dieron vueltas y vueltas en torno a lo mismo. Docenas de veces Pah-Chi-Luh corrió frenético a la biblioteca legal de la oficina de Plutón y volvió con un inciso de una reglamentación diciendo sólo para que L'Payr le retrucase que la última interpretación del Supremo Consejo Galático había aclarado el asunto en su favor. Me animaría a atestiguar que los gtetanos parecen poseer un dominio absoluto de toda la historia judicial.

—¿Admite o no que usted vendió pornografía al humano Osborne Blatch? —rugió desesperadamente el cabo por último.

—¿Pornografía, pornografía? —murmuró L'Payr—. Esto se define como "lo que excita bajamente la lujuria mediante obscenidad". ¿Me equivoco?

—No.

—Perfectamente. Permítame hacerle una pregunta, cabo. Usted vió las fotografías. ¿Las encontró excitantes u obscenas?

—No, pero yo no soy un ameboide gtetano.

—Tampoco lo es —replicó mansamente L'Payr— Osborne Blatch.

Creo que el cabo habría encontrado algún modo de resolver el intrincado dilema si no hubiera llegado de Gtet la expedición de extradición en una astronave espacial. Ahora se encontraba frente a seis ameboides más, expertos en casuística, reputados por las mentes jurídicas más sobresalientes de su planeta natal. La policía de Rug VI había tenido que ver muchas veces con L'Payr en los tribunales gtetanos y no quería correr el riesgo de que esta vez se les escapase de las manos a fuerza de argucias. Mandaron, pues, sus mejores representantes.

A primera vista parecería lógico que L'Payr fuera abrumado por la superioridad numérica de sus contrincantes, pero no hay que olvidar, primo mío Hoy, que venía preparándose para este trance desde que salió de la Tierra. Y para estimular al máximo su inteligencia perversa, se añadía el hecho importantísimo de que esta vez estaba en juego nada menos que su propia vida. Si dejaba que sus compatriotas ameboides le pusieran un pseudopodio encima era protozoario muerto.

EL cabo Pah-Chi-Luh, tomado entre dos fuegos, el de L'Payr y el de los emisarios gtetanos, comenzó a descubrir cuán desdichada puede ser la vida de un policía galáctico. Corrió sudoroso del preso a los abogados hundiéndose en un tembladeral tras otro de jurisprudencia y precipitándose en abismos de perplejidad.

El grupo de extradición estaba determinado a no volverse a su planeta con los pseudopodios vacíos. Para ello era necesario que consiguieran que L'Payr fuera condenado por el crimen cometido en la Tierra. L'Payr, por su parte estaba igualmente interesado en lo contrario.

Finalmente, Pah-Chi-Luh, totalmente agotado, pálido y ronco se arrastró sobre sus tentáculos y comunicó a los policías que después de muchas y cui-

---

Fotografías impecables

MÁS de un fotógrafo ha tenido que lamentar la acción destructora de un gramo de polvo o un gesto involuntario, que dejan una marca en un negativo que de otro modo habría resultado perfecto. Pues bien; una compañía norteamericana acaba de resolver el problema, con un aceite de silicón que tiene la misma trasparencia que la película. Aplicado sobre el negativo, cubre todas las rayas que pueden haberse producido en él, así como las impresiones digitales que algunas veces aparecen.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dadosas consideraciones había llegado al convencimiento de que L'Payr no había cometido crimen alguno durante su estada en la Tierra.

—Es absurdo —le respondió el jefe de la delegación—; no cabe la menor duda de que se han vendido y hecho circular en la Tierra materiales declarada e incuestionablemente pornográficos. Tiene que haberse cometido algún delito formal.

Pah-Chi-Luh se arrastró hasta la celda de L'Payr y le comunicó la respuesta de los delegados preguntándole, (rogándole casi) si no admitía que se habían dado todas las condiciones formalmente necesarias para la existencia de *algún* delito.

—Es cierto —respondió L'Payr con aire pensativo—; tiene que *haberse* cometido algún delito, es muy posible. Pero no lo he cometido yo... Osborne Blatch quizá...

El cabo astral Pah-Chi-Luh perdió completamente las cabezas.

Despachó un mensaje a la Tierra ordenando que Osborne Blatch fuera llevado a Plutón.

Afortunadamente para todos nosotros, hasta el mismo Viejo, Pah-Chi-Luh no llegó a arrestarlo sino hacerlo comparecer en calidad de testigo material. Cuando pienso las consecuencias que hubiera podido tener el arresto inmotivado de un ser perteneciente a un mundo secretamente supervisado, especialmente en un caso de este tipo, la sangre se me vuelve líquida.

Pero Pah-Chi-Luh *sí* cometió otro error, el de encerrar a Osborne en una celda vecina a la de L'Payr. Todo, como puedes apreciar, se ponía al servicio del ameboide, hasta mi joven ayudante.

CUANDO Pah-Chi-Luh interrogó por primera vez a Blatch, el humano ya había sido adoctrinado por su vecino de celda.

—¿Pornografía? —repitió cuando le hicieron la primera pregunta—. ¿*Qué* pornografía? El profesor Smith y yo llevábamos cierto tiempo trabajando en la preparación de un manual elemental de biología y queríamos renovar las ilustraciones. Queríamos usar fotografías grandes y claras, que fueran comprensibles instantáneamente a los jóvenes. Teníamos particular interés en evitar esos dibujos anticuados y confusos que se vienen usando una y otra vez en los libros de texto desde principio de siglo o poco menos. La serie de fotografías del señor L'Payr en las que se sigue el ciclo de reproducción de un ameboide fueron regalo del cielo. En cierto sentido, llenaron por sí solas la primera parte del libro.

—Pero usted no negará —objetó sin ningún escrúpulo el cabo Pah-Chi-Luh— que al comprarlas sabía que esas fotografías eran pornográficas. Y que a pesar de saberlo las empleó para deleite de los jóvenes de su raza.

—Para *instrucción*, no para deleite —le corrigió el anciano profesor terráqueo—. Puedo asegurarle que ninguno de los adolescentes que estudió las fotografías en el texto —que, dicho sea de paso, aparecían en él como dibujos— ha recibido de ellas la menor excitación erótica prematura. Puedo, empero, admitir que al comprarlas tuve la impresión, a través del caballero que me las vendió, de que los miembros de su raza las consideraban ligeramente provocativas...

—¿Y entonces?

—Pero ese era *su* problema, no el mío. Después de todo, si yo compro un artefacto a un ser no terrestre —un hacha de piedras sílex, por ejemplo, o un cucharon para verter aceite hirviendo sobre las espaldas de los sitiadores de una ciudad— y los uso a ambos para propósitos enteramente pacíficos y útiles —el primero para sacar astillas y el segundo para cocerlas y hacer la sopa—, ¿soy culpable de algún delito?

De hecho, el libro de texto en cuestión mereció reseñas entusiastas y recomendaciones vehementes de las autoridades educacionales y científicas de todo el país. ¿Quisiera escuchar algunas de ellas? Creo que tengo uno o dos recortes en el bolsillo... Sí, da la casualidad que en este traje tengo un manojo entero. ¡Caramba! No sabía que tenía tantas. Fíjese lo que dice la *Gaceta de Educación Secundaria*: "Una contribución de gran valor que debe ser tenida muy en cuenta. Vivirá por mucho tiempo en los anales de la didáctica de la ciencia. Los autores pueden estar satisfechos de ..."

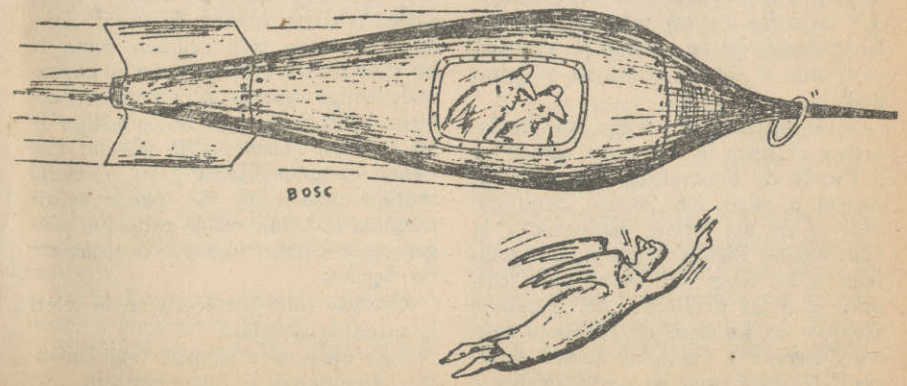
Fué entonces cuando el cabo Pah-Chi-Luh me envió un desesperado pedido de auxilio.

POR fortuna yo estaba en condiciones de prestar toda mi atención al asunto, ya que el problema de la Arabia Saudita había salido enteramente de la etapa más peligrosa. Si yo hubiera estado ocupado...

Después de probar todos los medios posibles de distraerlo, incluso agentes secretos disfrazados de bailarinas, habíamos logrado por fin enredar al joven místico en una tremenda disputa teológica acerca de la naturaleza y consecuencias morales de los milagros que estaba haciendo. Los dirigentes religiosos musulmanes más conspicuos tomaron partido por cada una de las interpretaciones opuestas y el aire hervía con citas del Corán y los libros Sunnitas. El místico se dejó arrastrar a la polémica y se enredó tanto en la disputa que dejó de pensar en sus objetivos iniciales y rompió irreparablemente el contacto con los entendimientos incorpóreos de Ganimedes.

Durante cierto tiempo pareció que surgía allí un nuevo problema; pareció que aquella civilización estaba a punto de llegar a la verdadera explicación de las cosas. Afortunadamente para nosotros, también allí consideraron todo el fenómeno como un asunto religioso, y una vez que se cortó el contacto, el entendimiento que había estado en comunicación con el humano y había ganado gran prestigio por ello, cayó en el más profundo descrédito. La opinión general fué que todo el asunto había sido una superchería de su invención, destinada a crear escepticismo entre los miembros más espirituales de su raza. Un tribunal religioso ordenó que el infortunado telépata fuera encarnado vivo.

Fué, pues, con una grata sensación



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de haber actuado eficazmente que me dirigí a la oficina de Plutón, respondiendo al pedido de auxilio de mi ayudante.

Ni que decir tiene, que este sentimiento se cambió pronto en el desaliento más negro. Después de enterarme de lo actuado, conferencié con la comisión gtetana. Se habían puesto en contacto con su gobierno y amenazaban con un gran escándalo galáctico si el arresto no se mantenía y no se les entregaba a L'Payr.

—¿Puede permitirse que los más íntimos y sagrados detalles de nuestra vida sexual sean desvergonzadamente paseados de un extremo al otro del Cosmos? —me preguntaron con indignación—. Pornografía es pornografía; un delito es un delito. Hubo intención y hubo ejecución. Exigimos que se nos entregue el prisionero.

—¿Cómo puede haber pornografía sin excitación sexual? —replicaba L'Payr—. Si un chumblostio vende a un gtetano determinada cantidad de *krrgklwss*, material que ellos usan como alimento y nosotros como material de construcción, ¿tenemos acaso que pagar los aranceles aduaneros de alimentos? Exijo que se me ponga inmediatamente en libertad, sargento.

PERO la sorpresa más desagradable de todas me esperaba con Blatch. El terráqueo estaba sentado en su celda chupando el mango curvo de su paraguas.

—De acuerdo al código que reglamenta el trato de las razas sometidas a Estado de Supervisión Secreta —comenzó a decir tan pronto como me vió— y no me refiero solamente a la Convención Rigelia-Sagitaria, sino también a las leyes del tercer ciclo cósmico y a las decisiones del Supremo Consejo en los casos de *Khwomo contra Khwomo y Farziplok contra Antares XII*, exijo que se me devuelva a mi lugar de origen y el pago de una indemnización de acuerdo al laudo de la Comisión Nobri en la última controversia Vivadin. Y además exijo satisfacción de acuerdo a los términos de...

—Lo felicito, señor Blatch; parece usted haber adquirido un profundo conocimiento del derecho interestelar —le dije irónicamente.

—Efectivamente, sargento, efectivamente. El señor L'Payr me ha ayudado mucho a conocer el derecho que me asiste. Parece que tengo derecho a toda suerte de recompensas, o por lo menos, que puedo vindicar mi derecho a ellas. Tienen ustedes una cultura galáctica fascinante, sargento; estoy seguro de que muchas personas allá en la Tierra tendrán gran curiosidad por conocerla. Pero estoy dispuesto a evitarle las molestias que esa divulgación podría acarrearle a usted personalmente, sargento. Estoy seguro de que dos personas razonables como nosotros podremos llegar a entendernos.

Cuando acusé a L'Payr de haber violado el secreto galáctico, estiró su citoplasma con indiferencia ameboidea.

—*No le dije una sola palabra de esto en la Tierra*, sargento. Cualquiera sea la información que ha recibido este terráqueo —y admito que puede ser muy nociva y altamente ilegal— la ha obtenido en su oficina de usted. Además, habiendo sido acusado como lo he sido de un crimen torpe e imperdonable, tengo derecho a preparar mi defensa hablando con el único testigo de los sucesos. Hasta podría afirmar que siendo el señor Blatch y yo en cierto sentido coacusados, no puede existir ninguna objeción válida para que pongamos en común nuestros conocimientos legales.

Cuando volví a mi oficina le referí lo sucedido al cabo.

—Es como una ciénaga —se lamentó—. Cuanto más se lucha por salir, más se hunde uno en ella. ¡Y este terráqueo! Los guardias plutonios nativos que lo vigilan están a punto de enloquecer. Pregunta acerca de todo; qué es esto, para qué sirve aquello, cómo funciona. Nada le cae bien: el aire es insuficiente, el alimento sin gusto, le duele la garganta, quiere una gárgara...

—Déle todo lo que pida dentro de límites razonables —le dije— si este ser se nos muere, no nos salvaremos con un destierro en el Agujero Negro de Cisne. En lo que hace al fondo del asunto... fíjese, cabo; estoy de acuerdo con la comisión gtetana... tiene que haberse cometido *algún* delito.

EL Cabo Pah-Chi-Luh me miró fijamente:

—Usted... usted quiere decir que...

—Quiero decir que si se cometió algún delito, L'Payr ha sido legalmente arrestado y puede ser entregado a la comisión. Si sucede así, no volveremos a oír hablar de él y nos veremos libres de estos gtetanos. Nos quedaría un solo problema. Osborne Blatch. Libres de L'Payr, me parece que podemos arreglárnosla con ese terráqueo, de una forma a de la otra. Pero lo fundamental, cabo Pah-Chi-Luh es encontrar qué delito se cometió. Traslade su cama a la biblioteca legal.

Poco después Pah-Chi Luh salía para la Tierra.

Y ahora, primo mío Hoy, ¡nada de comentarios moralizantes! Tú sabes tan bien como yo que cosas como esta han sido hechas aquí, en las Oficinas de los Destacamentos. Además, era evidente que L'Payr era un ameboide constitutivamente criminal y que demasiado tiempo se había librado del castigo merecido.

De hecho puede afirmarse que actué moral y legalmente bien.

Pha-Chi-Luh, como he dicho, regresó a la Tierra, esta vez disfrazado de experto en asuntos editoriales. Consiguió trabajo en la editorial que había publicado el texto de biología. Las fotografías estaban en el archivo del establecimiento. Eligiendo cuidadosamente al hombre indicado y guiándolo con comentarios sumamente hábiles, el cabo astral logró que uno de los empleados de la editorial, el experto en cuestiones técnicas, hiciera analizar químicamente las fotografías.

El material era *frab*, un tejido sintético muy usado en Gtet y que la humanidad no hubiera descubierto por sí sola hasta dentro de cuatrocientos años.

Pocas horas después, todas las mujeres norteamericanas usaban lingerie de *frab*, el tejido de moda ese año. Y como L'Payr era en última instancia responsable de este avance tecnológico, encontramos al fin una causa para echarle las manos arriba.

La verdad que lo tomó con un auténtico espíritu deportivo.

—Bueno, sargento, parece que ganó usted. Termina aquí un largo camino. Lo felicito. Los que violan la ley tarde o temprano la pagan.

—Lástima que haya tardado tanto en descubrirlo —le respondí.

Y salí para recuperar los documentos de extradición, sin una sola preocupación en toda la galaxia. Estaba Blatch, por supuesto, pero era solamente un ser humano.

Y para aquel entonces, metido ya como estaba en un procedimiento irregular, lo que me interesaba era terminar cuanto antes.

Pero cuando regresé a la celda acompañando a la comisión gtetana para entregarles un ameboide, casi caigo de bruces sobre la superficie de Plutón. Donde esperaba encontrar a L'Payr, había dos. Dos L'Payrs más pequeños, por supuesto, la mitad aproximadamen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te del original, pero inconfundiblemente L'Payr.

¡En el intervalo se había reproducido!

¿Cómo...? La gárgara que había pedido el terráqueo para su garganta. L'Payr se había reservado este último recurso. Cuando le llevaron la gárgara al terráqueo, éste la había pasado disimuladamente a la celda del ameboide, quien la había ocultado para usarla como último extremo.

¡La gárgara, Hoy, era salmuera!

Los gtetanos me aseguraron que en sus leyes estaba previsto el caso, pero ¿de qué me servían a mí las leyes gtetanas?

—Se ha cometido un crimen; se ha vendido pornografía —repetían—; exigimos que se nos entreguen nuestros prisioneros. ¡Ambos!

—De acuerdo al Código Galáctico, artículos 6.009.371 al 6.106.514 —insistió Osborne Blatch— exijo la inmediata libertad y una indemnización de dos billones de Magawares galácticos, y un testimonio completo por escrito de que...

—Y...

—Es muy probable que nuestro antepasado L'Payr haya cometido toda suerte de imprudencias —dijo uno de los dos jóvenes ameboides encerrados en la celda contigua a la de Blatch—, pero ¿qué tiene que ver esto con nosotros? L'Payr ha pagado sus crímenes muriendo al reproducirse. Nosotros somos jóvenes e inocentes. ¡No nos diga que los grandes y poderosos galácticos creen en el castigo de los niños por las faltas cometidas por sus padres!

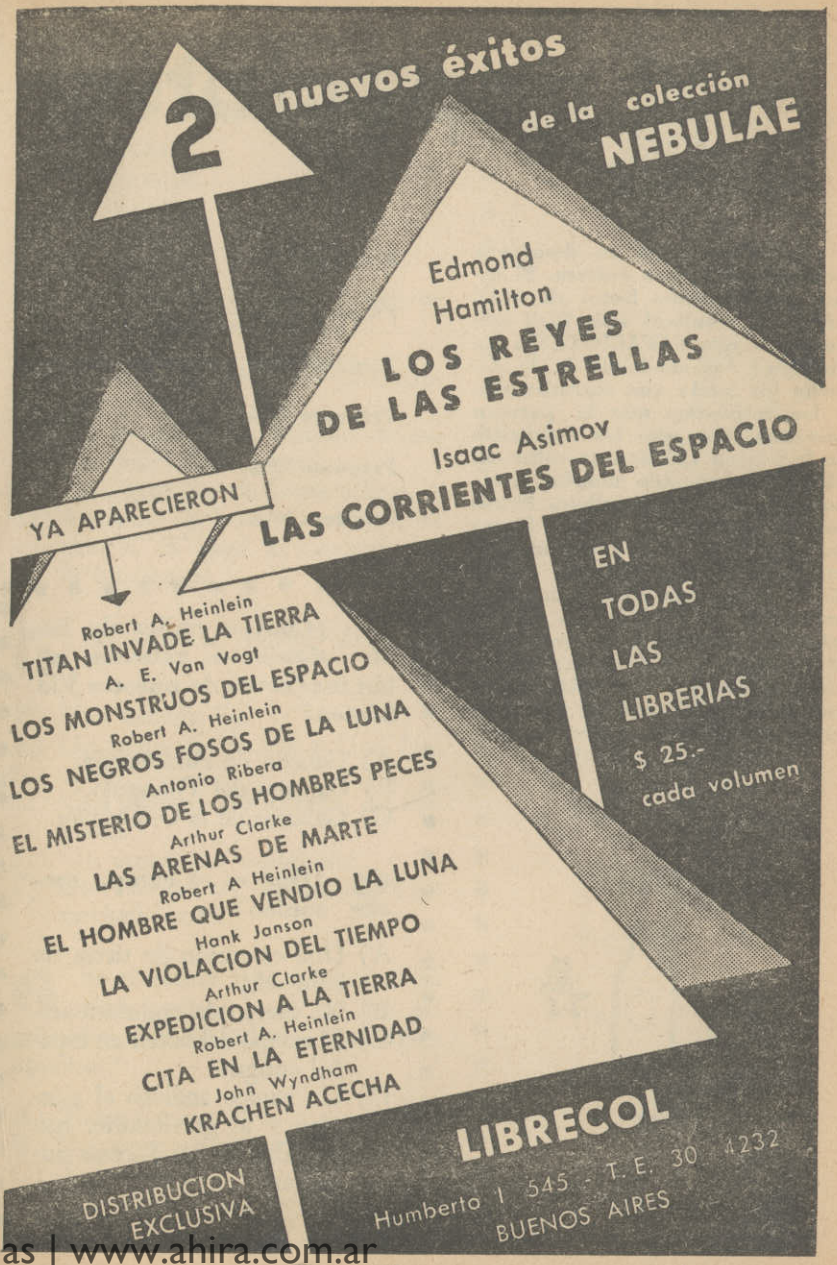
—¿Qué hubieras hecho *tú*?

—Yo embarqué todo el lío en una astronave y lo mandé al Departamento Central —la comisión de extradición gtetana y sus casuísticas, a Osborne Blatch y su paraguas, el texto de biología, las fotografías pornográficas originales y por último, los dos jóvenes ameboides—. Llámalos L'Payr sub uno y L'Payr sub dos, si te parece. Haz con ellos lo que te dé la gana, pero, ¡por amor de Dios!, ¡no me digas qué has hecho con ellos!

Y si puedes encontrar alguna solución con ayuda de los más expertos asesores legales del departamento antes de que el Viejo se entere y destroce a un glocitomorfo, te lo agradeceré. cordial y eternamente.

Si no..., bueno, aquí tenemos las valijas preparadas. Después de todo, el Agujero Negro del Cisne puede ser una experiencia para un policía astral.

Desde mi punto de vista personal, Hoy, todo este lío viene de estos seres que insisten en reproducirse por procedimientos extraños y pintorescos, en vez de hacerlo decentemente y como Dios manda por medio de esporas. ✦



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 121 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido 4 o bien 5, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.

Pregunta Nº 1: ☐

Pregunta Nº 2: ☐

Pregunta Nº 3: ☐

Pregunta Nº 4: ☐

Pregunta Nº 5: ☐

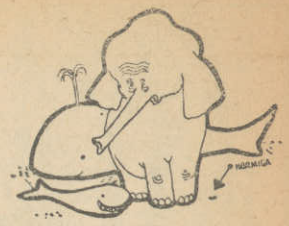
Pregunta Nº 6: ☐

1 **¿Cuál o cuáles de las siguientes galaxias están más cerca de nuestra Vía Láctea?**

A) Galaxia de Andrómeda.
B) Galaxias del Triángulo.
C) Galaxias de la Osa Mayor.

2 **¿Qué es el campo mesónico?**

A) Una extensión de tierra no cultivada.
B) Un campo sin ondulaciones.
C) El campo del honor en español antiguo.
D) Un campo análogo al eléctrico y al gravitatorio, responsable de las fuerzas nucleares.



3 **¿Cuál de los siguientes animales ha tenido más éxito en la lucha por la supervivencia?**

A) El elefante.
B) La hormiga.
C) El tiburón.
D) La ballena.

4 **¿Cuál de las siguientes es una afirmación falsa?**

A) La India es mayor que Groenlandia.
B) La aguja de la brújula señala exactamente el norte.
C) La Tierra gira de Oeste a Este.
D) La suma de los cuadrados de los catetos, es igual al cuadrado de la hipotenusa.

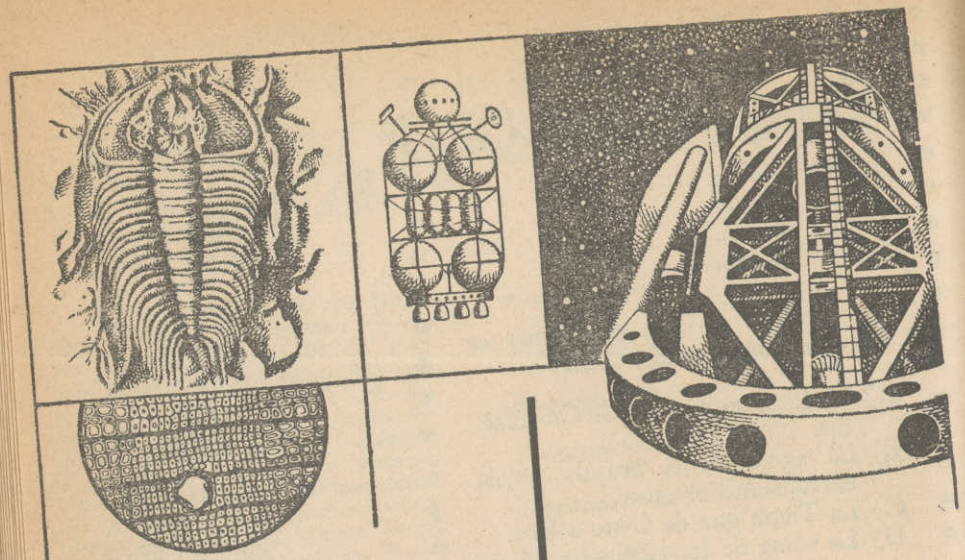
5 **La palabra "Varec" designa:**

A) Una estrella fija.
B) Un héroe de las Mil y Una Noches.
C) Una unidad astronómica de distancia.
D) Un organismo unicelular.
E) Una substancia utilizada para producir yodo.

6 **Si tiramos tres monedas al aire, ¿sobre cuál de las siguientes combinaciones conviene apostar?**

A) Todas secas.
B) Dos caras y una seca.
C) Todas caras.
D) Dos secas y una cara.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



escribe WILLY LEY

LA MUERTE DEL SOL

UNO de los primeros libros que yo compré en mi vida (después de haber perdido el primero, una mezcla de curiosidad y nostalgia me hizo comprar otro ejemplar diez años después), fué un pequeño volumen escrito por el astrónomo alemán M. Wilhelm Méyer, que se llamaba "El fin del mundo". Estaba encuadernado en pasta, y tenía un dibujo melancólico en la tapa, que aludía al tema del libro. Representaba un pequeño grupo de hombres enflaquecidos que se amontonaban en la nieve cerca de un árbol seco, y en el cielo se destacaba un enorme sol rojo oscuro.

Era la misma idea básica que había sido descrita con palabras, por H. G. Wells, en su libro "La máquina del Tiempo". Seguramente recuerda usted el argumento: Después de haber visto y experimentado el fin del género humano en un viaje al futuro, el Viajero del Tiempo deja correr su máquina más allá, mucho más allá. Al principio advierte "la parpadeante sucesión del día y la noche", que él ya había conocido en sus anteriores viajes por el tiempo; pero, a medida que la máquina continúa hacia el futuro, todo empieza a cambiar lentamente: "La banda de luz que indicaba la marcha del sol había ya desaparecido; el sol ya no se ponía más: simplemente se elevaba y descendía sobre el oeste mismo, y se volvía cada vez más ancho y más rojo. Toda traza de Luna había desaparecido. El girar de las estrellas, cada vez más lento, se había convertido en una serie de puntos de luz que se desplazaban muy lentamente... Al fin, poco antes de detenerme, el sol, rojo y muy ancho, quedó suspendido sin movimiento sobre el horizonte: parecía una gran cúpula de un brillante color pálido, que sufriese de vez en cuando una extinción momentánea. En un momento dado brilló con más intensidad, para volver rápidamente a su pálido color rojo. Por la disminución de la elevación y del descenso del sol, deduje que la acción de la fuerza de la marea estaba concluída. La Tierra había quedado con una de sus caras dirigidas permanentemente hacia el sol..."

SI ahora, por vez primera, viese yo esta vieja pintura alemana o leyese "La Máquina del Tiempo", podría determinar la fecha, tanto del libro como de la pintura, con sólo leer las frases citadas. Las dos tendrían que pertenecer, más o menos, al período que va desde 1880 a 1900, ya que se habla de un Sol que parece mucho más grande debido a que la Tierra se ha acercado a él a lo largo de la cerrada espiral de una órbita cada vez más estrecha. En verdad, el cuento fué escrito en 1895, y el dibujo fué hecho en 1903. Sólo diez años después, el escritor habría abrigado grandes dudas, y el dibujante habría elegido alguna otra cosa del libro para ilustrar la portada.

El problema de la posible muerte del Sol, era relativamente nuevo cuando Wells escribía su cuento, por más extraño que esto pueda parecernos. Solamente durante unas pocas décadas habían sido objeto de conjeturas cautelosas y de cálculos tímidos. Anteriormente, este problema no existía, y no necesitamos volver a los tiempos de Homero (en los que se consideraba que el Sol era el carro del Dios del Sol), para darnos cuenta del punto en que estaban las cosas. Aunque, en varias oportunidades, los pueblos habían meditado acerca del fin del mundo, en los tiempos antiguos, nunca se plantearon el problema del posible fin del Sol. Ninguno de los filósofos griegos lo trató. Los escritores romanos estaban preocupados con problemas mucho más mundanos. Aun la Biblia sostenía implícitamente lo opuesto: "mientras que la Tierra permanezca..., el verano y el invierno, el día y la noche, no cesarán."

Ni tampoco la revolución astronómica comenzada por Copérnico alteró este aspecto de las cosas. Lo que comenzó a cambiar la actitud hacia este problema no fué la influencia de las ideas filosóficas, sino los hechos descubiertos en los ratos de ocio, por un tal Jan Lippershey, de Holanda, que terminaron con la invención del telescopio. En diciembre de 1610, se descubrió, por primera vez, que el Sol tenía, literalmente, manchas.

El descubrimiento de las manchas solares se le atribuye generalmente al pastor David Fabricius; pero dicho des-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cubrimiento se debe en parte a su hijo Johannes, porque padre e hijo trabajaban juntos escrutando los cielos, con su "tubo óptico" recientemente adquirido. Y en realidad, Johannes fué el primero en ver las manchas.

El Sol, escribía después Johannes, no aparecía limpio y claro como era de esperarse. "Parecía tener varios tipos de rugosidades y deformaciones, aun en el borde. Mientras miraba cuidadosamente, señalé la presencia de un punto inesperadamente más oscuro y nada pequeño por cierto, en comparación con el tamaño del Sol. Pensé que las pasajeras nubes serían las causantes de la mancha".

Aun después de comprobar. "unas diez veces", que la mancha no podía ser una nube, "no confié completamente en mí y llamé a mi padre"... Los dos juntos no sólo descubrieron las manchas solares, sino que, observándolas, reconocieron la rotación del Sol.

ANTES de que David Fabricius hubiera publicado sus descubrimientos, un sacerdote jesuíta, el padre Christoph Scheiner, de Ingolstadt, observó varias manchas solares. Como se lo requería su orden, Scheiner informó de su descubrimiento a su superior Busaeus, quien escuchó cuidadosamente, pensó un momento, y dijo: "Hijo mío, he leído todos los escritos de Aristóteles, varias veces desde el principio hasta el fin, y le puedo asegurar que no he encontrado nada en ellos que diga lo que usted me informa. Vaya y cálmese. Esté seguro de que lo que usted supone manchas solares son imperfecciones de sus anteojos o de sus ojos" (1).

La corona del Sol fué también descubierta, en cuanto ocurrió un eclipse de Sol. Era, por supuesto y aun en aquella época, un conocimiento elemental el hecho de que un eclipse es el resultado del pasaje de la Luna por la línea que va desde la Tierra hasta el Sol.

El problema era saber cuál de los dos era el poseedor de la corona.

Alrededor del año 1700, Giácomo Filippo Maraldi, sobrino de Jean Dominique Cassini, y famoso astrónomo por derecho propio, expuso su opinión de que la corona era la atmósfera del Sol, que se volvía repentinamente visible durante el eclipse total del astro. Pero la mayoría de sus colegas consideraban que era mucho más probable y "plausible" que la corona fuera la atmósfera de la Luna, que, para ser vista, sólo era iluminada suficientemente cuando el Sol estaba directamente detrás de ella.

El problema fué resuelto por eliminación: cuanto más se observaba la Luna, se vió claramente que la Luna no tenía una atmósfera que mereciera ese nombre; luego la corona tenía que pertenecer al Sol.

Esto estaba muy bien; pero ¿en qué consistían las manchas solares?

Galileo Galilei creía que eran nubes negras (o por lo menos oscuras) que estaban muy elevadas sobre la superficie luminosa del Sol. Otros estudiosos no contradijeron su opinión, pero fueron más específicos: estas nubes oscuras se formaban por encima de gigantescos volcanes en erupción.

Unas pocas décadas después, alrededor de 1670, fué Cassini el que revolucionó las ideas. Las manchas solares no eran nubes oscuras de ninguna clase, sino exactamente lo opuesto: cuando una tormenta producía un agujero en las luminosas capas de nubes del Sol, podía volverse lo suficientemente transparente para ser atravesada por un vasto pico negro en la superficie del Sol.

LA idea de que bien podía ser que la atmósfera del Sol fuese luminosa y su superficie oscura, no era original de Cassini. Había sido tímidamente enunciada en fecha anterior, por referencia a las nubes altamente luminosas que nosotros denominamos ahora cúmulos de la puesta y que son mucho más brillantes que el suelo. La autoridad de Cassini meramente reforzó esta idea más antigua.

Un siglo después (nada se hacía tan rápido como en nuestros tiempos), la contribución especial de Cassini a esta teoría fué desechada; pero la teoría en sí misma se fortaleció.

En noviembre de 1769, el Sol mostró una mancha especialmente grande, y Alejandro Wilson, de Glásgow, que la observó con cuidado minucioso, advirtió por primera vez lo que virtualmente ahora conoce todo el mundo por fotografías. Esa mancha solar no era sólo un punto oscuro: mostraba cierta diferenciación dentro de él mismo. El centro era realmente oscuro; pero entre este punto negro y la superficie brillante del Sol había un área de mediana oscuridad. Cuando un punto como ése se ha desplazado hasta el borde, se puede ver que la perspectiva hace cambiar las posiciones relativas del punto central oscuro y el de la zona no tan oscura que la rodea.

Resumiendo, se podía ver que el área semioscura era más baja que el área brillante que la rodeaba, mientras que el centro oscuro era más bajo todavía.

Por lo tanto, había varias capas en la atmósfera del Sol, una capa superior altamente brillante (pero más baja que esa fantasmal corona que no se puede ver normalmente), y una capa inferior menos brillante. En cada capa se producían a veces agujeros, y, si, por casualidad, los agujeros de las distintas capas concidían, se podía ver la "superficie real" oscura del Sol.

Aunque sir Guillermo Hérschel se adhería a la máxima de que "muchas veces es más útil en la filosofía de la naturaleza dudar de las cosas que son comúnmente tomadas por ciertas", aceptó de todo corazón el razonamiento de Wilson. Sólo hizo una corrección de menor importancia: Wilson había considerado la "capa inferior" como "menos luminosa", mientras que sir Guillermo Hérschel consideraba que era oscura, y sostuvo que sólo podía verse por el hecho de que refleja la luz de la capa luminosa superior.

Según la opinión del Hérschel el Viejo, la superficie del Sol estaba protegida del calor y del brillo de la capa superior por esta capa reflejante y absorbente. Para demostrar la idea de que toda la luminosidad pudiera originarse sólo en la atmósfera superior del Sol, sir Guillermo Hérschell llamó la atención hacia el hecho de que "tenemos buenas razones para creer que todos los cuerpos celestes emiten luz en cierto grado".

La parte oscura de la Luna lo hacía en ciertas ocasiones (en verdad reflejaba luz de la Tierra, que es en último término luz reflejada del Sol); el lado nocturno de Venus brillaba a menudo (probablemente la aurora), y en la noche polar de la Tierra aparecía la brillante aurora boreal, en el norte, y la igualmente brillante aurora austral, en el sur.

ERA una diferencia de grado, más bien que una diferencia fundamental. "La similitud del Sol", escribía sir Guillermo Hérschel en 1794, "con

(1) Esto no es tan malo como algo que ocurrió 45 años después. Christian Huyghens, de Holanda, había inventado un nuevo método de pulir lentes. Se construyó un telescopio y descubrió rápidamente Titán, el satélite más grande de Saturno. En seguida abandonó sus observaciones, arguyendo que había [illegible] netas (Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter y Saturno) y ahora también seis satélites (el de la Tierra, los cuatro de Júpiter, descubiertos por Galileo, y el de Saturno, que él había descubierto). En consecuencia, y dado que el número de satélites no podía ser mayor que el de planetas, [illegible] que habían sido encontrados [todos los satélites

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los otros dos globos del sistema solar, con respecto a su solidez, su atmósfera y su superficie diferenciada, la rotación sobre su eje y la caída de cuerpos pesados, nos llevan también a suponer que muy probablemente esté habitado, como el resto de los planetas, por seres cuyos órganos estén adaptados a las peculiares circunstancias de este vasto globo".

Sería difícil inventar ahora un concepto más arbitrario que éste; pero, en aquel entonces, comprendía toda la información disponible. Mientras no se conociera claramente el concepto de la combustión química, esta concepción tenía cierto sentido.

Para nosotros parece un contraste absurdo que Hérschel, que sí lo conocía, tratara también de establecer si las manchas solares influían en el clima terrestre. No teniendo disponibles estadísticas astronómicas ni meteorológicas, tomó la única existente: los precios al por mayor del trigo. Aun así con un poco de suerte podría haber descubierto el ciclo de las manchas solares; pero el instrumento era demasiado inadecuado para tan feliz descubrimiento.

El verdadero descubrimiento del ciclo de las manchas solares fué hecho por Enrique Samuel Schwabe, en 1843; pero, alrededor de 1770, un astrónomo danés había ya anotado en su diario: "con el tiempo, se encontrará la periodicidad del fenómeno de las manchas solares, dado que todo fenómeno astronómico se caracteriza por su periodicidad".

El concepto de Hérschel sobre el Sol, no fué rebatido por un solo hombre ni por un solo descubrimiento durante bastante tiempo. Parece que murió muy gradualmente, siendo eliminados sus últimos esfuerzos por el descubrimiento del análisis espectral en 1859.

Mientras tanto se había realizado un gran número de nuevos descubrimientos y se había meditado sobre algunos fenómenos ya conocidos. Hacia 1840, ningún astrónomo dudaba ya de que las llamadas estrellas fijas eran todas soles (como habían pensado los árabes ocho siglos antes), y el fenómeno de la Vía Láctea lo había explicado Hérschel valiéndose de la observación, y Manuel Kant, independientemente, por medio de un razonamiento cuidadoso. Uno de los descubrimientos más importantes fué el que estableció que las estrellas mostraban colores definidos. Que había algunas rojas era obvio, pero había también algunas azules. Por lo tanto, las estrellas podían tener colores diferentes. Anotemos que en aquel tiempo, la singular información fué archivada.

ADEMAS, aparecían reiteradamente "estrellas nuevas". Plinio el Viejo nos informa que a Hiparco lo movió a comenzar su famoso catálogo de estrellas la aparición de una de esas estrellas nuevas: no se podía clasificar una estrella como nueva, sin tener una lista de las viejas.

Dos o tres estrellas nuevas habían sido registradas en la época romana. Otra fué durante el siglo IX, cuando la astronomía árabe estaba en su apogeo bajo el reinado del califa Al-Mamun. En 1012, Hepidanus, monje del monasterio de Saint Gallen, en Suiza, informa acerca de otra "estrella nueva", en su "Crónica de los Milagros". Una excepcional supernova (usando la terminología moderna) apareció en la época de Tico Brahe (1572). Otra poco después, en 1604, ha sido llamada frecuentemente la estrella nueva de Kepler. Juan Domingo Cassini descubrió una en 1670. Después y hasta 1848 no hay más descubrimientos de este tipo.

Por supuesto que desde entonces han aparecido cuidadosamente una cantidad de

novas; pero las que influyeron el pensamiento, hacia 1840, fueron aquellas asociadas a los nombres de Tico Képler y Cassini.

Si las estrellas podían tener diferentes colores, ¿era posible la existencia de "estrellas oscuras"? Cuando Alejandro von Húmboldt escribió jocosamente en una carta acerca de estos fantasmas celestiales oscuros, el entonces famoso astrónomo Federico Guillermo Béssel (el primero que midió la distancia a una estrella: 61 cygni) le contestó simplemente: "el hecho de que innumerables estrellas sean visibles no niega la existencia de un número igual de estrellas invisibles". Por consiguiente, si había estrellas oscuras y estrellas nuevas, ¿no se podía acaso explicar sencillamente la aparición de las estrellas nuevas por la colisión de dos estrellas oscuras? De este modo las novas construyeron una prueba indirecta de la existencia de estrellas oscuras.

Tal eventualidad significaba, a la vez, un final y un comienzo de las estrellas; pero, con ello, la idea del "fin" quedaba introducida en el pensamiento astronómico. Porque ¿qué eran las estrellas oscuras?

En 1814, José de Fraunhófer, descubridor de las líneas llamadas por su nombre, y casi descubridor del análisis espectral, había comparado las líneas de varias estrellas, y encontró que estas líneas estaban situadas en lugares donde el Sol no mostraba ninguna; Fraunhófer llegó a la conclusión de que había diferentes tipos de estrellas.

El descubrimiento de Fraunhófer había sido demasiado prematuro para ser comprendido; y no lo fué hasta el año 1860, cuando Juan Bautista Donati halló su teoría en un viejo volumen de las actas de la Academia de Ciencias de Múnich. El mismo Donati se puso a trabajar en este problema; pero la mayor parte del trabajo fué hecho por el padre Angel Secchi, astrónomo papal.

ANGEL Secchi clasificó todas las estrellas investigadas por él en cuatro clases. La clase I era la de las "estrellas azules"; entre ellas, Sirio y Vega. La clase II estaba constituída por las "estrellas amarillas", como nuestro Sol. La clase III la integraban las "estrellas rojas y anaranjadas", como Betelgeu y Alfa de Hércules. La clase IV, finalmente, estaba compuesta por estrellas de las cuales eran conocidas pocas y pequeñas. Su color era rojo oscuro, y su espectro, considerablemente extraño.

Esas estrellas, escribía el padre Secchi, "que muestran tales zonas en su espectro, deben de tener una temperatura más baja que aquellas que sólo muestran líneas finas (de Fraunhófer)". En realidad, parecía ser que las estrellas de las clases I y II eran demasiado calientes para permitir la existencia de compuestos químicos, mientras que las de la clase III y, especialmente, las de la clase IV, no eran bastante calientes para impedir su existencia.

Se sabe ahora que esto es erróneo; pero las consecuencias de este cuidadoso trabajo inicial son evidentísimas: Las cuatro clases de Secchi eran claramente cuatro etapas en la evolución de una estrella o de un sol . Al principio, comenzaba caliente y blancoazulada; con el curso del tiempo, se enfriaba hasta volverse amarilla; luego, naraja, y finalmente roja. En su última etapa estaba demasiado fría para ser vista: éstas eran las estrellas oscuras de Béssel.

Hasta entonces, todo parecía lógico y perfecto. La dificultad residía en la investigación lógica de la duración de este proceso. Era un problema semejante al de "¿qué es lo que mantiene al Sol en actividad?" Ahora sabemos que estas estimaciones eran muy pe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

queñas; pero entonces parecían enormes.

Juan Tyndall (físico y no astrónomo) dijo: "los hechos son tan extraordinarios que la hipótesis más sobria puede parecer desmesurada". El Sol alimentaba toda la actividad de la Tierra, de lo cual ellos se daban cuenta; pero la Tierra sólo interceptaba una parte ínfima de la producción solar de calor y luz. Cualquier alumno despierto de colegio secundario, que conozca los diámetros del Sol y de la Tierra y la distancia que media entre éstos, puede calcular cuanta radiación intercepta la Tierra. La cifra es del orden de ½.200.000.000

Unos pocos científicos (pero no físicos) asombrados y algo asustados por estas cifras, trataron de hallar alguna solución. Quizá el Sol no irradiaba en el espacio en todas direcciones. Quizá la fórmula de la radiación entre el Sol y los planetas fuera semejante a la de la electricidad estática, es decir, que se daba sólo la dirección en que fuera recibida.

Esta proposición valiente, aunque, por supuesto, totalmente errónea, fué rápidamente rechazada por todos los expertos, aun antes de que el Tratado de Electricidad y Magnetismo, de Jacobo Clerk Máxwell, proporcionara el arma decisiva en 1873.

El hecho era que el Sol producía enorme cantidad de energía en el espacio. ¿De dónde provenía esta energía?

SIR Guillermo Thomson, el difunto lord Kelvin, hizo un rápido cálculo paralelo. Aunque el Sol fuese de antracita de la mejor calidad y se lo proveyera del oxígeno necesario, no duraría más de 5000 años; por lo tanto, la energía solar no podía ser de ninguna manera energía química. En primer lugar parecía evidente que no era química. En segundo lugar, los geólogos habían demostrado que la Tierra tenía mucho más de 5000 años y que, además, había existido vida en la Tierra durante un tiempo también mucho más largo.

Pero ¿qué otra energía no química podía ser? Aquí Hermán de Hémnoltz dió una respuesta. El Sol tiene que haber tenido un comienzo, y la única posibilidad que se puede imaginar es que se condensó del polvo cósmico. Tiene que haber sido grande y flojo en el pasado; pero la atracción gravitatoria mutua de las partículas hizo que este cuerpo se condensara en lo que ahora llamamos el Sol. La contracción del Sol genera calor. Hélmholtz opinaba (por primera vez se decía semejante cosa) en 1853, que el Sol se mantenía en actividad por medio de la contracción continua.

El cálculo demostró que una contracción anual de 100 metros era suficiente para dar origen a la cantidad de energía irradiada. Y dado que con la contracción su superficie disminuye, cada vez se vuelve más caliente. Como la contracción sería del orden de 1 Kilómetro cada 10 años, y el diámetro mide 1.390. 000 kilómetros, la insignificante disminución la hacía de difícil observación y por cierto que no podría de ninguna manera descubrirse comparando viejos registros con las observaciones modernas (1860).

Extrapolando hacia atrás esta idea, se comentó que el Sol no podía tener más de 18 millones de años en su calidad de estrella brillante, Simón Néwcomb, extrapolando hacia adelante, años más tarde, calculó que luego de 5 millones de años, el Sol se habría contraído a la mitad de su diámetro actual y sería ocho veces más denso. Después la capacidad para seguir contrayéndose sería drásticamente reducida, y la temperatura tendría que reducirse bruscamente.

La conclusión general era que el Sol duraría otros 8 millones de años, más o menos.

La cifra máxima de 18 millones de años para el pasado fué gratamente recibida por los geólogos, que con cada nuevo descubrimiento se veían forzados a aceptar un lapso más prolongado. Pero los geólogos siguieron haciendo descubrimientos, y la cifra de 18 millones de años se tornó, rápidamente, muy estrecha para ellos.

Bueno, los astrónomos y los físicos interesados en astronomía estaban deseosos de proporcionar alguna nueva idea. Lord Kelvin, que estimó la edad de la Tierra en, más o menos, 100 millones de años, estaba a favor de la teoría meteorítica, que proclamaba que el Sol mantenía su calor por el impacto de la lluvia regular de los meteoritos que con seguridad caen sobre él.

PARA enfocar mejor el problema, Lord Kelvin calculó cuál sería el potencial de la hoguera solar alimentada por el impacto de los planetas de su sistema que existen en la actualidad. Si Mercurio cayera sobre el Sol, la energía resultante duraría alrededor de 6 años y medio, y Venus aportaría una irradiación energética de 84 años. La tabla se configuró así:

Mercurio	6,6	años
Venus	83,8	"
Tierra	95,0	"
Marte	12,6	"
Júpiter	32.254,0	"
Saturno	9.652,0	"
Urano	1.610,0	"
Neptuno	1.890,0	"
Total:	45,604,0	años

Con la ayuda de esta tabla podríamos calcular cuánta materia tendría que caer diariamente en el Sol para mantener el proceso sin alteraciones. El resultado es sencillo: Si una masa igual a 1/365 del 1/100 de la masa de la Tierra cayera en el Sol diariamente, proporcionaría la energía irradiada, o sea, en cifras redondas: una masa igual a la Tierra por siglo. Con lo cual el aumento del diámetro del Sol no se notaría durante muchísimo tiempo.

Si los geólogos rechazaron la hipótesis de la contracción debido a que no les daba suficiente tiempo en el pasado, los astrónomos rechazaron la teoría meteorítica porque ponía demasiada materia en el espacio.

Si el equivalente de la masa de la Tierra cayera en el Sol cada siglo, el equivalente de varias masas iguales a la Tierra, mejor dicho, de muchas masas iguales a la Tierra, tendría que encontrarse en el espacio cerca del Sol.

Pero los astrónomos no podían dejar de verlo. La Tierra misma, por ejemplo, se encontraría sometida a un fuerte bombardeo meteorítico continuo.

Las perturbaciones de las órbitas de los planetas interiores denotarían su presencia. Teóricamente era posible, pero no concordaba con los hechos observados. Era lo mismo que decir que el nivel de ruido observado en la calle, en una esquina muy concurrida, podía ser provocado por disparos de pistola, a razón de cuatro descargas por segundo. El ruido podría ser el mismo; pero las balas tendrían que haber causado multitud de efectos no observados en la realidad.

La mayoría de los astrónomos se dedicó a explorar otra posibilidad. La energía irradiada por el Sol (los hechos ante todo) podía ser causada por cualquiera de los dos factores expuestos en estas teorías. Pero las dos producirían efectos que estaban en desacuerdo con los hechos observados; por lo tanto, quizá las dos actuaran conjuntamente.

Una lluvia constante de meteoritos alimenta la hoguera solar, pero no es suficiente para reemplazar todo el calor perdido. La diferencia la cubre la contracción que, bajo estas circuns-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tancias, puede ser mucho más lenta. Así, los geólogos obtenían su plus de tiempo para el pasado, debido a la contracción más lenta, mientras que a los astrónomos no se les pedía que aceptaran mayor cantidad de materia cósmica que la que estaban dispuestos a aceptar..

QUIZA fuesen éstas las causas de la continuidad de la luz solar; pero más posiblemente se trataba de elaboraciones teóricas. Se podían ver los soles rojos en el espacio. Evidentemente, se habían quedado sin material meteorítico y luego se habían contraído lo más posible, perdiendo calor, sin posibilidad alguna de renovar las subsistencias, hasta que la temperatura bajara al punto en que los compuestos químicos fueran posibles. Pronto se volverían completamente oscuros.

Pero si poseían planetas, tendría que haber reavivaciones como sugerían los cálculos de lord Kelvin. Los planetas, moviéndose alrededor de sus soles, deberían encontrar una ligera resistencia infinitesimal, para ser precisos, pero resistencia al fin. Lentamente sus órbitas se contraerían, y finalmente uno se estrellaría. El sol sería reavivado (recordemos a Wells: "por un corto lapso brilló de nuevo más intensamente") y luego desaparecería otra vez en la oscuridad rojiza, hasta que chocara con el siguiente planeta. Visto desde la lejanía, el choque parecería una de las estrellas nuevas.

Este concepto también explicaba el hecho de que estas estrellas nuevas no duraban largo tiempo. De repente, se inflamaban con singular resplandor y, surgidas de la "nada", excedían en brillo a todas las demás estrellas por algunos meses; pero luego palidecían, y al cabo de pocos años, era imposible localizarlas. Si hubiera colisiones entre dos estrellas oscuras, serían permanentes respecto de la duración de la vida humana. Pero el choque de un pequeño planeta parecía concordar con los hechos.

Teorizando y teorizando, los pensamientos se encuentran en dos escuelas. Las dos durante mucho tiempo estuvieron de acuerdo acerca del esquema general. Una estrella se formaba de alguna manera y, con la ayuda del material meteorítico y de la contracción, se mantenía brillante por largo tiempo, hasta que el material meteorítico se agotaba, y la contracción (a medida que se llegaba a densidades más altas) se tornaba más dificultosa. Cerca del final llegaba el "tiempo prestado" por los choques de los planetas.

El problema se planteaba (y aquí diferían las dos escuelas de pensamiento) sobre si en vez de considerar un solo sol, se los consideraba a todos: a la Galaxia entera.

Un grupo sostenía que la cantidad media de estrellas luminosas continuaría siendo substancialmente la misma, debido a la colisión de estrellas oscuras y a la "formación original" de las nuevas. El otro grupo sostenía que la cantidad de estrellas luminosas tendría que descender lentamente, dado que no existía "material original" para formar nuevas estrellas y que cada par de estrellas oscuras que chocaran sólo podrían formar una sola nueva estrella luminosa, aunque más grande.

Por lo tanto, luego de eones y eones de tiempo, toda la materia estaría concentrada en sólo dos estrellas gigantescas. Solas en el espacio se atraerían, y ocurriría una colisión de estas dos enormes masas que chocarían a velocidad fantástica.

Esta colisión inimaginable no produciría una estrella sola, sino que dispersaría la materia de las dos.

Pero el fin de un ciclo sería el comienzo del siguiente, porque de nuevo habría entonces materia en el espacio, para condensarse y formar planetas, estrellas y lunas nuevas.

LA cuestión estaba completa para 1890. En 1896, el profesor de la Escuela Politécnica, Antonio Enrique Becquerel, colocó mineral de uranio en el mismo cajón del escritorio en el que tenía placas fotográficas vírgenes en papel negro. Dos años después, Pedro y María Curie aislaban una sustancia que ellos llamaron polonio.

En 1910, el doctor Rodolfo Allen Sampson, real astrónomo de Escocia, cuando se le pidió que escribiera el artículo "Sol" para la nueva edición de la Encyclopaedia Britannica, sólo expresó el sentir general cuando, luego de recitar las viejas ideas, escribió: "una fuente que parece plausible, quizá porque es más difícil de comprobar, es la reconstrucción estructural de los átomos de los elementos. El átomo no es ya considerado como algo indivisible..."

El desde ahora no indivisible átomo iba a poner patas arriba, una vez más, las viejas ideas, como se verá en la conclusión de este relato.

UN sentimiento de singular frustración debe de haber embargado el ánimo de los astrónomos del siglo XIX dedicados a la contemplación de las diversas actividades del Sol. Se sabía perfectamente que todo lo que existe en esta Tierra, desde los más importantes acontecimientos climáticos hasta el crecimiento de una hojita de hierba, depende de la luz y el calor solar. También era sabido que nuestro planeta intercepta sólo una pequeña parte del calor y energía generados por el astro rey.

Dado, pues, que los astrónomos del siglo XIX sabían que todo lo que existe en la tierra depende del Sol, el problema de su debilitamiento, y la posibilidad de que algún día nos fallara, implicaba algo más que mera curiosidad científica: había de por medio un interés casi estrictamente personal. Basta revisar unos cuantos libros viejos de astronomía para darse cuenta de hasta qué punto el sentimiento de irremediable frustración había invadido el ánimo de los estudiosos del siglo pasado.

SE habían elaborado varias teorías. Una de ellas es la teoría de los meteoritos. Si la masa de meteoritos que caía por siglo en el Sol hubiera sido aproximadamente igual a la de la Tierra, la energía producida por el impacto explicaría el total de la energía generada por el Sol. Pero el equivalente de la masa de la Tierra por siglo era tan pequeño comparado con la mole solar, que el aumento de su diámetro ni siquiera podría tomarse en cuenta. Se necesitarían siglos para captarlo.

Pero no se podía esperar que todos los meteoritos cayeron sobre el Sol en línea recta. Probablemente se acercarían en una cerrada espiral; lo que quería decir que si un total de masa igual a la de la Tierra caía por siglo en el Sol, tendría que haber el equivalente de varias masas de Tierra girando a su alrededor y cerca de la superficie. Y esa cantidad tendría que verse fácilmente, quizás a simple vista inclusive. Por lo tanto era evidente que el impacto meteorítico podía suministrar sólo una pequeña parte del total de la energía generada: su papel, respecto del proceso fundamental, tenía que ser meramente incidental.

También existía la teoría de la contracción o teoría de Hélmholtz. Según Hélmholtz no era necesario que llovieran meteoritos sobre el Sol. Se obtenía el mismo resultado si partículas de las capas externas caían hacia abajo sobre las partículas de las capas internas. El resultado en conjunto de este proceso se concretaría en una reducción del tamaño del Sol, la cual, según el propio Hélmholtz había demostrado sería igualmente tan pequeña que exi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

giría siglos y siglos de observación especializada, para ponerse en evidencia.

Uno de los inconvenientes graves y comunes a ambas teorías era la irremediable conclusión del proceso. Esto significaba que el sol terminaría su carrera dentro de un futuro de unos ocho a diez millones de años. Por supuesto que semejante fin, de por sí, no invalidaba la teoría. El hecho de que el Sol dejara de brillar dentro de ocho o diez millones de años, era inevitable; pero, a pesar de esa inevitabilidad, no tenía por qué preocuparnos: en materia de tiempo humano, ocho millones de años es realmente una inmensa cantidad de tiempo.

El verdadero inconveniente se encontraba del otro lado de la escala temporal. Calculando con el mismo método, pero hacia atrás, se podía establecer cuánto tiempo hacía que había empezado a brillar el Sol. El resultado del cálculo fué excesivamente mezquino, y, siendo el pasado menos maleable que el futuro, la teoría se tambaleó. Aún antes de que se descubrieran las mediciones radiactivas, se sabía que la Tierra tenía que ser más vieja. Además, un buen número de atrevidos zoólogos y paleontólogos sostuvo que también la vida sobre la tierra era de anterior data.

Probado el error de las dos explicaciones posibles, los astrónomos se sintieron desorientados.

Uno de ellos, escribió con desesperación: "Si pudiéramos establecer qué parte de la masa solar es líquida, qué parte sólida y qué parte gaseosa, ¡podríamos quizá encontrar la respuesta que buscamos!"

Ahora sabemos que nada de sólido ni siquiera de líquido podía haber en una esfera de 1.400.000 kilómetros de diámetro, con una temperatura, en la superficie, de alrededor de 6.000 grados; y una temperatura interna de 20 millones de grados; pero, en aquel momento, este comentario pareció perfectamente lógico y natural.

Otro astrónomo, más valiente y acertado, sugirió la curiosa hipótesis de que la generación de la energía solar se debía: o a una combinación de las teorías de los meteoritos y la contracción, "o, si no, a un proceso del que en el momento presente no tenemos la menor idea".

POR supuesto que ésta era la verdad. Cuando se escribieron esas líneas, todavía se creía que los átomos respondían a su sentido etimológico (en griego, átomo quiere decir "indivisible"), y a nadie se le ocurría pensar que en ellos podía residir la fuente de la energía aun cuando de algún modo resultasen divisibles. La ciencia se había conformado con una especie de versión de la teoría de Hélmholtz, que asumía que, en el pasado, la lluvia de meteoritos sobre el Sol había suministrado mucha mayor energía que en la actualidad; por lo cual el período pretérito de actividad solar podía extenderse lo suficiente como para conformar las exigencias de los zoólogos y antropólogos opositores.

En la década que va desde 1896 a 1906, se hizo evidente que el átomo era divisible y que este hecho implicaba la generación de energía. Unos diez años después, Arturo Eddington empezó sus trabajos teóricos sobre la constitución interna de las estrellas. Pero, a cada instante, la ignorancia del comportamiento átomico dificultaba el desarrollo de su pensamiento, hasta que finalmente no tuvo más remedio que reconocer que el estudio de la composición de las estrellas lo llevaba al estudio del interior del átomo. Esta desviación en apariencia irrelevante, aclaró grandemente el problema.

No debemos olvidar que, hasta el año 1919, se creyó que la radioactividad no sufría ningún tipo de influencias. En los laboratorios se había establecido que algunos elementos muy pesados (uranio, polonio, radio y torio) decaían en otra cosa, produciendo, durante este proceso, energía. Pero el ritmo de este decrecimiento parecía fijo. Ni el extremo calor ni el extremo frío (artificiales) eran capaces de variarlo. Y permanecía idéntico, aunque se le sometiese a corrientes eléctricas o a campos magnéticos.

En 1919, Ernesto Rútherford consiguió hacer estallar un átomo de hidrógeno. Esto abrió perspectivas totalmente nuevas e inusitadas. Hasta entonces había sido imposible influir sobre la radioactividad por medio del calor o de las corrientes eléctricas; quizá porque ni el calor ni la corriente eléctrica empleados eran de grado suficientemente alto.

Dos años después de las experiencias de Rútherford, dos jóvenes hombres de ciencia, Roberto Atkinson y Federico Hóutermans, se atrevieron a decir por primera vez que el núcleo de un átomo podía ser atacado, siempre que se utilizara la necesaria cantidad de calor. Ahora todos sabemos que la energía cinética de la materia aumenta con el calor. Cuanto más calor, tanto mayor es la velocidad con que se desplaza y consecuentemente mayor es la energía que depende, naturalmente, de la velocidad.

Cuando Atkinson y Hóutermans sostuvieron esta tesis, hacía comparativamente muy poco que se sabía que el extremo calor podía hacerle algo a los átomos. Normalmente, entendiendo por normal desde la temperatura ambiente hasta la necesaria para fundir acero y aun más allá, cada núcleo atómico se encuentra rodeado por su remolino de electrones.

Simplificando un poco las cosas, se asumió que estos electrones tenían un efecto amortiguante. Si dentro de las temperaturas normales un átomo daba con otro, reventaban sus cápsulas de electrones, pero los núcleos permanecían indemnes. Pero a medida que la temperatura se elevaba, los electrones se separaban gradualmente del núcleo; y a temperaturas extremas, el núcleo quedaba al desnudo. Al mismo tiempo, la velocidad con que se movían aumentaba también con la temperatura. De modo que en el interior de una estrella teníamos un núcleo desnudo que corría la más desenfrenada y colosal de las carreras.

En estas condiciones parecía posible, y hasta muy probable, que el núcleo resultase afectado en las colisiones. Pero en 1929 no se podía ir más allá: la norma general de que las "reacciones termonucleares" resultaban posibles era ya suficiente.

SI se leen los artículos de difusión sobre energía atómica, se tendrá la impresión de que todo esto empezó con el descubrimiento casual de la fisión del uranio (descubrimiento que se debe a Hahn y Strassman); y que, después de verificarse este descubrimiento y de construída y utilizada la bomba de fisión, los hombres de ciencia se pusieron a pensar en la posible fusión de átomos livianos, y finalmente inventaron la bomba de hidrógeno.

Este esquema tiene el atractivo de su sencillez fácilmente accesible al lego, pero no es históricamente correcto. Aún antes de que se supiera que elementos pesados, como el uranio, podían ser fisionados, los hombres de ciencia hablaban sobre la posibilidad de generar energía atómica mediante la fusión de átomos. No es que hablaran de hacerlo ellos mismos, sino que se referían al fenómeno como a algo que estaba ocurriendo en el interior de las estrellas.

Una de las reacciones probables parecía ser la de la fusión de un núcleo de litio con uno de hidrógeno. Pero era

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

imposible que eso estuviese ocurriendo en el Sol. En las circunstancias actuales sería excesivamente veloz; produciría un gran relámpago de luz y calor y nada más. Como dijo Jorge Gamow, "sabemos, por lo tanto, que nuestro sol no puede contener cantidad apreciable de litio en su interior, del mismo modo que sabemos que una barrica que arde lentamente no puede contener pólvora".

Lo que realmente mantiene al sol en actividad fué descubierto en circunstancias bastante curiosas. En 1938 se reunió en la ciudad de Wáshington una Conferencia de Física Teórica, y uno de sus participantes fué el doctor Juan Bethe de Cornell. Mientras el profesor Bethe se dirigía de regreso a su casa, en tren, decidió que, analizando una serie de reacciones, sería posible establecer cuál era la apropiada. Parecía lógico que la energía liberada por las distintas reacciones nucleares, diferiría mucho de unas a otras; de modo que relacionándolas con la energía actual del sol, había bastantes garantías de dar con la verdadera.

El profesor Bethe empezó a calcular una serie bastante numerosa de reacciones nucleares posibles, y ¡antes de que su tren llegara a destino, encontró la que daba el resultado exacto!

Por raro que parezca, el colega del doctor Bethe, Carlos de Wéizsäcker, de Alemania, llegó a idéntico resultado (no sé en qué circunstancias externas) al mismo tiempo que él. El ciclo de reacciones recibe la denominación habitual de "Reacción Fénix Solar", porque el átomo de carbono que la sustenta reaparece intacto al final; de modo que actúa preferentemente como catalizador nuclear.

Naturalmente que, en una hoguera que se consume a sí misma, como el sol, y considerando la enormidad del tamaño y la temperatura en juego, es seguro que se producen más de una reacción nuclear. Algo más del cien

ciento del total de la energía generada se cree que es producida por lo que se llama el proceso H-H de Crítchfield, que presupone una colisión de dos protones (núcleo de hidrógeno), con la subsiguiente eyección de un positrón. Esta es probablemente la tercera reacción que tiene lugar.

Según ya se insinuó, las diversas reacciones temonucleares dependen de la temperatura. Evidentemente no son las mismas en las diferentes estrellas: algunas estrellas son de temperatura más elevada que nuestro sol, mientras que otras son más frías. En una estrella como Sirio (que es más caliente, pero en todo otro sentido del mismo tipo que el sol), la cantidad de proceso H-H que podrá producirse es mucho menor; en cambio, este proceso puede ser la única o al menos la principal fuente de energía de una estrella más débil.

Sabiendo ahora, como sabemos, que las reacciones termonucleares (fusión de átomos livianos) proveen de energía a las estrellas, y sabiendo también a qué temperatura se producen las diferentes reacciones, podemos lograr un cuadro totalmene nuevo de la evolución estelar.

Todos recuerdan lo que se pensaba, respecto de la evolución de las estrellas, antes de que se conociese la energía atómica. En el principio, se suponía una estrella sin condensar (el término en boga para este tipo de estrellas es "protoestrella"), que se iba contrayendo hasta brillar con luz propia y visible. A medida que la contracción se acentuaba, la estrella pasaba por una fase blanca (Sirio), después por una amarilla (nuestro sol), y por último, cuando casi toda la energía había sido irradiada y la contracción estaba virtualmente terminada, llegaba a la fase roja. La fase negra e invisible era el final definitivo.

El concepto moderno todavía empieza con una protoestrella, acumulación fantásticamente tenue de moléculas de gas, mezcladas con algo de polvo cósmico. Este polvo se evapora luego, convirtiéndose en gas, cuando la temperatura aumenta. De modo que, en la fase más temprana de la evolución de una estrella, la teoría de Hélmholtz puede aplicarse en su integridad.

El calor generado es producido por la contracción; a medida que la contracción avanza, la estrella se va calentando cada vez más, y produciendo más calor que el que es irradiado por su superficie, que disminuye firmemente. De modo que la temperatura en el centro de la estrella va alcanzando el punto en que pueden producirse reacciones termonucleares. A esta altura del proceso, el volumen de la estrella es enorme todavía, pero su estructura es aún muy tenue y no muy luminosa. Es lo que se llama una gigante roja.

CONSIDERANDO una gigante roja (por ejemplo, Epsilon Aurigae) puede demostrarse que la temperatura de su núcleo interno no es todavía bastante alta para mantener en actividad una reacción del tipo cíclico Fénix Solar. La reacción tiene que ser de deuterio e hidrógeno (o hidrógeno pesado e hidrógeno común) y producir helio y energía.

Es interesante anotar que la masa de la estrella actúa como una especie de válvula de seguridad. Suponiendo que la reacción nuclear fuera excesivamente violenta, el calor producido haría sencillamente que toda la estrella se expandiera. De este modo aumentaría la superficie radiante, y, en caso extremo, el núcleo podría enfriarse demasiado para mantener en actividad la reacción nuclear. Entonces la estrella volvería al proceso de contracción, hasta que el núcleo alcanzase nuevamente la temperatura adecuada.

Los astrónomos conocen un buen número de estrellas a las que se denomina "estrellas latentes". Estas estrellas se expanden y se contraen a intervalos regulares. Se cree, aunque hasta ahora no se ha comprobado, que estas estrellas se encuentran siempre en estado fronterizo entre la contracción de Hélmholtz y la reacción termonuclerar, como productoras de energía.

En cuanto se han contraído lo suficiente como para calentar su núcleo hasta el punto en que la actividad termonuclear resulta posible, ésta se hace lo suficientemente violenta como para expandir el total de la masa de la estrella y extinguir el fuego nuclear. No se sabe todavía qué condiciones son necesarias para que una estrella empiece a sufrir este dilema. Evidentemente la mayoría de las estrellas lo han evitado y han alcanzado mayores temperaturas nucleares. Algunas gigantes rojas conocidas se basan en la reacción de litio e hidrógeno, arriba mencionada. Otras más rojas aún, en una reacción que convierte el boro y el hidrógeno en helio.

El lector habrá probabeblemente notado que estas reacciones termonucleares, que mantienen a las estrellas en actividad, terminan todas produciendo helio. Dado que las reacciones empiezan en el núcleo de las estrellas, donde la temperatura es mayor, se puede presumir que el helio se acumulará en el núcleo, hasta desplazar finalmente todo otro tipo de átomos. Lógicamente, pues, a medida que una estrella envejece, la reacción ya no tiene lugar en el núcleo propiamente dicho. Este se encuentra invadido por los átomos de helio.

Tenemos entonces que figurarnos un núcleo de helio que ya no reacciona sometido a una temperatura uniforme y muy elevada. La superficie de esta esfera de helio central es el nuevo centro de las reacciones termonucleares. El área inmediatamente superior a la cápsula activa está demasiado fría para que haya reacciones. A medida que es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ta esfera crece, también crece el ritmo de conversión de otros elementos en helio. De modo que cuanto más rápidamente utiliza una estrella su combustible, tanto más rápidamente disminuye su cantidad.

Podemos decir entonces que, proporcionalmente, Sirio quema más átomos de hidrógeno por segundo que nuestro sol. Desde este punto de vista es una estrella más vieja, mientras que el sol es todavía tan joven que su fin puede situarse, no a varios millones de años en el futuro, sino a varios billones.

EN determinado momento, cerca del fin de la vida de una estrella, algo especial ocurre. Posiblemente la cápsula generante interna se acerca demasiado a la superficie, de modo que todo el combustible nuclear que la rodea se consume en un solo fogonazo. Después de esto, la estrella sufre un colapso y se convierte en una de las superdensas enanas blancas. Dado que una estrella de este tipo carece de todo sistema de producción de energía (ya ha terminado con todos los elementos que podían servirle de combustible nuclear y no puede seguir contrayéndose), debe considerársela muerta.

A título de información quiero agregar una última hipótesis sobre las gigantes blancoazuladas. Federico Hoyle, de Inglaterra, ha hecho hincapié en la idea de que algunas estrellas atraviesan nubes de polvo cósmico y adquieren de este modo grandes cantidades de materia; lo que no es sino una variante de la vieja teoría de la lluvia de meteoritos. Un acontecimiento semejante es excepcional; pero los astrofísicos se inclinan a creer que las escasas gigantes blancoazuladas encajan en esta hipótesis. Por lo tanto, no son estrellas en un determinado y misterioso estado de evolución, sino estrellas "rejuvenecidas", que podían haber estado en cualquier grado de su evolución antes de entrar en la nube.

¿Qué explicación se da respecto de las "estrellas negras", que fueron tan discutidas hace un siglo? La abrumadora posibilidad a la que nos inclinamos es que no existen. Mientras haya algún modo de generar energía, la estrella lo pondrá en práctica. Y una vez alcanzada la fase final de enana blanca, combinará una enorme cantidad de calor con una superficie radiante muy pequeña, dado que su diámetro no debe de ser mayor que el de la Tierra.

Calculando las cosas con cuidado una estrella enana blanca necesita alrededor de ocho mil millones de años para radiar toda su energía y convertirse en negra.

Pero el Universo tiene probablemente la mitad de años de los que le atribuímos; de modo que hasta la primera enana blanca que se formó debe todavía de ser luminosa.

La pregunta "¿Cuándo morirá el sol?" es, de hecho, tan académica como cualquiera otra; si al lector le quita el sueño, le participo que tiene alrededor de 4.000 millones de años (¡mínimo!) para quedarse despierto y preocupándose. Así, pues, que me parece mejor que apague la luz y nos vayamos tranquilamente a dormir. ✦

MODELO de JUECES

¿Quien estuvo fuera de la ley podrá convertirse en juez, aunque sólo sea para juzgar... un pastel?

por WILLIAM MORRISON

RONAR se había reformado, si es que puede decirse así, pero se daba cuenta de que no confiaban en él. La inquietud se traslucía en sus movimientos torpes y apresurados cuando se acercaban a él. El miedo asomaba a sus ojos. Rónar se tranquilizaba diciéndose que todo aquello pasaría. Con el tiempo, aprenderían a mirarlo como a uno de los suyos y dejarían de recordar lo que había sido antes. Pero, por el momento, todavía lo recordaban..., y él también.

La señora de Cláymore, del Comité Presidencial, decía entonces:

—¡Oh, señora de Sílver, cuánto le

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

agradecemos que haya venido! ¿Toma parte en el concurso?

—Prácticamente, no —dijo la señora de Sílver, y rió con modestia—. Como usted se imaginará, yo no puedo esperar el triunfo entre tantas mujeres de mérito que toman parte en él. Pero pensé que debía intervenir para... para darle interés al asunto.

—Fué muy gentil de su parte. Y no diga eso de que no va a ganar. Todavía recuerdo algunos de los platos que nos sirvió en su casa, la noche en que George y yo fuimos a cenar. ¡Oh..., eran realmente deliciosos!

La señora de Sílver lanzó otra risita.

—Eran simplemente recetas vulgares. Pero me alegro mucho de que le gustaran.

—¡Vaya si me gustaron! Y estoy también segura de que al juez le gustará su pastel.

—¿El juez? ¿No suele hacerlo generalmente un comité?

TODAS las palabras llegaban a los oídos de Rónan. Ellos no tenían ni idea de cuán agudo era su sentido del oído, y él no deseaba desconcertarlos más aún, dejando que lo descubrieran. Oía todas las conversaciones sostenidas en voz normal en la gran sala de recepción. Y cuando se concentraba podía oír también los cuchicheos. En aquel momento tuvo que concentrarse, porque la señora de Cláymore se inclinó hacia adelante y murmuró algo en el oído atento de su amiga.

—Querida, ¿pero no está usted enterada? ¡Nos daba tantos disgustos el comité!... ¡Había tantas acusaciones de favoritismo!... Era algo realmente espantoso.

—¿De veras? ¿Y cómo encontraron un juez, entonces?

—No mire ahora, no... Voy a decirle lo que debe hacer. Finja que le he dicho algo divertido, levante la cabeza y ríase. Echele una mirada rápidamente, mientras se ríe. Está sentado allí, solo, en la plataforma.

La señora de Sílver rió graciosamente, como le habían indicado, mientras sus miradas recorrían la plataforma. Y se excitó de tal modo con lo que había visto, que casi se olvidó de hablar susurrando.

—¡Pero si es...!

—¡Chist...! ¡Baje la voz, querida!

—¡Pero... si no es humano!

—Dicen que lo es... ahora. Aunque claro está que eso depende de las opiniones.

—¿A quién diablos se le ocurrió nombrarlo juez?

—A ninguno de nosotros. El profesor Hálder, que vive en ese asteroide grande de que hay al lado del nuestro, se enteró de las dificultades que teníamos, y nos hizo una sugerencia. Al principio, nos pareció absurda...

—¡Desde luego, a mí me parece absurda también! —convino la señora de Sílver.

—Era lo único que podíamos hacer. No teníamos a nadie en quien pudiéramos confiar.

—¿Pero qué entiende él de pasteles?

—¡Querida mía, tiene un sentido del gusto verdaderamente exquisito!

—Sigo sin comprender.

—Es sobrehumano. Antes de adoptar la sugestión del profesor Hálder, lo sometimos a unas cuantas pruebas. Los resultados nos dejaron simplemente boquiabiertas. Mezclamos toda clase de especias, la hierbas más delicadas y exóticas de Venus o Marte, los sabores más fuertes y acusados de la Tierra, o de cualquiera de los asteroides donde se crían plantas..., y él nos dijo todo lo que habíamos puesto y exactamente en qué cantidad.

—ME cuesta trabajo creerlo, Matilde. ¿No es cierto, Clara? Es verdaderamente increíble. Si yo misma no lo hubiera visto, tampoco lo creería.

—Pero él no tiene preferencias humanas. ¿No era..., no era...?

—¿Carnívoro? ¡Oh, sí! Dicen que era la criatura más feroz que pueda imaginarse. Si un animal se acercaba a un kilómetro de distancia de él, él lo olía y salía inmediatamente en su persecución. El y los demás de su clase hicieron que la luna en que vivían fuese inhabitable para cualquier otra clase de vida inteligente. Y pensándolo bien, ¡tal vez era la misma luna en que vivimos nosotros ahora!

—¿De veras?

—Si no era ésta, sería cualquier otra luna de Saturno. Teníamos que hacer algo, tomar alguna resolución. Naturalmente, no queríamos matarlos a todos. Eso habría sido lo más sencillo, pero ¡tan poco civilizado!... Finalmente, nuestros hombres de ciencia nos presentaron una sugestión: la de su reforma psicológica. El profesor Hálder nos dijo cuán difícil era; pero, al parecer, dió resultados..., por lo menos, en este caso.

La señora de Sílver dirigió a hurtadillas otra mirada al juez.

—¿Sí?... He visto que nadie se acerca a él.

—¡Oh, no nos gusta tentar a la suerte, Clara. Pero si corriéramos realmente algún peligro, estoy segura de que los psicólogos no lo habrían dejado en libertad.

—Eso espero. Pero los psicólogos corren a veces los riesgos más disparatados..., ¡sobre todo con las vidas de los otros!

—Bueno, aquí hay un psicólogo que está arriesgando su propia vida..., y también la de su esposa. ¿Conoce al doctor Cabanis?

—Sólo de vista. Su esposa, ¿no es esa mujer presumida?

—La misma. El doctor Cabanis es el hombre que tuvo a su cargo la reforma. Y va a venir aquí. Su esposa ha enviado un pastel.

—¡No me diga que realmente esperaba ganar!

—Es muy buena repostera, querida. Hay que ser justos, hasta con ella. Lo que no sé es cómo un hombre inteligente como el doctor Cabanis puede soportarla; pero, después de todo, él es el psicólogo, no yo, y probablemente podrá explicarlo mejor que yo.

RONAR dejó de prestarles atención.

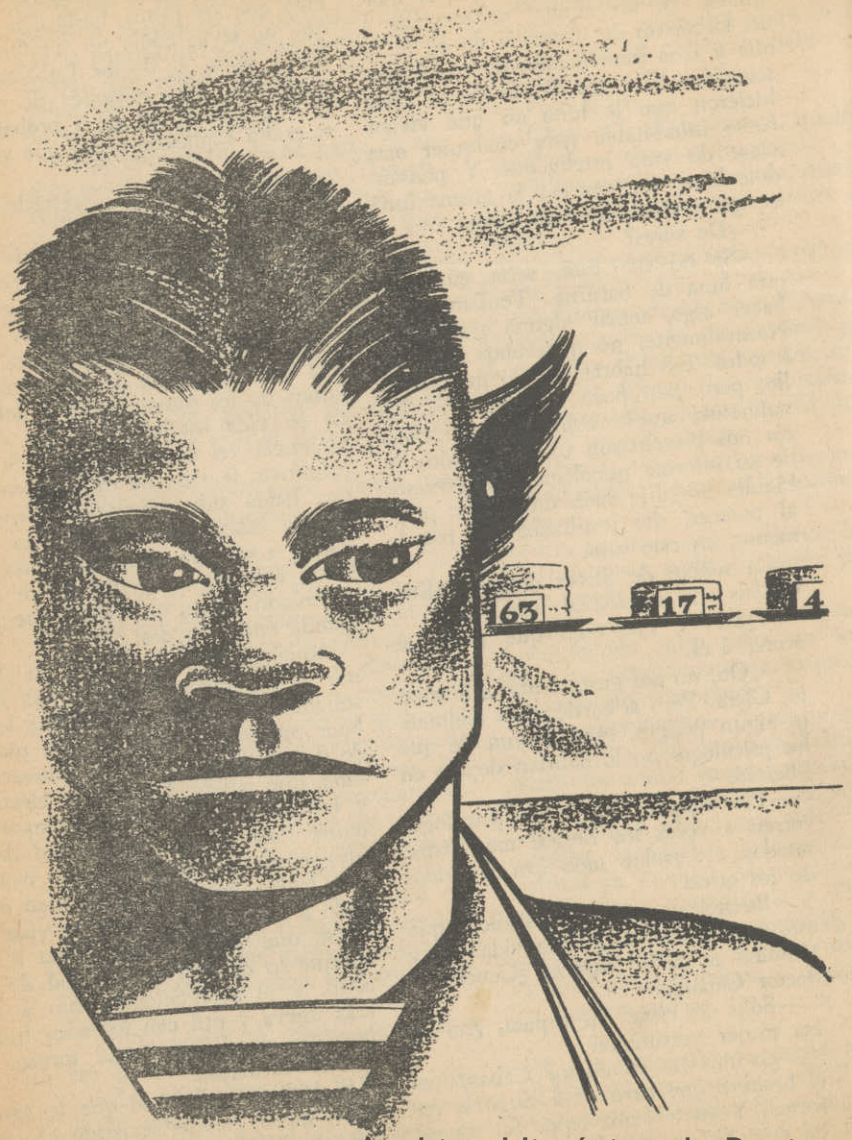
Así que el doctor Cabanis estaba allí... Miró en torno suyo, pero por ningún lado se veía al psicólogo. Probablemente, llegaría más tarde.

El pensamiento despertó en Rónan una curiosa mezcla de emociones. Algunos de los momentos más dolorosos de su vida estaban asociados con la presencia del doctor Cabanis. Su vida primitiva, la vida de un carnívoro voraz, había sido inconscientemente feliz. Se imaginaba que también podía llamar a su vida actual una vida feliz si no era muy exigente acerca de la definición. ¡Pero el período que había habido entre las dos!...

Aquel período había sido, en el menor de los casos, doloroso. Las largas sesiones con el doctor Cabanis lo habían conmovido hasta lo más profundo de un alma que hasta entonces no sabía que poseía. Los shocks eléctricos y las drogas no le habían importado tanto. Pero la reforma gradual de su psique entera, el período de instrucción básica, en el que le habían enseñado a odiar de tal modo su vida anterior, que ya no podría volver a ella aunque lo dejaran en libertad de hacerlo, y el acondicionamiento a una vida nueva y útil con los seres humanos..., aquello era una tortura de las más refinadas.

Si hubiera sabido lo que le aguardaba, no se habría sometido al tratamiento. Habría luchado hasta caer como lo habían hecho tantos de su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



especie. Aun así, ahora que todo había terminado, pensaba que el resultado merecía el haber sufrido tanto dolor. Tenía un puesto más importante de lo que parecía a primera vista; ejercía el control sobre gran parte de los envíos de alimentos destinados a los planetas exteriores, y todos confiaban implícitamente en su palabra. Bastaba que condenara un envío, y la cancelación se efectuaba automáticamente, sin someterlo siquiera a la formalidad de unas pruebas de laboratorio. Era muy admirado..., y muy temido.

También sentían acerca de él otras cosas. En cierto momento, oyó una conversación en voz baja, que lo sorprendió.

—Querida, creo que es realmente hermoso.

—¡Pero, Carlota, cómo puedes decir eso de quien ni siquiera es humano!

—Parece más humano que la mayoría de los seres humanos que conozco. Y sus ropas le sientan muy bien. Dime, ¿tiene cola?

—No, que yo sepa.

—¡Oh... —exclamó Carlota, en tono que era de decepción—. Parece como un pirata.

—Me dicen que era una especie de lobo. Al verlo así, nadie se imaginaría que corría en cuatro patas, ¿no es cierto?

—Claro que no. Camina tan erguido y tan digno.

—Eso te demuestra de lo que es capaz la psicología.

"LA psicología y una serie de operaciones, mis queridas señoras", pensó sarcásticamente Rónar. "Sin tales operaciones, no podría mantenerme tan erguido y en tan buena postura, aun con la ayuda de todos los psicólogos de nuestro lindo sistema solar."

Desde detrás de una maceta de cactos marcianos llegó hasta él el rumor de dos voces, que hablaban no cuchicheando, sino en tono natural, y entre las dos había varias octavas de diferencia. Una de ellas femenina; la otra, masculina.

El hombre decía:

—No te preocupes, vida mía. Yo creo que tus platos y postres son mejores que los de nadie.

Luego, Rónar oyó un sonido curioso, entre chirrido y silbido. "Debe de ser lo que los humanos llaman un beso", pensó. Entre ambos sexos, generalmente indicaba un afecto o una pasión; a veces, especialmente entre las filas del sexo femenino, una formalidad tras la cual se preparaba mejor la guerra.

La muchacha dijo con voz trémula:

—¡Pero esas mujeres tienen tanta experiencia!... Han cocinado años enteros.

—¿No lo has hecho tú, para tu familia?

—Sí; pero no es lo mismo. Yo tuve que aprender con un libro de cocina, y no tuve a nadie de experiencia que me enseñara.

—De ese modo has aprendido más pronto que si alguna de esas viejas entrometidas hubiera estado a su lado, dirigiéndote. Cocinas *demasiado bien*. Dentro de nada, yo estaré *demasiado gordo*.

—Tu madre no lo piensa así. Y tu hermano hizo no sé qué chiste acerca de mi "cabello de ángel"...

—Cuanto más viejos son los chistes, tanto más le gustan a Carlos. No te preocupes por eso —la besó de nuevo—. Ten confianza en ti, querida. Vas a ganar.

—¡Oh, Gregorio, eres muy amable diciéndome eso; pero, realmente, me siento muy poco segura de mí.

—Si el juez fuera un ser humano y te mirara, ninguna de las demás tendría oportunidad de ganar. ¿Te he dicho en los últimos cinco minutos que eres hermosísima?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NUEVAMENTE Rónar dejó de prestar atención. El amor de los humanos le resultaba tan repulsivo como la mayoría de sus alimentos.

Oyó unos cuantos murmullos más. Y entonces, el doctor Cabanis entró en la sala.

El buen doctor miró en derredor, sonrió, saludó a varias damas conocidas, y luego se dirigió directamente a la plataforma.

—¿Cómo estás, Rónar?

—Muy bien, doctor. ¿Ha venido aquí para cuidar de mí y vigilarme?

—Creo que no es necesario. Tengo interés por el resultado de tu juicio. Mi esposa ha presentado un pastel.

—No tenía la idea de que el hacer pasteles fuera un entretenimiento humano tan popular.

—Cualquier cosa que requiera cierta habilidad es popular entre nosotros.

—A propósito, Rónar, espero que no te sentirás ofendido.

—¿Ofendido, doctor? ¿Qué quiere usted decir?

—Vamos, vamos, tú me entiendes muy bien. Esas gentes no confían aún en ti. Lo veo por lo alejadas que se mantienen.

—He contado siempre con las flaquezas humanas, doctor...; Las flaquezas y la falta de oportunidad. Esos hombres y esas mujeres no han tenido, como yo, la oportunidad de ser sometidos a un costoso tratamieno psicológico. No espero gran cosa de ellos.

—Creo que no andas descaminado, Rónar.

—¿No se podría hacer algo por ellos, doctor? ¿No se les podría someter a algún tratamiento legal?

—Tendría que ser voluntario. Tú sabes, Rónar, que a ti te consideraban solamente un animal, y el tratamiento era necesario para salvarte la vida. Pero esas gentes tienen derechos. Uno de ellos es dejarlos con sus enfermedades. Además, ninguno de ellos está gravemente enfermo. No hacen daño a nadie.

Por un segundo, Rónar tuvo una tentación humana. Estuvo a punto de decir: "¿Su esposa tampoco, doctor? La gente se pregunta cómo la soporta usted." Pero supo contenerse. Había resistido tentaciones más serias.

SE oyó el sonido, apagado pero insistente de un gong.

El doctor Cabanis dijo:

—Espero que a estas alturas no me guardarás ya ningún rencor, Rónar. No me gustaría que mi esposa perdiera el premio por culpa de los prejuicios del juez.

—No tema, doctor. Siento orgullo profesional por mi trabajo. Elegiré el mejor, y nada más.

—Claro está que el hecho de que los pasteles estén numerados y no lleven los nombres de sus creadoras simplificará las cosas.

—Eso serviría tal vez con los jueces humanos. A mí no me causa ningún efecto.

Sonó otro gong, esta vez con más fuerza. Gradualmente, las conversaciones fueron cesando. Un hombre vestido con traje de ceremonia, con franjas amarillas en sus pantalones cortos, y faldones por delante y por detrás subió a la plataforma. Sus ojos brillaban tan cálidamente al saludar a Rónar, que casi conseguían ocultar el miedo.

—¿Cómo estás, Rónar? Me alegro mucho de verte.

—Muy bien, senador. ¿Y usted?

—No podría estar mejor. Toma un cigarro.

—No, gracias. No fumo.

—Es cierto: no fumas. Además, sería derrochar un cigarro. ¡Tú no votas! —y rió cordialmente.

—Según tengo entendido, van a aprobar una ley especial para que los... individuos..., como yo, puedan votar en la próxima elección.

—A mí me parece muy bien, Rónar, muy bien. Puedes contar conmigo.

La presidenta subió a la plataforma. Era una mujer gruesa, de aspecto digno. Sonrió a Rónar y al senador, y estrechó las manos de los dos sin dar muestras de repugnancia o miedo. Las competidoras y los espectadores se sentaron.

La presidenta se aclaró la garganta.

—Señoras y caballeros: vamos a inagurar el acto cantando el *Himno de Todos los Planetas.*

TODOS se pusieron de pie.

Róner los imitó. Su voz no estaba demasiado adaptada al canto; pero, por lo visto, tampoco lo estaba la de la mayoría de los presentes. Y, por lo menos, él conocía bien la letra.

La presidencia dió entonces la bienvenida a los concurrentes, en nombre del Comité Presidencial.

Luego, presentó al senador Whitten. Se refirió con sutil humorismo al hecho de que el senador había pasado ya de la edad de las indiscreciones y, hasta entonces, había conseguido eludir el matrimonio. Era enemigo del sexo femenino; pero, de todos modos, lo dejarían hablar.

El senador Whitten aceptó y retribuyó el ataque con igual sutileza. Había eludido el matrimonio más por buena suerte (si a eso se le podía llamar buena suerte) que por convicción; pero estaba seguro de que si hubiera tenido la fortuna de encontrarse con algunas damas tan hermosas como las que había allí aquel día, y de probar los apetitosos productos de su espléndida cocina, habría sido hombre al agua. En vez de soltero, sería polígamo desde hacía tiempo.

El senador inició entonces un poema de alabanzas al antiguo arte de la preparación de alimentos.

Rónar dejó de prestar atención, lo mismo que gran parte del auditorio. Sus oídos distinguieron otra conversación, esta vez mantenida en voz muy baja, entre un hombre y una mujer sentados en primera fila.

El hombre decía:

—Yo debía haber puesto tu nombre en el pastel, y no el mío.

—Eso habría sido una tontería. Todas mis amigas saben que no sé repostería. Y habría resultado muy extraño, si yo ganaba.

—Más extraño resultará que gane yo. Me imagino lo que dirán los muchachos de la oficina.

—¡Oh, los muchachos de la oficina son unos estúpidos! ¿Qué tiene de malo que un hombre sepa cocinar y sea un buen repostero?

—No tengo demasiados deseos de que corra por ahí la noticia.

—Algunos de los mejores chefs han sido hombres.

—Yo no soy un chef.

—No te preocupes más —dijo ella alzando la voz con cierta exaspera-

---

Belleza y velocidad

Las elegantes modernas no tienen tiempo que perder. Por eso, un industrial francés ha presentado un aparato para secar, mediante rayos infrarrojos, el esmalte de las uñas. Consiste en una resistencia eléctrica que se calienta a 525 grados, protegida por un tubo de vidrio. Gracias al aparato, los quince minutos de espera que suponía hasta ahora el secado de las uñas, quedan reducidos a tres.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción—. De todos modos, no ganarás.

—No lo sé... Oye, Sheila...

—¿Qué?

—Si gano, ¿quieres explicarles a todos lo masculino que soy realmente? ¿Quieres ser mi testigo de descargo?

Ella contuvo una risita.

—Si no me ayudas —insistió él—, tendré que ir por ahí, dando yo mismo las pruebas de ello.

—¡Chist!... Alguien puede oírte.

El senador Whitten seguía hablando.

RÓNAR recordó el tiempo en que había vagado por la superficie de aquel satélite, lugar de su nacimiento. No tenía ya los antiguos apetitos, los antiguos deseos. Sólo quedaba en él un levísimo fantasma del pasado; un fantasma que no podía hacer daño alguno. Pero recordaba claramente la antigua sensación de placer, el deleite de hincar los dientes en un animal que él mismo había matado, la alegría salvaje de devorar trozos de carne sabrosa. Ya no comía carne cruda; en realidad, no comía carne. Lo habían preparado para que no la comiera. Ahora era medio vegetariano y medio sintetariano. Sus comidas eran sanas, nutritivas, y constituían una parte de su vida en la que prefería no pensar.

No experimentaba real placer en gustar los pasteles u otros manjares preferidos de los seres humanos. Su sentido del gusto era agudo, pero sólo en beneficio de los demás. Para él no era más que una burla torturadora.

La voz del senador Whitten se detuvo. Oyéronse aplausos. El senador se sentó; la presidenta se levantó. Había llegado el momento de juzgar los pasteles.

Los pusieron en hilera sobre la plataforma; eran más de cien pasteles, cubiertos con capas de todos los colores y sabores. La presidenta presentó a Rónar y alabó su imparcialidad y la agudeza de su sentido del gusto.

Habían preparado ya la tarjeta de las puntuaciones. Lentamente, Rónar fué pasando a lo largo de la hilera.

Lo mismo podrían haber firmado cada pastel con el nombre de la que lo hizo. Cuando se llevaba a la boca una porción de cualquiera de ellos, oía la anhelante respiración de la mujer que lo había preparado, y el bisbiseo apaciguante de su compañero. Eran muy pocos los secretos que podían tener con él.

Al principio, todos lo miraban atentamente. No obstante, cuando llegó al quinto pastel, una mano femenina se alzó en el auditorio.

—¡Señora Presidenta!

—Por favor, señoras, les ruego que no interrumpan al juez.

—Pero creo que no los está juzgando bien. ¡El señor Róner apenas si prueba una miga de cada uno!

—Un mínimo de tres migas —la corrigió Rónar—. Una del cuerpo del pastel, otra de la capa exterior y una adicional del relleno.

—¡Pero no se puede juzgar así un pastel! Hay que comerlo; hay que tomar un buen bocado...

—Por favor, señora, permítame explicarle... Yo no necesito más que una miga. Con eso, puedo analizar debidamente el contenido. Tomemos, por ejemplo, el pastel número 4, hecho de acuerdo a una receta excelente, y bien realizado. Harina de granis marciana, huevos de gúver, sal de tingano, un poco de esencia de naranja de Venus, manteca sintética, todo de la mejor calidad. La capa es excelente, hecha con azúcar de dipentosa, muy rara, que le dan un sabor delicioso. Desgraciadamente, ese pastel no ganará, sin embargo, el premio.

Un grito de angustia se alzó en el auditorio.

—¿Por qué?

—No por falta suya, mi estimada señora, sino por [illegible] empleadas para el

relleno no estaban recién cogidas. Tienen el sabor característico de las cámaras de refrigeración.

—¡Y el dueño del almacén me juró que eran frescas! ¡Voy a matarlo!...

Y se interrumpió en medio de un mar de lágrimas.

EL juez se dirigió a la dama que había hecho la protesta.

—Espero, señora, que ahora tendrá un poco más de confianza en mi juicio.

La mujer se ruborizó y guardó silencio.

Rónar siguió probando los pasteles. Inmediatamente pudo desechar el noventa por ciento, debido a defectos de las materias primas empleadas, o de su confección. Once pasteles sobrevivieron a la primera eliminatoria del concurso.

Volvió a probarlos, esta vez con más detenimiento. Cuando hubo terminado la segunda ronda de la prueba, sólo quedaron tres. El número 17 pertenecía a la señora Cabanis. El número 43 había sido hecho por el hombre que discutía con su esposa. El número 64 era el producto de la habilidad culinaria de la recién casada, a la que Rónar no había visto aun.

Rónar hizo una pausa.

—Mi sentido del gusto está un poco fatigado. Tendré que pedirles que me concedan un corto descanso, antes de seguir adelante.

Los presentes lanzaron un suspiro. La tensión no había cedido, simplemente se había aflojado por un corto intervalo.

Rónar le dijo a la presidenta:

—Me gustaría tomar el aire libre unos momentos. Eso me descansará. ¿Hay algún inconveniente?

—No, claro que no, señor Róner.

Salió afuera. Vistas a través de la delgada capa de aire que rodeaba el grupo de edificios y la burbuja de plástico que impedía que el aire se escapara al espacio, las estrellas brillaban pacíficamente. El Sol, allá a lo lejos, era como un astro paternal, demasiado bondadoso para eclipsar a sus criaturas. ¡Qué extraño le resultaba pensar que aquél era su satélite natal! Unos cuantos años atrás había sido un mundo diferente. El podía vivir tanto fuera de la burbuja como dentro de ella, respiraba un aire rarificado o denso. Supongamos que se le ocurriera abrir un agujero en el plástico...

Pensamientos prohibidos. Se contuvo y se concentró en los tres pasteles y los tres concursantes.

"No debes dejar que intervengan en esto tus sentimientos personales. Ni siquiera debes saber quiénes han hecho esos pasteles. Pero lo cierto es que lo sabes. Y no puedes impedir que tus sentimientos personales influyan en el juicio.

"Cualquiera de los pasteles es lo suficientemente bueno para ganar el premio. Elije el que más te guste y nadie tendrá derecho a criticarte. ¿Cuál de ellos vas a premiar?

"¿El número 17? La señora Cabanis es una verdadera bruja, como le llamó con toda justicia una de sus amigas. Si gana, se volverá insufrible, y probablemente le hará sufrir aun más a su esposo. Aunque eso no quiere decir que él no lo merezca. De todos modos, él creyó que me hacía un favor. ¿Le haré un favor a él si consiento que gane su esposa?

"El número 64 es de una mujer verdaderamente insufrible. La amante conversación que mantuvo con su esposo les produciría probablemente asco hasta a los humanos. Por otra parte, no cabe duda que su triunfo enfurecería a las demás mujeres. ¡Pensar que una chicuela recién casada, sin la verdadera experiencia del hogar, pueda ganar un premio de esa clase!

"¡Ah!, pero si se trata de enfurecerlas, ¿por qué no darle el premio al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

número 43? Entonces sí que se morirían del disgusto. ¡Pensar que un hombre vulgar las vencía en su especialidad! Nunca más podrían volver a levantar la cabeza. Y el hombre tampoco se sentiría muy contento de su triunfo. Sí, si lo que deseo es vengarme de los humanos, por lo que me han hecho, si quiero demostrarles lo que realmente pienso de ellos, el número 43 tiene que ganar.

"Por otra parte, se supone que soy modelo de imparcialidad. Por eso me encargaron de esta labor. ¡No debo olvidarlo! Vamos, entremos de nuevo y probemos otra vez los pasteles. Un bocado de cada uno, aunque los deteste. Elegiré el mejor, por su mérito."

CUANDO entró, la sala era un hervidero de conversaciones, que cesaron inmediatamente al verlo. La presidenta le dijo:

—¿Listo ya, señor Rónar?

—Listo.

Le colocaron delante los tres pasteles. Lentamente, tomó un bocado del número 17, lo masticó despacio y se lo tragó. Hizo lo mismo con el número 43 y con el número 64.

Después de probar el último bocado, quedó sumido en profunda meditación. Los tres eran prácticamente inmejorables. Podía elegir el que quisiera.

El público guardaba absoluto silencio. Sólo se oía el nervioso cuchicheo de las personas cuyos pasteles se estaban juzgando.

La señora Cabanis a su esposo, el psicólogo:

—Si no gano, tú tendrás la culpa. Y te lo haré pagar.

¿Sería la culpa del buen doctor Cabanis?... Sí, si uno quería podía pensarlo así. Si no hubiera sido por él, Rónar no sería el juez; si Rónar no fuera el juez, la señora Cabanis pensaba que el triunfo sería suyo; por lo tanto, la culpa sería de su marido.

El repostero a su mujer:

—Si me entrega el premio, le rompo la cabeza. Yo no debería haber tomado parte en esto.

—Ahora es demasiado tarde para preocuparse.

—Podría gritar *¡fuego!* —musitó esperanzado el hombre—. Podría crear un pánico que vaciara la sala. Y luego, destruiría mi pastel.

—No seas estúpido. ¡Y cállate ya!

El esposo recién casado:

—Vas a ganar, querida. Me lo da el corazón.

—¡Oh, Gregorio de mi alma, por favor, no me encandiles! Ya estoy resignada a perder.

—No perderás.

—Tengo miedo. Pásame el brazo por la cintura, Gregorio. Estréchame bien. ¿Seguirás amándome aunque pierda?

—¡Oh, querida! —la besó en el hombro—. Tú sabes muy bien que no me enamoré de tu repostería, vida mía. No tienes que hacerme pasteles. Al verte, me entran ganas de comerte.

"Tiene razón", pensó Rónar, mirándola. "El hombre tiene razón. No como él piensa, pero... tiene razón".

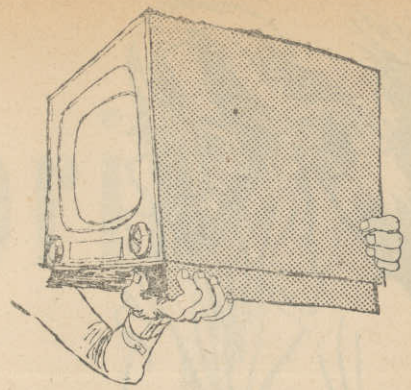
Y de repente, en un segundo decisivo, todo el pasado de Rónar irrumpió en su cerebro.

La recién casada no supo nunca por qué le habían concedido el premio. ✦

Utilidad de una bicicleta

UN campesino inglés de 81 años se hizo hace 28 una dentadura postiza con el aro de aluminio de una rueda de bicicleta, que todavía sirve (nos referimos a la dentadura). Según dicen las malas lenguas el inconveniente reside en que este buen señor no puede abstenerse de pedalear cuando habla.

la televisión se agranda



El vendedor anuncia: ¡Pantalla gigante! Y el cliente se lleva a su casa, junto con la pantalla gigante, un tremendo aparato que no sabe dónde poner.

Este es uno de los grandes problemas de la televisión de hoy en día. Al alcanzar la pantalla los 43 cm. el tubo de rayos catódicos se hace extremadamente voluminoso, tanto en tamaño como en costo, y consume una potencia eléctrica nada despreciable.

Aparecido el problema, los técnicos comenzaron a romperse la cabeza para resolverlo. No faltaron soluciones, pero sí falta el perfeccionamiento de alguna de ellas como para que el remedio no sea peor que la enfermedad. Por ejemplo, se ha propuesto la adopción, en lugar del tubo gigante, del tubo miniatura, con pantalla de 3 por 4 cm. y alimentado a muy alta tensión (25.000 voltios). El resultado es una imagen concentrada muy brillante, tanto que su brillo es tres veces superior al que produce encandilamiento. Esta imagen se proyecta luego sobre una pantalla de 2m. por 1,50 m., de construcción especial para concentrar la luz sobre los espectadores.

Las dificultades aparecen cuando se empieza a pensar en el precio del aparato óptico de proyección y de la pantalla grande, que resulta considerable. Por otra parte, la vida útil de un tubo pequeño a tan alta tensión es demasiado corta, y el trabajo de ajuste del sistema óptico para obtener una proyección nítida no es simple.

Parecería que es cuestión de buscar soluciones más radicales; y no faltan. Se ha pensado incluso en suprimir el tubo de rayos catódicos. Para ello se utiliza una pantalla electroluminiscente, que tiene la propiedad de emitir luz cuando por ella circula una corriente eléctrica. A ambos lados de la pantalla hay dos enrejados de alambre, uno formado por hilos horizontales y otro por verticales. De esta manera cada punto de la pantalla se encuentra a la vez detrás de un hilo vertical y delante de uno horizontal. Cuando la señal de televisión llega a los dos hilos apropiados, el punto correspondiente se ilumina, y mediante una destribución adecuada de las señales se reconstituye la imagen. Una pantalla de este tipo podría tener dimensiones prácticamente ilimitadas. El quid de la cuestión reside en el complicado sistema de conmutación encargado de distribuir las señales. Precisamente es el ajuste de este sistema lo que retarda su aplicación exitosa. ✦

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sutil victoria

ilustrado por OLMOS

por E. C. TUBB

Que el hombre no es el señor de la creación, en otros planetas lo aprenderemos.

ENTRO en la taberna a medianoche. Era un hombre alto, flaquísimo, vestido pobremente, con una cabeza como una calavera, y dos ojos como manchones negros en la blancura pastosa de la cara.

Paróse allí, tambaleándose ligeramente, apretada la boca, delgada como una raya; casi cómico, casi grotesco, pero completamente serio, totalmente inquietante.

De su cuerpo se despedía el olor de cien callejuelas sucias de alguna tierra extraña, y un hedor débil, repugnante y dulzón, como de fiera o de un eucalipto después de la lluvia, o como el de la carne corrompida.

Se quedó un momento, mirando directamente hacia adelante con sus apagados ojos [illegible] de la

huesuda cara. Mientras estuvo allí, los ruidos normales de la alegría nocturna murieron, cediendo el paso a algo que venía de las estrellas, extraño, desconocido y, al mismo tiempo, familiar y horrible.

Los hombres dejaron de beber; cesaron sus ásperas risas. Las mujeres lo miraron, se estremecieron, lo miraron de nuevo, y se olvidaron de preocuparse por sus acompañantes, su maquillaje o sus estipendios. En un rincón, una gramola, ignorada hasta entonces, sonó de repente con estridente melodía, trabándose en batalla perdida contra el apagado ruido de las naves del espacio, que partían en el cercano puerto de cohetes. El hombre se movió, y el encanto quedó roto.

La risa volvió a las bocas pintadas y los labios contraídos. Las mandíbulas temblaron; los vientres se estremecieron, y el tintineo del hielo, de las cucharillas y los largos pendientes, se alzó de nuevo en el enloquecido ruido de la juerga de medianoche. Unos hombres bien afeitados y vestidos con elegancia, con sonrisas fijas y músculos poderosos, atravesaron los grupos, excusándose, hasta colocarse resueltamente junto al desconocido.

Iban a cogerlo por el esquelético brazo; pero no lograron tocarlo.

El hombre echó a andar como un conjunto animado de huesos, piel y andrajos. Rígida, penosamente, como si lo movieran los hilos invisibles de un torpe marionetista, se dirigió hacia el mostrador, con los ojos apagados y fijos, balanceando los brazos como si fueran

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de madera, y moviendo rígidamente las piernas, como si se hubiera olvidado de que tenía rodillas.

Chocó contra una mesa. Tropezó con un hombre gordo y luego con una mujer delgada. Al parecer, no se dió cuenta de los obstáculos, pero viró un poco, y moviendo los brazos y las piernas con el mismo ritmo deliberado llegó al mostrador.

Y Jeff Walker se quedó mirándolo horrorizado.

Jeff Walker, de treinta años de edad, alto, rebosante de salud, con un vaso en la mano y dinero en los bolsillos, estaba matando el tiempo hasta que lo enviaran en nueva misión. Se quedó mirando la figura que estaba junto al bar, y sintió que el estómago se le revolvía de horror, al comprender quién era.

—¡Comandante Péters! —exclamó—. ¿Cuándo ha llegado?

No obtuvo respuesta. La figura seguía apoyada en el mostrador, con los apagados ojos fijos en la fila de botellas. Sus manos, como garras, temblaban al apoyarse en la pulida madera. Un empleado se interpuso entre Walker y el comandante. Era un hombre suave y sonriente que se había olvidado de lo que era la risa. Apoyó una mano en el delgado hombro y murmuró rápidamente:

—Vamos, vagabundo. Afuera.

Lo mismo podría haberse dirigido a un cadáver.

Una ligera sombra rosada tiñó las suaves mejillas, y la mano de gruesos dedos apretó el hombro huesudo.

—¿No me oye? ¡Afuera!

—¡Aguarde!

Jeff se interpuso entre ellos, apartando de un manotón la mano que sujetaba el hombro esquelético. Sonrió al ver brillar la cólera en los ojos del hombre y meneó bruscamente la cabeza.

—¡Déjelo tranquilo! Este hombre es amigo mío.

—¿Amigo suyo? —el hombre arrugó la nariz y vaciló, flexionando las gruesas manos.

—Ya lo ha oído usted... ¿O prefiere que todos los aviadores del espacio boicoteen este lugar? —Jeff sonrió y llamó fríamente al encargado del bar—. Whisky... traiga una botella.

—Sí, señor.

Jeff destapó hábilmente la botella, llenó del turbio líquido un vaso, lo puso delante del hombre de la cara pálida y chasqueó los dedos delante de sus ojos.

—Bébaselo, comandante. Apúrelo.

Obediente, el hombre levantó el vaso, lo apuró hasta el fondo y lo dejó. Aparentemente, el licor le hizo menos efecto que el agua clara. Jeff le sirvió un segundo vaso y luego se volvió hacia el hombre de la sonrisa.

—Oiga, quédese aquí y siga dándole licor. Voy a llamar por el videófono, y quiero que me lo cuide mientras yo no estoy.

—¿Ah, sí?...

—Sí —impaciente, Jeff buscó su cartera y sacó de ella su identificación—. Ahora, recuérdelo bien, no lo excite, no le niegue nada que quiera y, sobre todo, no le haga daño alguno.

—Seguro —le replicó sarcásticamente el hombre—. ¡Haré de niñera de él..., porque sí..., porque usted me lo pide!

—Lo hará por su propio gusto, o yo haré que lo detengan por poner obstáculos a la ley —Jeff se quedó mirando al empleado—. Quizá no me ha entendido bien. Se lo ordeno, no se lo pido. Este hombre se encuentra ahora bajo la protección del gobierno. Voy a buscar una ambulancia. Lo único que quiero es que usted se cuide de que ninguno de sus amigos se lo lleve y lo deje tirado por cualquier callejón.

—No me gusta —dijo el hombre—. Huele muy mal.

—¿Y qué?

—Que el patrón tampoco le gustará...

ni a los clientes... ni a mí.

—Entonces no le queda más remedio que aguantarse —le contestó secamente Jeff y dió media vuelta.

Silenciosamente, aquello que en otros tiempos había sido un hombre, levantó su vaso, lo vació, lo dejó en el mostrador y se quedó esperando.

Con irritación el hombre sonriente tomó la botella y le sirvió otro vaso.

LA ambulancia tardó diez minutos en llegar a la taberna. Durante ese tiempo, más de la mitad de los juerguistas habían mirado sus relojes, después a la parodia de hombre que había junto al largo mostrador, y habían salido a gozar de la noche clara y estrellada.

En diez minutos, aquella reunión de seres alegres se había convertido en algo parecido a un velatorio. Conforme la taberna se iba vaciando, el hombre alto y delgado que había junto al bar iba adquiriendo nueva y sutil importancia.

Jeff hizo una señal con la cabeza al empleado, pálido y nervioso por aquel entonces. Vió dos botellas vacías y otra recién abierta, que estaban sobre el bar, y se volvió al hombre que había entrado con él.

—¿Hice bien, doctor?

El médico gruñó, olfateó el olor repugnantemente dulzón, tocó la piel cadavérica, miró los apagados ojos y se mordió los labios.

—Parece que sí, Jeff —se echó el sombrero hacia atrás y frunció el ceño—. ¿Cómo vino hasta aquí? ¿Usted lo conoce?

—Sí. Es el comandante Péters. La última vez que lo vi fué en Venus. El era comandante de la guarnición, pero de eso debe de hacer por lo menos seis meses.

—¿Ya? ¿Estaba entonces así?

—No; ni mucho menos —Jeff miró la esquelética figura del comandante y se estremeció—. Péters tendría unos treinta y cinco años, y aunque no era demasiado musculoso, estaba en buen estado. Era un verdadero soldado, orgulloso de su aspecto.

—Algo ha cambiado todo eso —dijo el doctor suspirando y miró el local vacío y luego a los hombres, inmóviles como muertos, de detrás del mostrador. ¿Se bebió todo esto?

—Sí, doctor. Pensé que lo mejor era darle alcohol. A juzgar por lo que vi, había llegado al punto crítico y podía hacer cualquier cosa si se le decía algo inoportuno. Lo único que yo podía hacer, era entorpecer con el whisky sus reacciones.

—Ha hecho bien —dijo el doctor, que se estremecía al mirar los apagados ojos de aquella cara blanca huesosa—. Hemos tenido suerte. Si usted no hubiera estado aquí, no se sabe qué habría ocurrido —suspiró y llamó con la cabeza al tembloroso empleado—. Afuera hay una ambulancia. Diga a los hombres que traigan la camilla.

El hombre dió media vuelta y vaciló, fijando los ojos en la alta figura apoyada contra el mostrador.

—¿Qué pasa con este tipo, doctor?

—¿No lo sabe?

El empleado tragó saliva y meneó la cabeza.

—He visto a muchos bebedores y muchos toxicómanos, pero nunca uno como éste.

—Pues ahora ya lo ha visto —dijo brevemente Jeff—. Vaya a buscar la camilla.

Aguardó a que el empleado saliera, y cuando se encontraron solos en el largo y desierto bar, Jeff murmuró al oído del médico:

—¿Un nuevo caso?

—Eso parece... —murmuró el doctor—. Es difícil afirmar ahora; pero no muestra los síntomas usuales. Ese olor no me gusta. Y mire los ojos y la piel. Un hombre no puede ponerse así en seis meses, en casos normales.

—¿Ordeno la cuarentena?

—Sí. Que cierren y precinten el local, y les sigan la pista a todos los que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estuvieron aquí esta noche. No creo que se trate de una enfermedad exótica; pero todas las precauciones son pocas —alzó los ojos al ver que entraban dos hombres con la camilla—. Tengan cuidado con él, pero no lo toquen más de lo indispensable.

—Déjelo a nuestro cargo, doctor —gruñó con gesto competente uno de los hombres. Entre los dos abrieron la camilla, la dejaron en el suelo, se colocaron a ambos lados del silencioso hombre y, con un solo movimiento concertado, lo levantaron y lo pusieron en la camilla. Rápidamente, echaron las barras de sujeción y, tomando su carga, salieron de la sala.

El doctor hizo un saludo de cabeza a Jeff, suspiró y salió tras ellos.

UN hombrecito bajo, con gesto preocupado, se acercó a Jeff. Llevaba en el ojal de su chaqueta negra un marchito clavel, y su aliento olía sutilmente a clorofila.

—¿Van a cerrarme el local?

—Por un tiempo —dijo Jeff, mirando al hombre— ¿Es usted el propietario?

—Compré el negocio hace un mes. ¡Ahora tenía que pasarme esto! —hizo con los dedos una señal al encargado del bar—. ¿Quiere beber algo?

—Whisky.

—Traiga una botella —ordenó el hombrecito, mordiéndose el labio inferior—. ¿Tiene usted que cerrarlo?

—¿Qué puedo hacer si no? —Jeff se encogió de hombros, sintiendo una ligera lástima por el tabernero, aunque comprendía que no había otra alternativa—. No será por mucho tiempo: sólo hasta que veamos si ese hombre tiene o no una enfermedad contagiosa. Podríamos apresurar el caso si usted pudiera darnos una lista de las personas que estaban aquí esta noche.

—¿Cómo voy a hacerlo? —el hombre sirvió en dos vasos un poco del líquido ambarino que el camarero puso ante él y miró a Jeff—. Algunos de ellos los habituales, son conocidos míos; algunas de las muchachas, también; pero el resto son clientes ocasionales: trabajadores de las naves cohete, turistas que han venido a ver el puerto del espacio. Ni siquiera podría imaginarme quiénes han estado esta noche.

—Es una lástima —Jeff sorbió un trago y paladeó el licor—. Entonces, lo único que usted puede hacer, es confiar en que no descubramos nada grave.

—Esta es una vida dura —gruñó el propietario—. Entre la protección que tengo que pagar, los sobornos y ahora ese zombi, ese cadáver viviente que entró para asustar a mis clientes...— bebió un trago con gesto de disgusto e indicó con el ademán la botella—. Sírvase. Yo tengo muchas cosas que hacer.

Jeff se quedó mirando al hombrecillo mientras éste atravesaba la sala y entraba en su despacho. La gramola sonaba con fuerza; luego se calló bruscamente, cuando alguien cortó la corriente, y en medio del silencio se oyó el apagado rugido de un cohete distante.

"Todo esto anda mal", pensó Jeff con cansancio. "Esas cosas no deberían ocurrir aquí. En Venus, sí. En Marte, también. En las rudas fronteras del espacio, donde los hombres viven peligrosamente, rozándose a diario con lo desconocido, casos como éste pueden ocurrir; pero no en la cómoda y civilizada Tierra.

Inclinó la botella, viendo cómo el dorado líquido caía en su vaso, y pensando en cómo Péters había bebido el licor como si fuera agua. El camarero se acercó a él, limpiando y retirando los vasos vacíos, con la cara impasible e inexpresiva.

—¿Ha terminado?

—Aún no —Jeff empujó la botella hacia el camarero—. Tome uno.

—Gracias —hábilmente, el hombretón se sirvió el vaso y lo apuró—. A su salud.

—¿Otro más?

—Gracias; basta por esta vez —silenciosamente siguió limpiando el bar, y luego miró a Jeff con ojos calculadores—. ¿Lo conocía, no?

—¿A quién?

—Al tipo ese que entró y nos asustó toda la clientela.

—Sí.

—Me lo imaginé. Cuando uno está detrás de un bar, como yo, se ve todo lo que pasa en la sala. Me di cuenta de que lo conocía y también de que no era el único.

—¿Que no era el único? —Jeff se esforzó por no demostrar su interés—. ¿Había alguien más que lo conocía?

—Sí, un aviador del espacio, a juzgar por su aspecto; un extranjero; pero no cabe duda de que conocía al otro. Yo lo estuve mirando y, por un momento, pensé que iba a desmayarse. Luego, se fué.

—¿Dice que era un desconocido extranjero?

—Así es. Aquí vienen muy a menudo.

—Ya —Jeff bajó del taburete y saludó al camarero—. Termínese la botella. Buenas noches.

—Buenas noches.

El hombretón siguió frotando el bar. Lo frotaba y lo frotaba y seguía frotándolo, cuando Jeff salió.

"Pero hay ciertas cosas", pensó Jeff, "que un hombre no puede borrar por mucho que frote: los recuerdos, por ejemplo; el recuerdo de un soldado alto y erguido, que dedicó su vida a la milicia y que, por lo tanto, consideraba que el aspecto personal era algo de primordial importancia".

Péters era un hombre de esa clase. En otros tiempos, lo había visto inmaculado, con uniforme impecable y las insignias relucientes. ¿Y ahora...? Un vagabundo: una derruída parodia de algo que antes había sido un hombre: una basura hedionda de mil cloacas, con peste a carne podrida y a sudor rancio. Algo le había ocurrido, en los últimos seis meses: algo que lo había convertido en aquella caricatura de hombre.

Jeff se preguntó qué podía haber sido.

¿Una enfermedad? Quizá. Las colonias eran aún demasiado nuevas; las fronteras, demasiado grandes para conocerlas a fondo. Quizá algún virus nuevo, un germen o bacteria.

¿Una droga? Tal vez; aunque Péters no era de esos hombres que experimentan con drogas, por más que los hombres hacían a veces cosas muy extrañas al verse aislados al borde de la civilización.

Jeff se encogió de hombros.

Con el tiempo se sabría la verdad.

---

41 años en el mar

EL 5 de agosto de 1954, un campesino siberiano encontró, en la desembocadura de un río de Siberia Oriental, una botella sellada, a través de cuyas paredes se veía un papel con la inscripción: "Rompan la botella y lean". Dentro había una nota con una dirección: "Rusia —San Petersburgo— Dirección General Hidrografía". En el otro lado estaba impreso un mensaje: "La botella ha sido arrojada al mar desde el trasporte Taimir que lleva la expedición hidrográfica por el Océano Glacial Artico con el objeto de estudiar las corrientes. Al que la halle se le ruega encarecidamente fijar en la nota dónde y cuándo encontró la botella, y luego mandar la nota a la dirección consignada en el reverso, aunque sea sin sello de correos. Arrojada en fecha: año 1913, 15 de agosto, a las 12 horas; latitud: 70º 32 minutos, norte; longitud: 164º 27 minutos, este."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL Departamento de Drogas y Enfermedades Exóticas ocupaba una pequeña parte de una de las alas del hospital principal, y luchaba constantemente contra la ignorancia, la falta de fondos, los intereses creados y la antipatía general.

A los pasajeros procedentes del espacio no le gustaba que les prohibieran salir del cohetódromo mientras no hubieran sido debidamente revisados; no les agradaba que les confiscasen sus recuerdos de plantas y organismos extraterrestres, y detestaban los registros estrictos en busca de drogas prohibidas. Los importadores se quejaban de la necesidad de obtener certificados de permisos para sus cargamentos de frutas, bulbos, especias y otras mercaderías, y nadie había reconocido lo encomiable que era la fría lógica que había motivado la cuarentena forzosa.

Jeff pensaba en todo esto, mientras atravesaba la explanada de cemento que rodeaba el gran hospital. Como miembro del departamento, había recibido su parte de desdén, odio, asco y fría arrogancia. También, y con la mismiembro del departamento, había recibido ofrecimientos de soborno, y vagas promesas de futuros favores.

Sabía muy bien lo que podía ocurrir si el departamento aflojaba alguna vez su continua vigilancia.

Un hombre lo saludó al entrar en el hospital. Una enfermera le sonrió. Un grueso importador lo miró con el ceño fruncido. Tres personas de aspecto preocupado, sentadas en un banco del corredor, alzaron los ojos y una niñita se volvió tímidamente hacia su madre. Jeff llegó a la oficina de recepción y aguardó con impaciencia a que la telefonista dejara de manejar las palancas de la comunicación interna.

—Habitación quinientos treinta y cinco —le dijo ella, sonriendo—. El doctor dejó dicho que subiera usted en seguida.

—Gracias —le sonrió él y luego le indicó con el pulgar el vestíbulo—. Ahí afuera hay una niñita. ¿Qué le pasa?

—¿Una niñita? —la telefonista frunció el entrecejo y luego asintió al recordar—. ¡Ah, sí! Ha venido con su madre. Esperan el diagnóstico acerca del padre, que mientras trabajaba en un nuevo proyecto de Mercurio contrajo una afección tumoral.

—¿Grave?

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez. Los resultados se sabrán pronto. Personalmente, confío en que no sea grave. La pobre niña no lo ha visto más que una vez, durante unos momentos, en el cohetódromo, a través de la barrera de cristal —la telefonista suspiró e hizo funcionar la cerradura eléctrica de la puerta interior—. ¿Lo veré pronto?

—Quizá.

Jeff sonrió, se encogió de hombros y pasó silenciosamente al cuerpo principal.

El doctor lo esperaba en la habitación quinientos treinta y cinco.

Tenía aspecto de cansado, con las facciones cenicientas y rodeadas de profundos surcos y los ojos enrojecidos por el esfuerzo y la fatiga. Al ver entrar a Jeff en la habitación sonrió y se apartó de la silenciosa figura que yacía en la estrecha y blanca cama.

—¿Cómo está el enfermo, doctor?

—Mal, Jeff, muy mal.

—¿Es una enfermedad nueva? —Jeff echó una mirada a la inmóvil figura de Péters, mientras expresaba en voz alta el miedo constante de todos los que trabajaban en la *exótica*: una nueva enfermedad infecciosa, que se propagaría rápidamente entre la población sin defensas. Lentamente, el viejo doctor meneó la cabeza.

—No lo creo, Jeff; al menos, no he podido descubrir rastros de organismos malignos; pero, en cierto modo, se trata de algo nuevo.

—¿Una droga?

—¿No está usted seguro?

—No —cansadamente, el viejo doctor se quedó mirando la silenciosa figura del enfermo, suspiró y cuando volvió a hablar, fué como si hablara consigo mismo, más que con el joven que estaba a su lado—. A juzgar por las apariencias, este hombre estaba a dos dedos de la muerte por hambre. Se encuentra horriblemente depauperado. No le queda ni un vestigio de grasa, y hasta su tejido muscular ha disminuído de tal modo que es muy probable que no vuelva a recuperar del todo el uso de sus miembros.

—¿Cuál puede haber sido la causa?

—Simple falta de alimentos. Estos casos eran muy comunes durante las últimas guerras, y aun ahora se encuentran a veces entre las tripulaciones que han estado mucho tiempo vagando por el espacio, en un cohete a la deriva.

—Pero ése no es el caso de Péters— protestó Jeff—. El estaba en libertad de comprar o pedir comida en cualquier momento. ¿Cómo es posible que un hombre se deje deliberadamente morir de hambre?

—Todo eso lo sé; pero queda en pie el hecho de que, sin duda alguna, lleva mucho tiempo sin comer.

—Ya —Jeff se acercó a la cama y miró las demacradas facciones del hombre a quien conoció en otros tiempos. Echó hacia abajo la sábana y luego la volvió a subir precipitadamente.

—¿Qué...?

—¿El aspecto físico? —el viejo doctor se encogió de hombros—. Otro misterio. A juzgar por su aspecto, uno diría que no ha tomado un baño ni se ha quitado la ropa desde hace varios meses. Una uña había atravesado la suela del zapato y penetrado en la piel, causándole una llaga purulenta que se había gangrenado. He tenido que amputarle el pie. Dentro de dos días habría sido la pierna, y en tres días la muerte habría sido inevitable —miró las hundidas mejillas y la cara de un blanco papel—. El olor, claro está, era en su mayor parte de suciedad y sudor; pero el análisis del sudor seco muestra huellas claras de un compuesto extraño. Y no cabe duda de que lo que hizo que Péters se olvidara de que era un hombre, contenía un elemento energizante.

—¿En qué se funda usted, doctor?

—Si no ha comido durante el mismo tiempo que lleva sin quitarse la ropa, tendría que haber muerto hace mucho. Algo le ha proporcionado la energía suficiente para durar hasta ahora —el viejo doctor suspiró de nuevo y se apartó de la cama—. Neutralizamos el alcohol que usted le dió, claro está, y le dimos inyecciones intravenosas, suero glucosado, solución isotómica y nutrición líquida.

—Naturalmente. ¿Le hará algún bien?

—Quizá. Es difícil de decir tan pronto, pero si tenemos suerte, lograremos sacarlo de ésta. Una cosa más.

—¿Qué?

—En la espalda tiene cicatrices de una intervención quirúrgica reciente. Parece como si alguien le hubiera hecho una doble operación; primero, para levantar una tapa de piel y músculo, y luego, la operación se volvió a repetir —el anciano se quedó mirando a Jeff—. ¿Qué opina usted de todo esto?

Jeff se encogió de hombros.

—¿Quiere que haga una suposición sin fundamento, doctor?, ¿o prefiere aguardar para enterarse de toda la información?

—¿Ha descubierto algo?

—Sí. Péters aterrizó en la estación de Tico hace dos meses. Lo comprobé con el ejército. Como de costumbre, no querían hablar; pero yo los convencí de que era esencial que nos enteráramos de todo lo posible. Abandonó su cargo y su grado, y volvió a la Tierra, como he dicho, hace dos meses.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Abandonó su grado y su cargo? ¿Por qué?

—No lo sé —dijo lentamente Jeff—. Yo conocía a Péters. Era un soldado profesional; lo había sido toda su vida. Lo que le obligó a renunciar a su cargo, tuvo que ser algo muy importante para él —se mordió los labios y miró con el entrecejo fruncido a la silenciosa figura que había en la cama—. ¿Qué le obligó a hacerlo? —murmuró—. ¿Qué movió a un hombre como Péters, a un soldado profesional, comandante de la guarnición de Venus, un hombre lleno de orgullo y ambición, a abandonar todo lo que apreciaba y volver a la Tierra para pudrirse en plena calle? ¿Por qué lo hizo?

El viejo doctor no le contestó y la cosa que había en la cama tampoco. Por un momento, el silencio pesó en la pequeña habitación y luego se oyó el zumbido urgente de la comunicación interna.

Con irritación, Jeff cerró el circuito.

—¡Haló!

—¿Quién habla?

—Jeff Wálker.

—¿Está solo?

—El doctor está conmigo. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Quieren hacer el favor de ir a la sala de conferencias, habitación siete ocho, nueve? Los esperan, no se demoren.

La voz metálica quedó en silencio y Jeff abrió lentamente el circuito.

—¡La sala de conferencias! —se quedó mirando al viejo doctor—. Debe de tratarse de algo vital. Vamos.

Juntos salieron de la silenciosa habitación. Detrás de ellos, en la estrecha camita blanca, la ruina de lo que en otros tiempos había sido un hombre, alzó los pesados párpados y miró apagadamente el pintado techo. Al cabo de largo rato volvió a cerrarlos de nuevo, y reposó silenciosamente, perdido en las oscuras regiones de sus pensamientos secretos.

En la sala de conferencias había tres hombres; los tres con caras viejas y cansadas, con los ojos enrojecidos por el insomnio, y surcos profundos en las fláccidas mejillas. Estaban cansados de su lucha incesante para mantener la Tierra limpia y segura, libre de enfermedades extrañas y drogas exóticas. Sus cansadas facciones eran su uniforme; sus profundas arrugas, las cicatrices de la batalla; sus ojos enrojecidos y sus mentes ágiles, sus únicas armas.

Uno de ellos les indicó unas sillas a Jeff y al doctor, y luego apretó un botón que cerraba la pieza, poniéndola a prueba de toda interferencia exterior.

—Seré breve —dijo con su cansada voz—. Ustedes dos han visto a Péters. ¿Qué conclusiones han sacado?

—Que se trata de una droga —dijo Jeff.

—Estoy de acuerdo— convino el doctor—. Aunque está terriblemente depauperado, no tiene síntomas de ninguna enfermedad.

—Exactamente —el hombre que había a la cabecera de la mesa asintió, mientras miraba unos papeles extendidos ante él—. Tal vez les sorprenderá saber que Péters no es el único caso de esa clase que hemos descubierto. Ultimamente, se han encontrado varias personas en condiciones similares; gentes ricas; algunas jóvenes; la mayoría, viejas. Sin duda alguna, su estado ha sido producido por una droga. La cuestión es: ¿de qué droga se trata?

—Péters venía de Venus —dijo lentamente Jeff—. Podía haber adquirido allí el hábito.

—Probablemente; pero al llegar no mostraba indicios de ser toxicómano. Las razones que dió para su renuncia eran "personales y privadas". Un oficial de su grado no tiene que dar más información; pero he sabido de buena tinta que había estado mezclado en no sé qué inconvenientes con los nativos.

—¿En Venus? —Jeff miró al doctor y luego al hombre que estaba en la cabecera de la mesa—. No lo sabía.

—No veo por qué razón iba a saberlo. Los militares han guardado muy bien el secreto.

—¿Cree usted que los venusianos pueden haberlo inoculado con la droga?

—Es probable; pero eso nos aparta del punto principal —significativamente el hombre de la cara cansada y la voz de viejo, golpeó los papeles que tenía delante—. Péters no es un caso aislado. Ha habido otros, lo que indica, en mi opinión, que se trata de una nueva droga exótica. Nuestro problema es sencillo: tenemos que averiguar de qué droga se trata y cómo llega hasta aquí.

—Péters tenía huellas de intervenciones quirúrgicas —dijo el viejo doctor—. Tal vez pudo haber tenido un recipiente con la droga, incrustado en los músculos de la espalda. Si el recipiente era delgado y orgánico, no se habría registrado en las pantallas de Rayos X de Tico.

—Concedido. Pero no hay que olvidar la clase de hombre que era Péters. ¿Es concebible que un hombre como Péters, el comandante de la guarnición de Venus, hubiera consentido en pasar drogas de contrabando? ¿Y para qué? Abandonó todo lo que tenía, renunció a su grado, volvió a la Tierra... y se pudrió en plena calle —el hombre meneó la cabeza—. Estamos frente a un misterio, caballeros. Y los misterios tienen que esclarecerse.

—Los otros casos —dijo de pronto Jeff—, ¿eran todos de gentes de clase elevada?

—Sí. En su mayor parte, personas de la alta sociedad: estadistas, militares de alta graduación y diplomáticos —el hombre que estaba a la cabecera de la mesa suspiró un poco—. Eso es lo que hace que nuestra tarea sea, a la vez, difícil e importante. Naturalmente, no hemos podido obtener declaración alguna de las personas afectadas.

—Según parece, el origen de esa droga misteriosa se encuentra en Venus —dijo simplemente Jeff—. ¿Tengo que ir allí?

—Sí. Viajará en el cohete de medianoche, y, como de costumbre, tendrá usted carta blanca —se levantó, y Jeff se levantó también—. Ya sabe lo que tiene que hacer. Encontrar la droga, encontrar a los hombres responsables de su distribución, y destrozarlos por completo.

Los despidió con un ademán de cabeza, y Jeff dió media vuelta, aguardando a que funcionara la cerradura electrónica de la puerta.

Se sentía extrañamente solo.

UN calor y una humedad agobiantes; una capa baja de nubes espesas, salpicadas con el resplandor dorado del oculto sol; tremendos helechos que surgían del fértil y oscuro barro, con grandes hojas, cuya sombra profunda proporcionaba una falsa impresión de frescura.

¡Venus!

Lugar misterioso. Mundo de invernáculo, reventando de minerales y plantas medicinales. Ambito de eterna lluvia y humedad. Planeta de calor extenuante. Un mundo, en fin, lleno de promesas para los terrestres, ansiosos de tierra.

Jeff se quedó al pie de la rampa de descarga, mientras la enorme forma del cohete se erguía junto a él como una torre en la tierra reseca del puerto de aterrizaje, abrasado por las explosiones. Aguardó, mirando la alambrada de seis metros de altura que rodeaba el puerto de los cohetes; el grupo de casuchas toscas que había más allá del perímetro y los edificios de metal herrumbroso de la administración.

Todo era igual que antes: la misma mezcla de ultramoderno y primitivismo; los cohetes deslumbradores, hechos de finas aleaciones; las casitas de troncos y hojas: la alambrada, brillante de gotas de rocío, maravillosa y mágica, y, como fondo de este esplendor, la po-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

breza y suciedad de los hombres demasiado ocupados en hacer dinero para pensar en vivir como personas.

Hasta los tambores eran los mismos.

El pulso y el latido eterno de los tambores; la cadencia apenas oída, pero sentida siempre, del cuero golpeado, de la membrana alterada, de los diafragmas agitados; hasta las hojas de los grandes árboles se unían al ritmo planetario, murmurando, conforme las hinchadas gotas de lluvia caían de una en otra.

¡Los tambores!

Jeff se encogió de hombros, tratando de no sentir la molestia de su carne húmeda y de las delgadas ropas que se le pegaban al cuerpo. Volvió la cabeza al ver que un hombre atravesaba el campo dirigiéndose hacia él. Tomó su pequeña mochila, salió a su encuentro.

—¿Wálker?

—Sí.

—Soy Carmody, el comandante de la guarnición. Me anunciaron que venía usted.

Jeff lo saludó y siguió adelante con él. Era como Péters, un militar, un soldado profesional, alto y rígido, con el uniforme limpio y sus insignias brillantes. Atravesó con paso vivo la tierra abrasada del campo, sin decir nada, sin mirar siquiera a su visitante. Hombre demasiado consciente de su importancia para pensar en las pequeñeces de la vida, en las cosas amables, tales como la consideración hacia los demás, no habló hasta que hubieron entrado en su despacho del edificio de la administración.

—De la Tierra avisaron por radio su llegada. Me pidieron que lo ayudara en todo lo posible y me pusiera por entero a su disposición —hablaba con tono brusco y displicente—. Como comandante de la plaza, creo que deberían haberme informado del motivo de su visita.

—Naturalmente —le replicó amablemente Jeff. Miró en torno suyo, [illegible] sentó cómodamente en una silla, dejando su mochila. Sonrió al comandante de cara avinagrada, y buscó un cigarrillo en su bolsillo. El paquete estaba húmedo y deshecho, el tabaco se escapaba por las envolturas de delgado papel; Jeff lo miró, consternado.

—Tome —Carmody le echó un paquete a Jeff—. Los cigarrillos que no han tenido un tratamiento especial, no sirven de nada aquí. Estos tienen una película de silicio que los hace impermeables.

—Gracias —Jeff tomó uno y lo encendió cuidadosamente, aspirando agradecido el humo azul—. Me había olvidado...

No se había olvidado. Nadie de los que habían estado en Venus, podía olvidarse de la eterna humedad; pero el incidente sirvió para romper el hielo.

—Soy un funcionario de Exóticos —dijo de pronto—. La Tierra no podía haberle informado por radio del motivo de mi misión, pues se trata de algo muy secreto. Naturalmente, yo he venido aquí para informarle y también para pedirle ayuda.

—Eso no es lo que me dijeron —le contestó secamente el comandante—. Según hablaban, parecía que usted iba a tomar posesión de todo, excepto de mi uniforme.

—No —Jeff suspiró de nuevo y chupó su cigarrillo—. No me interesa el dar órdenes. Ni siquiera sabría cómo hacerlo, y no cabe duda de que usted es el hombre que más puede ayudarme.

SE quedó mirando la cara del comandante, que se suavizaba por momentos. Se esforzó por no sonreír. ¡Esto siempre producía efecto! Una orden estricta de la Tierra; la natural irritación de un hombre con una dosis excesiva de orgullo y de hinchada dignidad, y luego, unas palabras para suavizarlo. Carmody quedaría agradecido a Jeff por no haber cumplido al pie [illegible] la orden original, y se sentiría más inclinado a ayudarlo. ¿Y si no lo hacía? Jeff sonrió detrás de la nube azul de humo. Entonces sería el momento de volver a las instrucciones originales.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que le ocurrió a Péters.

—¿Qué?... ¿Quién?...

La sorpresa de Carmody era genuina. Se quedó mirando a Jeff como si dudara de lo que oía, entornando los pequeños ojos y con la cara pálida.

—Péters —repitió, paciente, Jeff—: el hombre que estaba al mando de esta guarnición antes que usted. Tiene que conocerlo.

—Lo conozco, sí; pero usted ha preguntado otra cosa.

—He preguntado qué le ocurrió.

—Renunció y se volvió a la Tierra. ¿Por qué?

—Eso es lo que quiero saber.

—Quiero decir, ¿por qué lo pregunta?

Jeff no le contestó. Se quedó mirando un momento la humeante colilla de su cigarrillo y luego la aplastó.

—Mire —dijo tranquilamente—, le agradecería que se diera cuenta clara de una cosa. Yo soy el que hace las preguntas. Ahora bien, no me interesa cualquier código de lealtad que usted pueda tener, y si cree que ayuda a Péters haciéndose el ignorante, no lo crea. Esto es algo mucho más importante que un hombre solo.

Carmody enrojeció, y sus cetrinas facciones se endurecieron de dignidad ofendida y orgullo herido, mientras sus ojuelos brillaban de cólera.

—Usted... —dijo—. Usted...

—Basta —le previno Jeff—. No he pretendido ofenderlo personalmente; pero usted no ha visto últimamente a Péters, y yo sí.

—¿Lo ha visto? ¿En la Tierra?

—Sí.

—Ya comprendo —Carmody se hundió en su asiento, con los ojos apagados, y su cólera se desvaneció mientras miraba las tranquilas facciones del hombre que tenía ante sí—. ¿Dijo...? —hizo una pausa y se pasó la punta de la lengua por los labios—. ¿Dijo él... algo?

—Yo hago las preguntas —le recordó tranquilamente Jeff—. Usted estaba aquí cuando Péters era comandante, y ocupó su puesto cuando él se fué. Quiero saber por qué motivo se marchó.

—No lo sé.

Jeff se encogió de hombros, sin decir nada, y siguió sentado, mirando al comandante. Carmody se meneó inquieto en su asiento y tomó un cigarrillo.

—Péters no me dijo por qué renunciaba —exclamó desesperado—. No oculto nada. El era un hombre retraído y no le gustaban las relaciones sociales con los oficiales a sus órdenes. Hubo rumores, claro está; pero en un lugar como éste siempre los hay.

Bocio y Geografía

Se sabe desde hace tiempo que el bocio es relativamente abundante en las regiones montañosas, y se atribuye este hecho a la escasez de yodo en el agua de montaña. Lo que no se explicaban los científicos es que proliferara esa enfermedad en la región de los grandes lagos norteamericanos, que es uno de los lugares más llanos del mundo. La razón hubo que buscarla en los glaciares del período pleistoceno, los cuales al fundirse generaron los grandes lagos. Estos glaciares, al raspar durante milenios el suelo de la llanura, lo fueron despojando de todas sus sales de yodo. El hecho es que el bocio abunda aún en la orilla del mar, cuando por allí han andado los glaciares en otras épocas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Tenía aquí amigos; es decir, amigos íntimos?

—Uno. Un capitán. Parecían muy amigos.

—¿Puedo ver a ese hombre?

—No.

—¿Por qué?

—Murió hace tres meses —dijo Carmody simplemente, y Jeff percibió la sensación de triunfo del hombre ante tan pequeña victoria.

—¿Cómo murió?

El comandante se encogió de hombros.

—Una pelea, creo. Se lo encontró al pie de la alambrada, con un cuchillo en la espalda..., un arma nativa. Como es natural, tomamos medidas punitivas.

—Claro —dijo secamente Jeff—. Pero no hace falta ser nativo para emplear un cuchillo. ¿No pensó usted en eso?

—No soy tan torpe como, por lo visto, cree usted, Wálker. Lo investigué; pero es que desde hace algún tiempo, tenemos inconvenientes con los nativos, así que no cabía duda de que la culpa era de ellos.

—¿Inconvenientes?

—Sí. Hace seis meses se abrieron las primeras minas para sacar minerales. Los nativos se oponían, y tuvimos que someterlos.

—Ya... —Jeff tomó un cigarrillo y frunció el entrecejo a través de la nube de humo—. No lo sabía. ¿Por qué no informaron de eso?

—Lo hicimos. Primero Péters y luego yo, en nuestros informes de rutina — se encogió de hombros e hizo un ademán con la mano—. Era un asunto chico y lo solucionamos con facilidad. No hacía falta darle más importancia de la que realmente tenía —miró a Jeff—. ¿Qué tiene todo esto que ver con su misión? Y a propósito..., todavía no me ha dicho usted de qué se trata.

—No —convino Jeff—, no se lo he dicho —se inclinó hacia delante, mirando la forzada severidad de la cara del comandante—. Alguien ha estado llevando de contrabando drogas de Venus a la Tierra, drogas narcóticas de una naturaleza particularmente desagradable. He venido aquí para impedirlo.

Carmody se echó a reír.

Se repantigó en su asiento, abrió la boca, cerró con fuerza los pequeños ojos, y el sonido de su risa hizo recorrer un escalofrío de irritación por el espinazo de Jeff, que aguardó a que el comandante se hubiera serenado, y prosiguió como si no hubiera habido interrupción alguna.

—Péters era toxicómano y llevaba también drogas. ¿Le divierte eso también?

—¡Qué! ¿Péters toxicómano?... ¡No lo creo!

—Lo creería, si hubiera visto lo que yo vi —dijo secamente Jeff—. Imagínese a Péters, tal como lo conoció, y luego imagínese la forma más baja posible de vida humana. En eso es en lo que Péters se ha convertido: en algo sucio, infectado, maloliente, podrido. Si vive, tendrá suerte; si recobra la cordura, será un milagro. ¿Sigue usted pensando que es cosa de risa?

—¡Pero pasar de contrabando drogas de Venus!... ¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Registramos a todos los pasajeros, todas las naves, todos los cargamentos. Se vuelven a registrar de nuevo en Tico, y luego en la Tierra. ¿Cómo puede pasar el contrabando?

—Lo pasan, pero eso no le interesa a usted. Lo que tiene que hacer es ayudarme a encontrar a los que lo hacen.

JEFF se levantó de la silla y, atravesando el despacho, miró por las ventanas. Debajo de él, el campo de aterrizaje se destacaba como un rectángulo abrasado y áspero, entre el amarillo verdoso de la sabana. La alta alambrada

parecía una gigantesca telaraña. Las delicadas agujas de los cohetes brillaban bajo la lluvia mientras aguardaban sus mercaderías, con las puertas abiertas y bajadas las rampas de descarga.

Frunció el ceño al ver una larga fila de hombres que entraba en el recinto. Llevaban rifles (las armas de la guarnición de largos cañones y gran velocidad de tiro) y tenían las caras pálidas y hoscas. Atravesaron el campo y se dirigieron hacia sus cuarteles.

—Veo que sus soldados han estado de guardia —dijo—. ¿Más inconvenientes?

—Ya le he dicho que tuvimos que someter a los nativos cuando se empezó a explotar las minas —Carmody se reunió con Jeff en la ventana—. Esos hombres han estado de guardia, sí. Tenemos demasiados equipos costosos en todas partes, para estar tranquilos, y los empresarios son muy susceptibles cuando se trata de tales equipos.

—Por lo visto están ustedes muy atareados —murmuró Jeff—. Teniendo que atender a los cohetes, guardar el campo de aterrizaje y el poblado, y ahora los emplazamientos de las minas, ¿dónde encuentra los hombres necesarios?

—Hacemos lo que podemos —contestó rígidamente Carmody; suspiró y se enjugó la cara y el cuello con un rectángulo de húmedo hilo—. No tenemos los hombres suficientes. Y, si ésta fuera una operación absolutamente militar, no importaría; pero no lo es. Se le pide a la guarnición que proteja a todos los hombres y todos los equipos del planeta, y las cosas han llegado a un punto en que es imposible hacerlo. Los empresarios sólo piensan en ganar todo lo que puedan mientras puedan. Aprovechan a todos los hombres disponibles. Hasta les han hecho ofrecimientos a mis soldados, tratando de convencerlos de que deserten y entren a trabajar con las compañías. Y con los disgustos que tenemos con los nativos y la presión que nos hacen desde la Tierra... —se mordió los labios y dejó que sus palabras murieran en silencio.

—¿Es que los empresarios no pueden guardar ellos mismos su propiedad?

—Están demasiado ocupados trabajando, y los empleados cuestan caros. Los militares hacen el trabajo barato.

Jeff se sorprendió ante la amargura de la voz del comandante. Asintió con la cabeza. Abrió la ventana, esperando recibir un poco de brisa; pero no había ninguna. Se aproximó más a la rejilla de corroído metal, y aspiró grandes bocanadas de aire húmedo.

Como de costumbre, los tambores sonaban. Automáticamente, su corazón comenzó a ajustarse al latido y pulso del apagado ritmo. Junto a él, Carmody lanzó una maldición:

—¡Esos malditos tambores! ¡Me gustaría destrozarlos todos!

—¿Siempre suenan así?

—Ultimamente, rara vez han dejado de sonar. Desde que comenzaron los disgustos, hace seis meses, los estoy oyendo noche y día, y me tienen ya harto —resopló y cerró de golpe la ventana—. ¿Y usted qué piensa hacer, Wálker? ¿Va a quedarse aquí?

—No. Oficialmente, usted obre como si no supiera nada de mí. Iré al poblado y me mezclaré con los demás, para descubrir lo que pueda. Si necesito algo, le avisaré. Mientras tanto, trate de recordar todo lo que sepa acerca de Péters.

Sonrió al ver la expresión de alivio del comandante, y tomó su mochila. Afuera había oscurecido. Parecía que se acercaba una tormenta.

EL poblado estaba sucio, lleno de basuras acumuladas por hombres demasiado ocupados para preocuparse por la limpieza, demasiado perezosos para mantener limpias sus casuchas, demasiado indolentes para realizar los actos esenciales de la vida civilizada.

Montones de latas vacías destacaban su fealdad entre los grandes tallos de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los helechos. Había trozos de papel engrasado, restos de ropas, cáscaras de frutas, fragmentos de comida podrida y otras basuras. El grupo de toscas casuchas estaba invadido por el mal olor de los pozos negros primitivos e insuficientes, por el hedor de lo podredumbre y la suciedad.

Era el producto de los hombres civilizados, demasiado ocupados para limpiar, demasiado ansiosos de arrancarle al nuevo mundo sus riquezas y que carecían de tiempo y voluntad para enterrar sus basuras. Era un ambiente donde el alcohol proporcionaba una euforia fácil... y donde los estupefacientes encontrarían un mercado propicio.

Jeff vaciló en el centro del poblado, arrugando la nariz ante el inequívoco olor a cloaca que trasmitía el húmedo ambiente. Levantó con la mano su pequeña mochila y atravesó el calvero o plazuela central, hundiendo los pies en el fango que había entre las casuchas.

De una de las más grandes, salía un ruido compuesto del murmullo constante de las conversaciones, el choque de vasos de cristal y el sonido agudo y discordante de la música reproducida mecánicamente. Jeff reconoció en seguida el lugar: era el centro donde se bebía, la factoría, el núcleo de la vida comunal del planeta. Encogiéndose de hombros, entró en la gran cabaña.

Los hombres se quedaron mirándolo, mientras él cruzaba el local. Eran hombres pálidos, de facciones blancuzcas y piel húmeda; vestían con taparrabos y sandalias, y la mayoría llevaban cinturones con armas: cuchillos, pistolas de gran velocidad, hasta algunos revólveres de llama, capaces de incinerar cualquier animal del tamaño de un perro, con su explosión de energía. Lo miraron, semicuriosos, semiindiferentes, y él les correspondió con igual expresión.

El traficante era un hombre grueso, de abultada panza y velludo pecho. Saludó con la cabeza a Jeff, puso una botella y un vaso en el mostrador y se quedó mirando las monedas que Jeff tiró sobre el mostrador de basta madera.

—¿Nuevo, eh?

—Recién llegado —Jeff inclinó la botella, llenando casi el grueso vaso con el alcohol destilado en Venus—. ¿Sabe dónde puedo encontrar una cabaña vacía?

—¿Trabaja?

—Aún no —sonrió Jeff, mientras bebía el crudo licor—. Ya le he dicho que acabo de llegar.

—Si quiere trabajo, podemos llegar a un acuerdo —le sugirió el gordo—. En el nuevo emplazamiento de las minas hay mucho que hacer, o quizá le guste trabajar conmigo —miró esperanzado al muchacho—. Buena comida, alcohol a discreción... y le daría una parte de las ganancias.

—Gracias —Jeff se encogió de hombros y se quedó mirando a los demás—. Lo pensaré. Pero ahora necesito una cabaña.

—Elija la que quiera —contestó el gordo, señalándole con la sucia mano el grupo de casuchas—. La mayoría de los muchachos se han ido a las minas; se apoderaron de un pueblo que había allí; así que no le costará trabajo encontrar una cabaña vacía junto a la alambrada.

—Eso haré —dijo Jeff—. Gracias.

Apoyó su espalda contra el bar, hincando los codos en el borde del mostrador, y se quedó mirando a los hombres reunidos en la factoría.

Eran todos iguales.

Todos tenían la misma expresión, la misma mirada de codicia, la misma impaciencia nerviosa por reunir una fortuna y volver a la Tierra. Bebían con silenciosa desesperación. El ruido de sus conversaciones formaba un zumbido constante, y hablaban siempre de lo mismo:

¡Dinero!

No pensaban en nada más.

blaban de otra cosa, vivían y respiraban para él, lo contaban mil veces en sueños y planeaban mil medios distintos de obtenerlo en sus pocos momentos de descanso. ¡Venus era rica! Venus era un mundo sin trabajadores y con productos, un mundo que valía su peso en uranio refinado en la Tierra.

—Voy a marcharme en cuanto termine mi contrato —le decía un hombre a otro—. La compañía no va a seguir haciéndome trabajar como un esclavo, por un mísero jornal, cuando puedo reunir una fortuna en un solo viaje. Veinte kilos de esos esporos rejuvenecedores y puedo retirarme convertido en un hombre rico.

—¿A qué esperas? —su compañero vació el vaso y golpeó con él el mostrador—. ¿Por qué no te marchas, olvidándote de tu contrato?

—He oído decir que los nativos piensan trabajar con nosotros —dijo un tercero—. Ya era hora de que esos malditos venusianos trabajaran. ¿Por qué hemos de sudar nosotros, mientras ellos se quedan tranquilamente sentados?

—Yo sé lo que me gustaría hacer —intervino el primero—. Me gustaría reunir a todos los habitantes de un poblado y dedicarlos a la recolección de plantas medicinales —guiñó un ojo—. Naturalmente, ellos me entregarían las plantas, y naturalmente, yo se las pagaría.

—¿Cuánto les pagarías, Sam? —el grueso traficante asomó la panza por encima del borde del mostrador, uniéndose a la conversación—. Tengo un cargamento de mercaderías de las que querría deshacerme..., cuentas de collar y cosas por el estilo. Esos nativos se darían por contentos con ellas.

—No necesito nada de eso —contestó alegremente Sam—. Lo único que necesito es un alambique para fabricar licor. Les pagaría con bebida, y una vez que se acostumbraran a ella, trabajarían como locos por medio litro diario.

—Se te ha ocurrido una buena idea, Sam —dijo con excitación el segundo—. ¿Qué te parece si la ensayáramos?

—¿Y qué decís de los militares? —el grueso traficante se quedó mirando las caras enrojecidas de sus clientes medio borrachos—. No hay que olvidar que los han traído aquí para mantener el orden.

—Eso sólo se aplica a nosotros —dijo Sam—. Además, esos soldados son tan pobres que podríamos comprarlos a cualquier precio —sonrió y le dió un codazo a su compañero—. No te olvides de que son humanos, como nosotros, y que si no hacen ahora su fortuna, nunca la harán.

La gramola mecánica quedó repentinamente silenciosa y, en la pausa, se oyó el apagado latir de los tambores.

—Pon en marcha ese aparato —gritó Sam, contrayendo la boca con gesto amenazador—. ¡Apaga el ruido de esos malditos tambores! ¡Me están enloqueciendo!

—Tenemos que hacer algo para que se callen —gruñó un hombre con la cara cubierta de cicatrices—. Debemos obligar a Carmody a que haga algo. ¿Cómo se puede trabajar con ese infernal ruido en los oídos?

Un murmullo de asentimiento se escapó de los demás hombres. Jeff se apartó del bar, tratando de no descubrir sus emociones.

¡Se sentía asqueado!

Sentía vergüenza de ser un hombre, un miembro de la misma raza que aquellos que estaban despojando un planeta. Atravesó los grupos de trabajadores semidesnudos y permaneció un momento aspirando el aire pesado del calvero.

UN trueno retumbó lejano en el horizonte y leve brisa agitó las anchas hojas de los helechos. La luz brilló brevemente, mientras las garras del rayo hendían las oscuras nubes. Jeff atravesó apresuradamente el fango, di

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rigiéndose a las casuchas vacías que había junto a las alambradas.

Encontró una cabaña abandonada que serviría para ponerlo a cubierto de la lluvia. Con los pies empujó las basuras hasta el callejón que corría frente a la fachada abierta de la casucha; se dejó caer en el camastro de hojas, y se quedó mirando las ramas entrelazadas que formaban el bajo techo.

Se sentía muy cansado; le dolían los músculos por el desacostumbrado ejercicio, después de largas semanas de otra atmósfera más ligera; pero lo peor de todo era su reacción ante lo que había visto y oído.

Frunció el ceño, procurando recordar si la última vez que estuvo allí, era todo como ahora, y decidió que no. El ritmo de la vida se había acelerado. La fiebre de la riqueza había invadido a todos... Era menester enriquecerse pronto y, ¡al diablo con las consecuencias! El ambiente había empeorado e iba acercándose rápidamente al punto crítico de la acción violenta.

No le gustaba aquello.

Y no era sólo por lo que aquellos hombres habían dicho, pues los hombres habían hablado siempre así, tejiendo sueños con los tenues hilos de su imaginación. Era por cómo lo habían dicho. Hablaban en serio, sintiendo realmente lo que decían, y de la conversación intrascendente del bar a la acción, podía haber un paso muy corto.

Se agitó inquieto en la dura cama de hojas y ramas tejidas; buscó en su mochila un paquete de cigarrillos con película de silicio; aspiró profundamente y lanzó por la nariz un chorro del fragante humo, mientras sus pensamientos se revolvían como una rata atrapada dentro de los límites del cerebro.

Afuera, las nubes se habían vuelto más oscuras; el rugido distante del trueno, más regular, confundiéndose casi con el lejano batir de los tambores.

¡Los tambores!

Jeff se sentó en la tosca cama y entornó los ojos, mientras seguía pensando. Los tambores eran algo natural en Venus; eran parte de la vida nativa, igual que las radios lo eran de la civilización terrestre; pero hasta entonces nunca los había oído con aquella monótona regularidad.

Para los nativos eran una religión, una parte integral de su modo de vivir. Había visto una de esas ceremonias: el pueblo sentado en círculo en torno al tamborilero, balanceándose al compás del tambor; balanceándose horas enteras, con los ojos cerrados y todos los sentidos embotados por la cadencia. Conocía la teoría que había detrás de aquel ritual: el hecho científico de que el latido del corazón tiende a sincronizarse al compás del tambor. Aparte de aquello, no sabía nada más; pero, ¿es que los nativos...?

Meneó la cabeza. Lo que menos querrían sería provocar una furia histérica en los terrestres. No; los tambores tenían que tener otra explicación.

Gruñó, mientras se quitaba la camisa y los pantalones húmedos y se ajustaba el cinto de las armas sobre el cinturón de sus shorts. La humedad había aumentado. Sentía la carne pegajosa, mientras su transpiración luchaba por evaporarse en una atmósfera sobrecargada ya de humedad. La tensión del aire le irritaba los nervios, dándole la sensación de que insectos de múltiples patas le corrían por la piel, y se los espantaba sin darse cuenta de que eran un producto de su imaginación.

OYO ruido de pisadas próximas a su cabaña; ruido de dos pares de pies, y unido a ellos, el murmullo de unas voces.

—¿Estás seguro de que viene para acá?

—Sí. ¿Listo?

El que habló primero rió entre dientes.

—Listo. Yo me encargo de él, mientras tú te aseguras de que el otro no va a huir. ¡Pronto!

Jeff se dirigió silenciosamente hacia la parte delantera de la casucha. Vaciló, sin saber si debía salir y que lo vieran, o quedarse donde estaba. La vida de ultrafronteras era dura y, a veces, lo mejor que podía hacer un hombre era no intervenir en los asuntos de los demás.

Por otra parte, la violencia era un asunto que interesaba a todos.

Se detuvo junto a la puerta de la casucha, escudriñando por si descubría a través de la fina neblina a los que habían hablado. Una sombra apareció entre las cabañas; una sombra alta y esbelta, y al verla, Jeff se escondió detrás de las débiles paredes de ramas tejidas, entornando pensativo los ojos.

El hombre aquel era un nativo.

Atravesó con paso ágil el barro; su piel, de mortal blancura, era casi luminosa entre la niebla, y los cabellos, blancos como la nieve, le colgaban hasta los hombros. No llevaba más que taparrabos y sandalias; no tenía arma alguna; sin embargo, se movía con tranquila seguridad, como si estuviera entre amigos y no entre hombres que odiaban y despreciaban a todos los miembros de su raza.

Lo malo era que se parecía demasiado a un hombre.

Un animal habría sido aceptado. Un salvaje, algo extraño y horrible..., eso era lo que se esperaba; pero los nativos de Venus no eran así. Eran altos, humanoides, albinos..., y miraban a los terrestres con tranquilo y terrible desprecio.

Jeff lo vió atravesar el calvero, con su piel blanca limpia y brillante, sus cabellos inmaculados. Lo miró, y lo comparó con los hombres entregados al saqueo del planeta, los hombretones sudorosos, aquellos hombres ansiosos de dinero, presumidos, enemigos del trabajo.

Y se sintió avergonzado.

Junto a él, al otro lado de la endeble pared, sintió que alguien contenía el aliento. El trueno rugió en las alturas, seguido de un cegador relámpago. Y el trueno volvió a retumbar..., confundiéndose con otro ruido: ¡el disparo de una pistola de gran velocidad!

Tras aquel ruido vino la lluvia, en un diluvio silbante y estrepitoso.

¡LA lluvia!

El aire pesado se nubló con gruesas gotas que caían sobre el fango y tamborileaban en las anchas hojas de los helechos. Era una lluvia que ahogaba, impidiendo casi el respirar y calándolo todo, lo mismo a la intemperie que bajo techado.

Con la lluvia vinieron los truenos y los relámpagos, en tableteos atronadores y cegadores fogonazos, llenando el universo con una furia elemental, que se descargaba en ciegos torrentes de energía.

El "sube y baja" ayuda a salvar vidas

SI no el "sube y baja", por lo menos el principio en que se basa. Se trata de un nuevo método de respiración artificial consistente en un lecho basculante animado del mismo movimiento que el popular juego infantil, denominado balancín. Recostado el paciente sobre este lecho, cuando su cabeza está más alta que los pies, las vísceras abdominales descienden, arrastrando consigo al diafragma: el pulmón se dilata. En la posición contraria, las vísceras presionan el diafragma, comprimiendo el pulmón. Este método se ha aplicado con buen éxito para el tratamiento de casos graves de parálisis infantil, y puede improvisarse en cualquier balneario, en casos de urgencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Jeff se agazapó junto a la pared de su cabaña, con los ojos llenos de agua, el cuerpo empapado y luchando por respirar sin ahogarse, aguardando a que la tempestad pasara.

Tan rápidamente como había venido, cesó la lluvia, el trueno se calló, los cegadores relámpagos se apagaron, el centro de la tempestad dejó el poblado, y, salvo la espesa niebla y los chorreantes helechos, todo quedó como antes..., casi como antes.

Jeff se quedó mirando la figura caída en el barro, los largos cabellos blancos manchados de tierra, la pálida piel llena de salpicaduras de barro y sangre. Miró la figura y luego, lentamente, sacó su arma y dió un paso hacia el frente abierto de la cabaña. Un paso, y se detuvo al oír ruido de voces.

—¿O. K., Fred?

—Sí, le acerté. Espero que la lluvia no lo haya ahogado.

—No... —la otra voz estaba llena de desdén—. Esas cosas no se ahogan. ¿Crees que el otro llegará aquí pronto?

—Estoy seguro; nunca fallan. Cállate ahora.

Jeff se mordió los labios, mirando a la figura del nativo que se retorcía débilmente. Todos sus instintos clamaban por acudir en ayuda del hombre; pero la fría certeza de que si lo hacía moriría rápidamente, le obligaba a permanecer donde estaba.

Miró en torno suyo. La única salida de la cabaña era el frente abierto; no había ningún lugar por donde pudiera escapar sin hacer ruido, y eso significaría la espantosa mordedura de una bala de gran velocidad. No podía hacer otra cosa más que esperar y esperó apretando con la mano la culata de su arma.

No tuvo que aguardar mucho tiempo. Una segunda sombra apareció entre las cabañas; un segundo nativo, alto, orgulloso, sin armas y, sin embargo, diferente del primero.

Su blanca carne estaba tatuada con complicado dibujo negro, un sutil entrelazado de azabache, de tal modo que parecía una armonía andante del día y la noche. Una redecilla de hilo metálico, sujeto por una piedra de brillo especial, contenía su pelo. La piedra le caía sobre la frente. En la cintura llevaba una calabaza. Parecía ser muy viejo. Jeff nunca había visto hasta entonces un nativo semejante a aquél.

El recién llegado se detuvo al ver la figura caída en el barro, hizo una pausa y miró alrededor, como si buscara algo o a alguien. Durante largo rato permaneció allí, alto, tranquilo, resplandeciente de serena dignidad. Por fin se movió... y Jeff también.

Jeff dió un salto, levantando barro con las piernas, recorriendo el área con los ojos, y la pistola lista en la mano. Un hombre lo miraba desde más allá de la cabaña; un hombre pálido, con una pistola en la mano. Jeff disparó contra él y luego se tiró sobre el barro mientras otras pistola disparaba desde el abrigo de un árbol.

Jeff se retorció desesperadamente, luchando por esquivar las balas y apuntar al mismo tiempo. El hombre escondido tras el árbol disparó una y otra vez, mientras las diminutas balas levantaban pequeños géysers de barro y agua. Jeff disparó, lanzó un juramento al ver que su bala explotaba convirtiéndose en vapor incandescente contra el tronco de un árbol, y luego apuntó cuidadosamente a un manchón blanco y disparó de nuevo.

El hombre lanzó un grito y salió de detrás del árbol, con la mano roja y deshecha y la cara pálida de espanto. Miró a Jeff, luego al amenazador orificio del arma y huyó desesperado entre los árboles, dejando un rastro de sangre sobre el húmedo barro.

Jeff lo vió marchar y se puso lentamente en pie. El nativo de las extrañas marcas seguía aún junto al caído; tranquilo, al parecer imperturbable, a pesar [illegible]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mirar a Jeff, estaban llenos de pensamientos ocultos.

Jeff se arrodilló junto al herido y examinó suavemente la terrible herida que tenía.

—Ayúdeme —dijo secamente—. Tenemos que llevarlo al hospital. Si no lo atienden a tiempo, morirá.

El nativo no se movió.

—¡Pronto! —dijo Jeff con impaciencia, y luego, al percatarse que el hombre no entendía tal vez su idioma, le hizo una serie de gestos para darse a entender.

El hombre siguió sin moverse.

—¡Maldito sea! —respondió furiosamente Jeff—. Si no me ayuda, lo llevaré yo solo.

—No.

—¿Qué? —Jeff se detuvo y miró la alta figura—. ¿Así que conoce mi idioma? Dése prisa, entonces y ayúdeme a llevar a su amigo al hospital.

—No.

—¿Por qué no? Tal vez podamos salvarlo.

El herido lanzó un gemido, moviéndose un poco en el barro, y miró a Jeff con ojos llenos de dolor. Entonces vió al nativo de extraño tatuaje y sonrió, mientras sus ojos se animaban con algo parecido a la esperanza.

—Su ciencia no podría salvarlo —dijo el alto nativo con tranquila seguridad.

Se inclinó sobre el blanco cuerpo, interponiéndose entre Jeff y el herido. Una de sus manos tomó la calabaza que llevaba en la cintura, mientras con la otra sostenía la cabeza manchada de barro. Dijo algo, en voz muy baja. Después tocó los labios del herido, y se irguió, mirando al moribundo.

Jeff lo miró también. Los dos lo vieron morir.

FUE una muerte tranquila. Todo dolor, todo sufrimiento habían desaparecido; fué como si el hombre se durmiera y, dormido aún, pasara a la gran oscuridad. Jeff suspiró. Después, de mala gana, examinó el cuerpo del hombre a quien había matado. Tenía la cabeza destrozada por la bala de gran velocidad. Jeff se quedó mirándolo, fruncido el entrecejo, lleno de perplejidad.

—¿Por qué ha matado este hombre al amigo de usted?

—No lo ha matado: lo hirió solamente —aclaró el nativo del extraño tatuaje, y miró al cadáver caído en el fango ante él—. ¿Por qué ha matado usted a su amigo?

—No era mi amigo —dijo furiosamente Jeff—. Lo crea usted o no, no todos somos iguales; y tenemos nuestros métodos para tratar con los que se olvidan de ser como debieran.

—Sin embargo, nosotros no somos *nada* para ustedes. ¿Es usted capaz de matar por *nada* a uno de los suyos?

Había un dejo irónico en la tranquila voz que hizo levantar rápidamente la vista a Jeff.

—Usted habla muy bien mi idioma—le dijo Jeff al nativo—. ¿Cómo lo aprendió?

—Cuando llegaron los primeros hombres en sus naves de fuego, no nos consideraban como algo inferior al fango. Los recibimos bien, porque lo que buscaban era la ciencia. A su vez, ellos nos enseñaron cosas que consideraban necesarias. Su idioma era una de ellas; quizá la más importante de todas las cosas.

—¿Lo cree usted así? —Jeff lo miró sorprendido—. Importante, sí; pero con seguridad hay otras cosas que lo son más, como el uso de los metales, la medicina, la higiene, mil ventajas que pueden obtenerse al entrar en contacto con una civilización de técnica superior.

—Quizá; pero, aún así, nosotros consideramos que lo más revelador de todo era el lenguaje —el alto nativo miró el cuerpo inmóvil del venusiano—. Mi misión aquí está terminada. Tengo que irme; pero todavía queda algo que hacer.

—¿Sí?

—El hombre de la mano herida, ¿lo conoce usted?

—No, pero puedo encontrarlo —dijo secamente Jeff—. Tiene que ir al hospital para que lo curen. Cuando vaya, lo estaré esperando.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Jeff miró al hombre alto y meneó la cabeza—. ¿Qué piensa usted? Ese hombre y el amigo de él han disparado deliberadamente contra un nativo. Ni siquiera lo mataron: lo dejaron ahí agonizando en el barro, mientras esperaban a que usted llegara, para matarlo a usted también. ¿No es ésa razón suficiente para que los castiguen?

—¿Es que el castigo devolverá la vida al muerto?

—No, pero será una salvaguardia de los vivos.

—Quizá sí, o quizá no. Creo que lo mejor sería que usted olvidara su deseo de infligir un castigo.

—Piense lo que quiera —replicó brevemente Jeff—. Usted no tiene nada que ver con el asunto.

—Nosotros seremos los que sufriremos las consecuencias —dijo serenamente el hombre alto—. ¿Ha pensado usted en eso?

—¿Que sufrirán? —rió Jeff sin alegría, tratando de no demostrar su impaciencia—. Pero ¿qué pasa con ustedes? ¿No saben ya pensar derechamente? ¿Qué tiene que ver con ustedes el que yo quiera ajustarle las cuentas a un criminal en potencia? Ese hombre es peligroso; no se le puede consentir que salga impune, después de lo que ha hecho, y yo voy a encargarme de que así sea.

—¿Qué ha hecho? —el hombre miró a Jeff con sus rosados ojos de albino—. Ha ayudado a matar a un venusiano. ¿Qué significa eso para su pueblo? ¿Cree usted que el comandante de su guarnición se preocupará por eso, cuando él mismo es el responsable de las muertes de más de trescientos de los nuestros; responsable de la ocupación de cuatro de nuestros poblados y de la destrucción de doce kilómetros cuadrados de bosque? ¿Cree que el hecho de que ese hombre hirió a un nativo contará algo frente al hecho de que los terrestres son aquí escasos y que todos los que hay se necesitan para explotar las nuevas minas?

—Eso no tiene nada que ver con el caso —dijo Jeff—. Es algo personal. No me preocupan las cosas intangibles; sólo me interesa lo que ha ocurrido ahora y puede volver a ocurrir.

—También ha muerto un terrestre —le recordó suavemente el alto nativo—. Vida por vida. ¿No es eso lo que ustedes enseñan?

—No lo comprendo —dijo lentamente Jeff—. No comprendo su lógica. ¿Quieren ustedes que los aniquilen? No estoy contra mi propia raza, pero sí contra cierto elemento de ella, y ese elemento debe eliminarse. Los fuertes tienen que cuidar de sí mismos. Si son débiles y no fuertes, entonces deben someterse, rendirse. Esa es la ley de la vida, la ley de la selva, si usted quiere, pero, de todos modos, una ley.

—Su ley —dijo el nativo—, no la nuestra.

—Quizá, pero nosotros vivimos de acuerdo a nuestra ley, no a la suya.

Miró al nativo, a sus hermosas facciones orgullosas, sus grandes ojos inteligentes, y su cuerpo que era tan parecido a un cuerpo humano. Sentía una extraña afinidad por el venusiano, un extraño deseo de ser respetado por él, respetado y querido.

—Algo extraño ha ocurrido entre nuestros pueblos —le dijo serenamente—. Aquí estamos usted y yo, hablando como sólo pueden hablar dos hombres inteligentes. ¿Por qué no puede ser siempre así? ¿Por qué ustedes nos hacen sentirnos avergonzados, para que,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por reacción, los tratemos como animales?

—Usted conoce la respuesta —le recordó el nativo, con gran calma; se quedó un momento mirando al venusiano muerto, y luego, sin una palabra, sin volver la cabeza, se marchó, tragado por la niebla. Jeff se quedó mirándolo, y la verdad de lo que había dicho le dejó un gusto amargo en la boca.

Ahora conocía la realidad.

LOS hombres habían llegado a Venus en alas de la aventura, y ésos hombres eran buenos. Otros les habían seguido, los traficantes empedernidos, los explotadores, los buscadores de las riquezas fáciles. Venus era rica. Venus se prestaba al saqueo. Venus tenía una vida inteligente, nativos que podían trabajar en las plantaciones y las minas...

¡Pero los nativos no se prestaron a su juego! No quisieron sus mercaderías baratas, sus chucherías, los abalorios brillantes destinados a atraer la atención y gastarse con el tiempo. Ni siquiera habían querido dinero para comprar máquinas en la Tierra. No querían ni el contacto con los terrestres. Por eso, los hombres se llenaron de resentimiento, contando el dinero que podían haber ganado, sí...

Si los nativos hubieran accedido a trabajar. Si los venusianos hubieran estado dispuestos a sudar el quilo por mercaderías que no podían usar, ropas que no querían, lujos sin los cuales vivían muy bien. Los hombres habían venido con sus regalos..., y esos regalos fueron despreciados. Habían traído el arma infalible..., y se les deshizo entre las manos. Por una vez en la historia, el hombre no pudo comprar lo que quería, y el descubrimiento le hizo justipreciar el escaso valor de su dinero.

El descubrimiento lo llenó de odio. Y por eso enviaron a Venus la guarnición, los soldados armados, los militares de rostros severos. Ellos se quedaban con lo que querían, se llevaban más de lo que podían usar, y, como un cáncer podrido, el poblado iba extendiendo su suciedad a los bosques hermosos en otros tiempos. Los hombres se iban haciendo descuidados, despilfarradores, estúpidamente destructivos. ¿Por qué no? Tenían un planeta nuevo para jugar con él. ¿Qué importaba que se cortaran unos cuantos árboles de más, que el suelo se destruyera, que las fuentes de alimentos se agotaran? ¡Diablos!, ¿no había acaso de sobra?

Jeff se encogió de hombros, deseando encontrarse en la Tierra: allí, donde las cosas eran familiares, donde un hombre no tenía que hablar con un salvaje alto, de ojos serenos y cerebro demasiado penetrante; donde el dinero tenía su valor justo y los hombres no mataban sin razón.

Lentamente, comenzó a seguir el rastro de sangre semiborrado, avanzando con los ojos fijos en la tierra y el cuerpo inclinado.

EL rastro de sangre lo condujo directamente al hospital, edificio prefabricado de metal y plástico, manchado de hongos y chorreante de humedad condensada. Jeff pasó frente al guardián estacionado junto a la entrada de la alambrada, abrió la doble puerta del hospital y se quedó mirando furioso al hombre pálido, sentado en un banco, con la mano envuelta en trapos.

—¡Eh, usted! —le dijo secamente—. Venga conmigo.

—¿Adónde?

—A ver al comandante. Lo acuso de intento de asesinato.

Un médico, con la delgada bata manchada de humedad y productos químicos, entró y miró a Jeff.

—¿A qué viene todo esto?

—Voy a llevar este hombre a Carmody —dijo Jeff—. Intentó matarme. Si yo no le hubiera arrancado el revól-

ver de un disparo, lo habría conseguido.

—Miente —gritó el hombre, mirando al doctor—. Yo estaba con un amigo mío. Habíamos ido a las cabañas, para protegernos durante la tempestad. Este hombre mató a Fred y me habría matado a mí si no hubiera tenido suerte — gimió, al mirar el vendaje que le cubría la mano—. Cúreme, doctor. ¡Esta mano me está doliendo muchísimo!

El doctor gruñó, mientras cortaba hábilmente el tosco vendaje, apretando los labios al ver la naturaleza de la herida.

—¿Es muy grave, doctor?

—Así, así... No perderá la mano..., sólo un par de dedos —tomó un frasco de alcohol y comenzó a limpiar la sangre. Jeff vaciló, mirando la cara alterada de dolor del herido.

—¿Cómo se llama?

—Gil Murphy —dijo el médico, antes de que el hombre pudiera contestar—. Ahora, ¿quiere irse de aquí? No me gusta tener público cuando opero.

—¿Es ése su nombre, doctor, o el del herido?

—El de él.

—Gracias —Jeff dió media vuelta y salió del hospital dando un furioso portazo. El guardián lo miró con ojos apagados. Jeff se dirigió al edificio de la administración. Un joven suboficial lo detuvo junto a la puerta.

—¿Qué desea?

—Quiero ver a Carmody —dijo secamente Jeff—. ¿Está aquí?

—¿Quién es usted? ¿Qué asunto le trae? ¿Tiene cita?

—Jeff Wálker. Particular. No. ¿Le satisface todo eso, o quiere seguir jugando a preguntas y respuestas? —Jeff miró furioso al joven—. Dígale a Carmody que estoy aquí. Me recibirá... y no tardará todo el día en recibirme.

—Si me hace el favor de sentarse — le replicó rígidamente el joven oficial— veré si el comandante está libre.

Se alejó. Era un muchacho pálido como un muerto, con los cabellos cortados al rape, que parecía incómodo dentro de su ligero uniforme, tan necesario sin embargo para su orgullo. Jeff lo vió salir, luego se dejó caer en una silla, buscó su paquete de cigarrillos, encendió uno, aspirando con fuerza el humo, y se puso a mirar a través de la puerta los tenues reflejos de la alambrada.

Cinco cigarrillos más tarde, seguía aún esperando.

Cinco cigarirllos: treinta minutos: tiempo suficiente para un asesinato, para una intriga, para una huída; tiempo suficiente para hacer una docena de cosas, esconder una docena de personas, quemar papeles, caminar un par de kilómetros, mucho tiempo; demasiado. Carmody no podía estar tan ocupado.

Al ver regresar al joven oficial, Jeff se puso de pie, apagando bajo su sandalia la última colilla, y se acercó a él, con paso impaciente.

—¿Y bien?

—El comandante lo va a recibir —dijo de mala gana el joven—. Haga el favor de seguirme.

Siempre protegido por la dignidad del incómodo uniforme, le indicó el camino.

EL comandante estaba sentado en un sillón detrás del enorme escritorio. A su espalda, las ventanas estaban abiertas, inclusive las rejillas metálicas. Un ventilador eléctrico agitaba el aire con suave murmullo. La habitación estaba impregnada de olor a tabaco encendido.

Jeff se detuvo junto a la puerta, la cerró cuidadosamente tras sí y las alillas de su nariz se dilataron al sentir otro olor familiar que le despertaba vagamente un recuerdo dormido. No dijo nada. Se quedó mirando las tensas facciones del comandante, aguardando a que hablara.

—¿Quería verme?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Sí. ¿Por qué me ha hecho esperar tanto?

—¡Cómo, Wálker! —Carmody le indicó con el gesto los papeles que cubrían su escritorio—. Estaba muy ocupado... Y ese estúpido de oficial que me trajo su recado, se olvidó de darme el nombre. Lo siento, pero no he podido evitarlo —se enjugó la cara y el cuello, con un pañuelo empapado—. ¿En qué puedo servirle?

—Detenga a un hombre llamado Gil Murphy. Está en el hospital, curándose una mano herida. Quiero que lo detenga y lo acuse de intento de asesinato.

—¿De asesinato?

—Sí. Del mío —Jeff encendió un cigarrillo y miró a Carmody a través del humo—. Eran dos hombres. No sé cómo se llama el otro, pero sí que ambos estaban al acecho de un par de nativos, para matarlos. Hirieron a uno de ellos, que murió más tarde. Yo intervine antes de que pudieran terminar su trabajo... Maté al otro y herí a Murphy —aspiró el humo del cigarrillo—. Lo he dejado en el hospital. Mi bala le destrozó la mano. El doctor dijo que perdería un par de dedos. No le costará a usted encontrarlo.

—Ya... —Carmody movió algunos papeles de la mesa, evitando mirar a Jeff—. ¿Usted mató a un hombre..., a un terrestre?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡¿Por qué?!... —Jeff lo miró con sorpresa—. Ya se lo he dicho: estaban atacando a dos nativos. ¡Demonios!, ¿quiere usted que yo presencie impasible un asesinato?

—¿Un asesinato? —Carmody meneó la cabeza—. Los nativos no son hombres, Wálker. No es asesinato matar a un animal. Ha hecho usted mal matando a ese terrestre; no debería haber intervenido —miró con ceño fruncido los papeles y luego tomó una repentina

regrese usted en el próximo cohete a la Tierra. Como comandante, es mi deber ordenarle que se vuelva.

—¿Qué?...

—Sí. Usted ha matado a un terrestre y ha herido a otro. Aquí no saben quién es usted ni por qué ha venido, y aunque lo supieran no sentirían ninguna simpatía por un espía. Su vida no valdría nada en cuanto se enteraran de lo ocurrido, y Murphy no es hombre que se calle esas cosas —asintió de nuevo con la cabeza; su delgada y apretada boca parecía una ranura en la palidez de su cara severa—. Mi deber es protegerlo, Wálker. Saldrá usted en la próxima nave

—¡Ni mucho menos! —Jeff miró cara a cara al comandante, entornando los ojos, mientras la cólera le subía a la cara en una oleada—. Vine aquí a realizar un trabajo, Carmody, y no me iré hasta que lo haya concluído.

—Debería usted haber pensado en eso antes —dijo secamente el comandante—. Un muerto no puede hacer trabajo alguno y, créame o no, Wálker, en cuanto usted deje este recinto, puede darse por muerto.

—¿Yo? —replicó suavemente Jeff y se dejó caer en la silla, obligando a sus músculos a aflojarse para aplacar la cólera que ardía dentro de él—. Dígame, Carmody, ¿por qué esos hombres querían matar a los nativos?

—¿Cómo voy a saberlo? —el comandante se encogió de hombros y se echó hacia atrás en su asiento—. Quizá porque los tambores los habían puesto nerviosos, y ése era un medio de aliviar la tensión. Quizá fué simplemente una de esas cosas que ocurren. Porque, vamos a ver, ¿por qué se matan los hombres?

—Generalmente, por una buena razón —Jeff se quedó mirando la punta de su cigarrillo—. Esos hombres sabían lo que hacían. No era un crimen de venganza, ni un repentino ataque nervioso. Deliberadamente hirieron a uno de los nativos y se quedaron al acecho del otro. ¡Sabían muy bien que se iba a presentar! —miró la tensa cara del hombre que había al otro lado del escritorio—. ¿Cómo lo sabían, Carmody?

—No lo sé.

—Detrás de todo eso había una razón —musitó Jeff—: una razón fría y lógica. ¿Sabe lo que me recordaron esos hombres? Me recordaron a los cazadores que tienden una trampa para cazar una pieza valiosa. No querían al primer hombre; buscaban al segundo. Pero era necesario herir al primero gravemente para atraer al otro.

—¡Absurdo!

—¿Lo cree así, Carmody? Quizá esté usted en lo cierto. Dígame, ¿cuánto tiempo lleva en Venus?

—Varios años. ¿Por qué?

—En ese tiempo debe de haber aprendido muchas cosas acerca de los nativos...: sus costumbres, su ritual, el modo como viven y piensan. ¿Sabe por qué algunos nativos llevan tatuajes negros? ¿Un dibujo complicado de azabache, tatuado en la piel?

—Sí —el comandante se meneó inquieto en su asiento—. Se refiere usted a los samanes: los médicos. Son muy parecidos a los brujos africanos.

—¿*Eso* es lo que son? —Jeff se echó hacia atrás y cerró los ojos. El calor le agotaba las fuerzas, y la espantosa humedad lo envolvía en un manto cálido y pegajoso. Sentía la boca irritada de tanto fumar y los nervios excitados.

Carmody se quedó mirándolo y luego metió la mano en un cajón abierto.

—Parece usted cansado. ¿Quiere beber algo?

—Gracias —Jeff abrió los ojos y vió que el comandante llenaba a medias dos vasos de un líquido parecido al agua—. Quizá tenga usted razón, Carmody. Tal vez estoy perdiendo el tiempo aquí. Las drogas tienen que venir de otro lugar... Sin embargo —sonrió y tomó el vaso—, ¿cómo se puso Péter en el estado en que estaba?

—¡Quién sabe! —Carmody bebió un sorbo de alcohol y se lamió los labios—. Aquí llegan naves de todas partes..., de Marte, de Mercurio... Podría haber sacado la droga de cualquiera de ellas. Quizá los tambores lo decidieron a renunciar —se quedó mirando por la ventana, con las fláccidas mejillas brillantes de sudor—. No hace falta mucho para decidir a un hombre a renunciar. El calor es muy malo, y también la humedad. Y, por si eso no fuera suficiente, tenemos que escuchar esos malditos tambores, día tras día y noche tras noche. Le digo, Wálker, que hace falta ser estúpido para quedarse aquí innecesariamente.

—Sin embargo usted se queda.

—Mi deber está en Venus —replicó rígidamente Carmody—. Un soldado obedece las órdenes; no las discute.

—Péters no se quedó —le recordó Jeff—. Yo conocía a Péters. Era un soldado, un hombre de confianza, un hombre que habría aguantado hasta el fin. *¿Qué le ocurrió a Péters, Carmody?*

La huella indicadora

PARA estudiar la deformación de un metal cuando se somete a cierto proceso, como su trasformación en alambre, se introducen pequeñísimas cantidades de metal radiactivo en agujeritos practicados ex profeso. Según cómo se deforme el metal, así se deforman los agujeros, que se transforman en un reguero indicador (mediante un detector apropiado) de las líneas de deformación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DURANTE largo rato reinó el silencio, un silencio tan intenso, que el apagado murmullo de los tambores pareció aproximarse, entrar en la misma habitación, trayendo con él la impresión de algo salvaje, totalmente primitivo.

Carmody no se movió; se quedó mirando a Jeff, con unos ojos que parecían agujeros abiertos en una masa blanca. Por fin quiso humedecerse los labios, y el sonido de sus dientes, al castañetear contra el cristal del vaso, resonó en el silencio. Bebió un largo trago y dejó el vaso vacío.

—¡Demonios, Wálker! —le dijo, sin cólera—. ¿Por qué insiste de ese modo acerca de Péters? Era mi comandante. Lo veía todos los días. Salimos juntos de la Tierra. ¿No puede olvidarse de él?

—No.

—A Péters le interesaron siempre los nativos. Muchos de nosotros pensábamos que se interesaba demasiado por ellos. No creíamos que debía hacerlo. Los terrestres y los venusianos no deberían mezclarse. Pero él era mi comandante. No podíamos detenerlo.

Carmody se quedó mirando el vaso vacío y habló entonces como si estuviera solo.

—Vi cómo ocurría. Vi cómo aquel hombre se iba pudriendo ante mis ojos, cómo su fibra moral se deshacía mientras él se convertía en nativo — Jeff respingó ante el profundo desprecio de su voz—. Razonamos con él, claro está, el joven capitán amigo suyo y yo; pero él no quiso escucharnos. Al final renunció, todavía no sé por qué, y ahora usted me dice que es igual que si hubiera muerto —se quedó mirando a Jeff, y sus ojos eran pozos de sufrimiento—. Sé que podría haberlo impedido; podría haber impedido que se mezclara con los salvajes, que hablara con los samanes, degradando a su raza entera. No es bueno que un hombre se olvide de su dignidad, Wálker; que se vuelva contra su raza, que traicione su herencia. Hice lo que pude, claro está, pero conseguí muy poco, y cuando llegó el momento de los conflictos, él no pudo soportarlo. Teníamos que dejar limpia una región, apoderarnos de un poblado; hasta tuvimos que matar a algunos nativos. Yo sabía que a Péters no le gustaba hacer lo que había que hacer. Creo que su mente debió de alterarse, y por eso renunció, y yo me encargué del mando y terminé su tarea.

—¿Y Péters volvió a la Tierra para pudrirse en plena calle, envenenado por una droga exótica?

—Eso me dice usted. Yo no sé nada de la droga.

—Ya —Jeff se quedó mirando su vaso, el líquido acuoso que contenía, y luego lo apuró de un trago—. Veo que no consigo aclarar nada. Volveré a tiempo para tomar el cohete.

Se levantó, dejó el vaso vacío al borde del escritorio, viendo cómo Carmody trataba de ocultar al mismo tiempo su cólera y su alivio. Jeff se encogió de hombros. Por la razón que fuera, no le importaba nada lo que pudiera sentir Carmody; no le importaba lo que pudiera sentir nadie.

Estaba harto de todo aquello.

Afuera, las grandes hojas de los helechos proyectaban una sombra de engañosa frescura.

Jeff se internó en el bosque.

LOS sonidos venían de millones de kilómetros de distancia, del otro lado del sol, de la distante Tierra, del mundo intangible que había al otro lado de los sueños. Un leve campaneo, un apagado rumor, un cantarino chapoteo, un roce líquido.

Jeff abrió los ojos y escuchó los sonidos.

Estaba tendido de lado, con la mejilla hundida en la rica marga oscura del bosque, las rodillas ligeramente dobladas y un brazo debajo de la cara. Aparte de los sonidos, la quietud era [illegible] Jeff [illegible] el [illegible]

mientras trataba de encuadrar aquellos sonidos en un conjunto reconocible. Entonces, algo le dió en la mejilla, húmedo y caliente, y él sonrió.

Estaba lloviendo.

De las bajas nubes que había sobre su cabeza, caía una lluvia caliente. Las hinchadas gotitas daban en las anchas hojas de los helechos, rebotaban, caían en las hojas inferiores, rebotaban de nuevo y finalmente caían sobre el oscuro suelo. Las gotas formaban una agradable y susurrante armonía, un sonido lleno de paz, el murmullo de la naturaleza en un mundo intacto aún: murmullo que acunaba, apaciguaba, se llevaba consigo todas las inquietudes y preocupaciones. Al escucharlo, Jeff sintió por primera vez en muchos años una sensación de contentamiento y satisfacción. Suspiró, giró a medias sobre el suelo, alzó los ojos hacia el espeso manto de hojas, gozando con la sensación de la lluvia cálida en su cara.

Después de un tiempo, al parecer muy largo, se sentó.

La debilidad se apoderó de él; una sensación horrible de angustia y fatiga totales. Se inclinó, metiendo la cabeza entre las rodillas, en un esfuerzo desesperado por disipar las negras oleadas que le iban ocluyendo la visión. Gimió, se tumbó de cara y en seguida agarró con ambas manos la tierra blanda y húmeda.

ALGUIEN le tocó el hombro.

Se volvió y, alzando la mirada, vió una cara tranquila, unos largos cabellos blancos, unos ojos inteligentes. El nativo le sonrió, y a la débil luz, los tatuajes negros de su cuerpo parecieron moverse, como si tuvieran vida propia e independiente.

—Despertó por fin —dijo—. Bien. Beba esto ahora.

Débilmente, Jeff tomó la hueca calabaza y bebió su espeso y grasiento contenido. Le quemó un poco la garganta: el líquido oleoso le revolvió el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estómago; pero él apretó los labios para contener las náuseas y, al cabo de una rato, todo pasó.

—¿Qué ha ocurrido? —miró con ansiedad las tranquilas facciones del venusiano—. ¿Dónde estoy?

—Está en el seno del bosque, muy lejos de los suyos. Ha estado enfermo, muy enfermo. Ahora tiene que descansar para recuperar las fuerzas —sonrió el venusiano y tomó la calabaza—. ¿Puede beber un poco más?

—Lo intentaré —Jeff se forzó a tragar el espeso líquido. Empinó la calabaza, dejando que parte del líquido se le escurriera por la barbilla. Sintió arcadas al tragar aquella grasa horrible, pero comprendió que le hacía bien.

Hizo una pausa, se enjugó la boca con el dorso de la mano, y luego se miró con ojos dilatados por el horror.

Su brazo parecía un palillo de cadavérica blancura, húmedo y cubierto de suciedad. Se miró entonces el cuerpo, su pecho hundido con las costillas salientes, los harapos que lo cubrían y las llagas purulentas de las piernas y músculos. Se tocó la cara y vió que tenía la barba crecida y revuelta. Se tocó el pelo que le caía hasta el cuello, enmarañado, sucio de lodo.

Odió su carne y comprendió lo que había ocurrido.

Tenía el mismo olor dulzón y repugnante, mezclado con el del sudor rancio y el repulsivo hedor de un animal inmundo. Pensó en Péters y en lo que le había ocurrido. Recordó el estado de lo que en otros tiempos había sido un hombre, y el recuerdo le revolvió de tal modo el estómago, que vomitó.

Silenciosamente, el nativo le entregó la calabaza, llena de nuevo.

—Tiene que beber —le dijo—. Si no bebe, morirá.

Era la fría declaración de un hecho. Jeff tomó la calabaza y bebió un largo trago del repugnante líquido.

—Ha estado enfermo —repitió el nativo—. Durante largo tiempo no ha probado alimento. Su estómago se ha reducido y debe ser tratado con cuidado. Sus fuerzas han desaparecido y tienen que repararse. Su cuerpo ha sido envenenado y hay que limpiarlo.

—¿Envenenado? —Jeff miró vivamente las tranquilas facciones del nativo y frunció el ceño—. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por quién? —volvió a beber un trago del líquido—. ¿Quién es usted?

—Nos hemos visto antes —el nativo lo miró con mirada de perplejidad en sus claros ojos de albino—. ¿No se acuerda de mí?

—No —Jeff miró al hombre, sus extraños tatuajes negros y la calabaza que llevaba en la cintura—. ¡Ah, ahora recuerdo! Había otro hombre; yo lo maté, y otro intentó matarme a mí —hizo una pausa, frunció la frente, esforzándose por recordar—. Seguí el rastro de su sangre y lo encontré en el hospital. Vi al comandante. Hablé con él un rato. Me dió de beber, y luego me fuí a pasear por el bosque. Entonces...

—No trate de recordar lo que ocurrió entonces —dijo rápidamente el nativo—. Bórrelo de su mente, ignórelo. Olvídese de que existió el tiempo entre entonces y ahora.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que es mejor ignorar.

—Fué la bebida —reflexionó Jeff—. Ha de haber sido la bebida. Carmody cometió demasiados errores. Sabía lo de los tiros en el poblado. Sin embargo, yo no le dije dónde había ocurrido. Me dieron una droga; la misma que le dieron a Péters —tragó saliva, pensando en Péters—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Vivirá —le replicó el samán—. Durante algún tiempo estará débil, y habrá un punto en su memoria que debe permanecer siempre oscuro. Más que eso no puedo hacer porque nuestra ciencia no es como la suya. Su cuerpo es algo incomprensible para mí en algunos aspectos.

—Entonces tenía yo razón... La droga procede del propio Venus, ¿no?

—Sí.

—Claro —dijo Jeff en voz baja—. Tenía que proceder de aquí. El caso de Péters lo demuestra, pero... —se quedó mirando al nativo—, ¿cómo cayó la droga en manos terrestres?

—Los hombres encuentran lo que buscan —dijo ambiguamente el samán— y si buscan la destrucción, también la encuentran.

—Basta —contestó con irritación Jeff.

Tomó la calabaza, y aunque se le apretaba la garganta al sentir el líquido, la vació. Se sentía mejor ahora; no tan enfermo. Estaba todavía horriblemente débil; pero su cabeza se había despejado.

—A mí no tiene usted que hablarme de ese modo. Conozco demasiado bien su inteligencia. ¿Fué usted quien le dió la droga a Péters?

—No.

—¿La robó él?

—Como todos los de su raza, tomaba lo que quería.

—Entonces, ¡él la robó! —Jeff apoyó la cabeza en las manos y los codos en sus rodillas. En alguna parte había un indicio oculto; en alguna parte estaba la clave del misterio. Péters había descubierto una droga exótica. Ese descubrimiento había sido tan importante para él, que lo había hecho renunciar a su puesto y volver a la Tierra. Sin embargo...

Un hombre no podía operarse a sí mismo en la espalda. Un hombre no podía incrustarse una ampollita entre la piel y la carne. ¿Y qué hombre se iba a tomar deliberadamente una droga que lo pusiera en el estado en que fué hallado Péters? Tenía que haber más de un hombre en todo aquello; posiblemente varios. El doctor, el comandante Carmody, el joven capitán que quizá sabía demasiado y por eso tuvo que morir. Los nativos tenían que saberlo. La droga procedía de ellos, y eso significaba un comercio entre ambas razas.

MIRO al samán.

—¿Qué es la droga?

—¿Cuál? ¿Esta? —el nativo tocó la pequeña calabaza que colgaba de su cintura—. Nosotros le damos un nombre; pero su pueblo la llama exótica. Un nombre extraño, mas también su lenguaje es extraño.

—¿Exótica? —Jeff miró al hombre y se encogió de hombros—. Me parece que cualquier nombre es tan bueno como otro. ¿Cuál es su efecto?

—Pregúnteselo a los que la conocen.

—Lo cual quiere decir que usted no me lo dirá —Jeff sonrió mirando aquellas tranquilas facciones—. Sea lo que sea, tiene que ser muy malo. Recuerde que he visto sus efectos; aunque por mi propia experiencia no podría jurar cómo es —frunció el entrecejo, queriendo recordar el punto oscuro de su mente y, durante unos segundos, la nostalgia se apoderó de él y sintió un anhelo infinito.

—Le hago una advertencia —dijo serenamente el samán—. No trate de recordar lo ocurrido. Si lo hace, puede usted darse por muerto.

—¡Muerto! —Jeff se golpeó con la mano el muslo desnudo—. Ahora recuerdo. Usted le dió al herido un poco de la droga, antes de que muriera...: al nativo que hirieron los terrestres —se quedó mirando al samán; dentro de su cerebro comenzaron a girar unas ruedas, y los hechos se fueron agrupando en un conjunto de absoluta sencillez—. ¡Conque eso era lo que buscaban esos hombres! No querían matar al nativo, ni siquiera a usted; pero todo esto era necesario para su plan. ¡Querían lo que usted llevaba: la calabaza de su cintura, donde se encontraba la droga!

El samán permaneció silencioso: su blanco cuerpo con los tatuajes negros

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

resultaba casi luminoso en la penumbra del bosque.

—Usted lo sabía —murmuró dubitativo Jeff—; lo sabía desde el principio...

—Sí.

—Y aquel nativo, el que fué herido, ¿lo sabía también?

—Sí.

—¡No puedo creerlo! —Jeff meneó la cabeza, ligeramente perplejo—. Un nativo va a un lugar donde sabe que ha de ser herido y muerto. Usted lo sigue. Usted sabe lo que va a ocurrir y, sin embargo, lo sigue. ¿Por qué?

El samán no dijo nada; siguió sentado en la rica marga oscura, mirando al terrestre con sus rosados ojos de albino.

—Esos hombres —prosiguió lentamente Jeff—. Ahora sé por qué me dieron la impresión de que habían salido de caza y usaban al nativo herido como cebo. Lo que realmente querían era la calabaza que usted lleva en la cintura —miró las tranquilas facciones del venusiano—. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué diablos no se la dió?

—¿Le daría usted a un niño fuego para que jugara con él? —la voz del samán era muy profunda mientras miraba un punto a lo lejos—. No es propio de nosotros el poner en manos de cualquier raza los elementos de su destrucción; pero, si insisten, ¿quiénes somos nosotros para negarles su destino? En este asunto no tenemos culpa alguna. No hemos hecho lo que ustedes han intentado hacer. No los hemos sobornado con bebidas y drogas, mercaderías baratas y lamentables sustitutos de la vida. No los hemos despojado de lo que es suyo, arrojándoles luego unas migajas como compensación. No hemos hecho nada de eso. Entonces, ¿en qué pueden censurarnos?

—Nadie puede censurarlos. No he dicho tal cosa.

—Si les hubiéramos dado la droga, entonces habríamos sido culpables, y no queremos soportar culpa alguna. No. Su propio pueblo descubrió la droga. Su propia raza descubrió lo que era y por qué se usaba. Los terrestres decidieron que eso era lo que querían, y por eso se la llevaron, como se llevan todo lo que creen que necesitan. Se la llevaron con la violencia de sus armas. Se la llevaron con crímenes y sangre, y con odio. Sea, pues, así.

—Empiezo a comprender —murmuró Jeff. Se estremeció al pensar en aquella filosofía extraña, en la tranquila aceptación de que los hombres tenían que morir para que una raza extraña se llevara lo que quería—. Deliberadamente se ofreció usted a la muerte, sabiendo que esos hombres se llevarían la droga... —se irguió al recordar algo, y la boca se le secó mientras pensaba en Péters y en lo que la droga podía hacer.

—¿Qué es esta droga?

El samán no dijo nada; sus ojos eran unas profundas ventanas del pensamiento.

—*¿Qué es la droga?*

—La muerte —replicó el nativo, sonriendo.

El silencio los envolvió. La palabra se fué perdiendo, deshaciéndose en la nada, en el umbroso bosque.

EL silencio aumentó, envolviéndolos con su espesa consistencia. La lluvia había cesado, las campanitas de las gotas de lluvia se callaron y en la repentina pausa, Jeff se dió cuenta de que faltaba algo...

Los tambores.

Al principio, casi no lo había notado. Luego, tan adentro se le había metido la cadencia regular, que echó muy de menos el constante latido del monótono ritmo. Se movió un poco en el blanco margal. Después, aprovechándose de aquel pequeño detalle, como un alivio de lo que acababa de oír, se lo mencionó al samán.

—Sí —dijo el nativo con calma—. Ya no los necesitamos. No hace falta mantener la barrera.

—¿La barrera?

—Sí.

Jeff se encogió de hombros y volvió a las cosas de importancia inmediata.

—Usted ha dicho que la droga es la muerte. ¿Ha querido decir que es *literalmente* mortal?

—La droga no es un veneno..., si se refiere usted a eso. Por sí sola es inofensiva; su potencia reside en el efecto que ejerce sobre el cerebro.

—¿La locura?

—No.

—Entonces, ¿qué? ¿o no quiere decírmelo?

El samán lo miró con los ojos ligeramente fijos, como si escuchara algo lejano; luego su cuerpo se aflojó, y las marcas negras de su cuerpo se movieron un poco.

—Somos una raza vieja —dijo bruscamente—, una raza más vieja de lo que usted se imagina. Hemos tenido también nuestras dificultades infantiles, nuestras guerras, nuestros intentos de mejorar el medio natural de vida; pero siempre hemos recobrado la cordura, y ahora somos como usted nos ve.

—¿Primitivos? —Jeff se quedó mirando el magnífico cuerpo del nativo, los inteligentes ojos y la limpieza absoluta de cuerpo y mente. Meneó la cabeza—. No. No son salvajes. Quizá por eso los odiamos tanto.

—Quizá. Es natural que una raza luche contra otra para obtener la hegemonía; pero basta de eso. Hace tiempo que aprendimos que la mente es una cosa delicada y también que el pensamiento es una potencia. Por eso nos volvimos de espaldas a las causas que trastornaban el ritmo natural de la vida, y nos concentramos en el bienestar interior. Conseguimos nuestros fines.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Qué tiene todo eso que ver con la droga?

—Como es natural, descubrimos muchas cosas: el uso del fuego, la vida del bosque, los principios fundamentales de la vibración; aprendimos el uso de muchas plantas y hierbas y de la medicina natural. Algunas de las cosas que aprendimos tenían una aplicación inmediata; otras nos parecían de poca aplicación, y otros, preñadas de peligros. Pero, aun así, todo conocimiento tiene su uso; por lo tanto no descartamos ninguno.

—¿La droga era uno de esos descubrimientos?

—Sí. La droga que ustedes llaman exótica, era uno de ellos. Era peligrosa, pero tenía sus usos.

—¿Cuáles?

—Todos los hombres tienen que morir —dijo serenamente el samán—. Todo ser vivo se embarca, tarde o temprano, en el viaje final. Unas veces la muerte es pacífica; otras, está llena de dolor y miedo. Mueren igual los viejos que los jóvenes, pero todos mueren. Entonces es cuando usamos la droga.

—¿Por qué?

—¿Qué es la vida? —le preguntó el nativo—. ¿Es una lucha, una batalla por apoderarse de todo lo que se puede, mientras se puede? ¿O la tranquila aceptación de lo que tiene que ser? ¿Qué es la ambición? ¿Qué es la esperanza? ¿Qué es el miedo y el inútil anhelo de lo inalcanzable? ¿Qué es la muerte?

—Cada una de esas preguntas puede tener una respuesta diferente —dijo sombríamente Jeff—. Su raza y la mía nunca se pondrán de acuerdo en la definición.

—Exactamente. Cada hombre tiene su propia idea acerca del lo que debería ser la vida, y eso da lugar a discordias. La droga termina con todo eso.

—¿Cómo?

—Si los hombres supieran que pueden tener todo lo que desean sin esfuerzo, facer sus mayores ambiciones, si supieran que pueden tenerlo todo, ¿seguirían luchando con sus semejantes?

—No lo sé —dijo Jeff—. Algunos hombres no se satisfacen nunca, no pueden satisfacerse nunca. Por mucho que tengan, siempre desean más.

—Recuerde que he dicho: *todo lo que desean*. Los hombres de que usted habla no lo tienen; siempre hay algo que necesitan, algún objeto que no pueden alcanzar. Si cada uno de ellos pudiera vivir en su propio paraíso, ¿seguiría habiendo luchas?

—Creo que sí. Los hombres no han sido creados para satisfacerse. Lógicamente, la Tierra puede producir lo suficiente para todos, y, sin embargo, mientras unos se mueren de hambre, otros derrochan. La lógica no tiene nada que ver con la humanidad.

—¿Entonces qué es lo que tiene que ver con ella?

—La codicia, quizá. ¿La ambición personal, el ansia de poder, el deseo de ser fuerte?... Algunos hombres ansían la adulación de los demás; otros, el amor de las mujeres; otros adoran el dinero, olvidándose de lo que es la verdadera realidad —Jeff meneó la cabeza—. No puedo contestar a su pregunta. Los hombres han buscado la respuesta desde que aprendieron a pensar. Todavía la siguen buscando. No la han encontrado, y creo que no la encontrarán.

—Se equivoca —le replicó serenamente el samán—. Los hombres han encontrado la respuesta.

—¿La droga?

—La droga.

De nuevo el silencio de los pensamientos y las preguntas irresolubles. Una hoja cayó dulcemente de un árbol, rozando el aire como un susurro de los muertos. Jeff se estremeció; sintió un escalofrío extraño.

—Usted la ha llamado "muerte" —murmuró—. ¿Por qué la llama así?

—Una raza es tan fuerte como el individuo de esa raza: no más. Si el individuo es débil, la raza es débil; si es fuerte, perdurará. Los hombres son débiles.

—¿Y los venusianos, fuertes?

—Más fuertes que ustedes.

—Lo creo —dijo Jeff con voz apagada—. He visto a los hombres corrompidos por la riqueza; he vista pudriéndose en la factoría las mercaderías que habían traído; he visto a hombres que se volvían nativos; pero no he visto aún un venusiano que se volviera terrestre. No sé cómo, pero pienso que hemos fracasado, y que tuvo que ser una raza extraña la que nos mostrara nuestro fracaso. Los hombres llegarán a las estrellas, ¿pero quién los llorará cuando se vayan?

—Todavía hay esperanza para su raza, puesto que produce hombres que piensan como usted.

El samán tomó la calabaza y vertió un poco más del asqueroso líquido. Silenciosamente se la pasó a Jeff, y éste la vació en silencio.

—¿Qué es la droga?

—El deseo realizado, la ambición cumplida, los sueños convertidos en realidad, los anhelos satisfechos. Es la última euforia... Es la muerte.

—¿Y sin embargo ustedes la usan? — Jeff dejó la calabaza vacía—. ¿Por qué?

—¿Por qué íbamos a desecharla? Piense bien. Un hombre se encuentra al borde de la gran oscuridad, temblando al dar el primer paso del largo viaje. ¿Qué daño puede hacerle entonces? Acudimos cuando nos llaman, y le damos la droga al que nos ha llamado. Acaba con el dolor; destruye el miedo; da serenidad; divorcia a la mente del cuerpo; altera el sentido del tiempo; permite que el hombre experimente hasta el fin todos sus deseos y anhelos, todas sus esperanzas y ambiciones. Lo que él piensa, es. Lo que imagina, se realiza. Mental y físicamente, en absoluta sublimación de lógica y sentidos, vive en un sueño que para él es real.

—Un estupefaciente... —dijo Jeff, que comenzaba a comprender—. La cocaína, el opio, la marihuana: todos ellos producen, en menor escala, el mismo efecto: divorcian de la realidad al toxicómano; le permiten vivir en un fantástico mundo propio. Así que su droga no es más que un estupefaciente, y, sin embargo, usted la ha llamado "muerte". Se equivoca. La humanidad ha vivido demasiado tiempo para dejarse destruir por cualquier droga que se produzca aquí. Nosotros tenemos también muchos venenos propios.

—De acuerdo —dijo el nativo; y si hubiera sido un terrestre, Jeff habría sospechado que hablaba con ironía—. Tienen demasiados venenos.

—Entonces, ¿por qué su droga ha de ser tan mortal?

—¿Por qué vienen los hombres a Venus? ¿Por qué trabajan y sufren en un clima que para ellos es opresivo, y en condiciones absolutamente desprovistas de comodidad, sin siquiera la sociedad de sus semejantes? ¿Por qué van a las estrellas los hombres? ¿Por qué luchan, mienten, roban, matan a sus enemigos y traicionan a sus amigos? ¿En qué consiste su civilización? ¿Cuál es la gran fuerza impulsora de su raza?

—El dinero —dijo Jeff, y comprendió que había dicho la verdad.

—Valor ficticio. Pero, ¿por qué es tan importante?

—Por el poder que representa. Por lo que con él se consigue, las cosas que se pueden comprar, las comodidades que puede producir...

—Entonces, si todas esas cosas pudieran obtenerse sin lucha, ¿los hombres seguirían trabajando, seguirían buscando las estrellas, seguirían guerreando?

—No lo sé. El dinero, como usted dice, no es más que un medio para conseguir un fin; pero hay algunos que lo adoran por sí solo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—No obstante, esos hombres son pocos, y si el dinero careciera de valor, ¿se los tendría por cuerdos?

—No.

—¿Y bien?...

Jeff se quedó mirando las tranquilas facciones del nativo extrañamente tatuado. Miró los grandes troncos de los helechos, semiocultos en la sombra de las anchas hojas. Tocó la rica tierra oscura y finalmente se enfrentó con el hecho inevitable.

¡El samán tenía razón!

La droga era la muerte: la muerte de las esperanzas y ambiciones, de la lucha y el progreso, de los sueños y los deseos. Se imaginó a Péters, un hombre tan absorto en sus sueños que se había olvidado de comer, se había olvidado de bañarse, de que era un hombre. Había vagado de calle en calle, perdido en su mundo de sueños. Mientras sus pies hollaban la basura, su mente recorría lejanos lugares, más allá de las estrellas.

Quizá había sido un rey que dominaba una nación de hermosas mujeres. Quizá había gobernado toda la Tierra y la había convertido en una Utopía. Quizá había hecho descubrimientos maravillosos en los reinos de la ciencia. Nunca lo sabrían, porque los sueños del hombre eran sagrados y conocidos sólo por él.

Pero al despertar tenía que ser un infierno; significaba la vuelta al áspero mundo de la realidad, al olor de la suciedad y la sensación de hambre, a ver las caras duras de los hombres y los ojos vacuos de las mujeres, a no ser nada, menos que polvo bajo las ruedas de los poderosos autos turbina. ¿Podría soportar eso un hombre por mucho tiempo? ¿Podría resistir la frustración, la dureza, la constante lucha por la comida y el alojamiento, la búsqueda de amigos? ¿Podría soportarlo cuando lo único que tenía que hacer era tomar una pulgarada y volver a su reino particular?

Jeff sabía que no podría.

Ningún hombre podría. Ningún hombre nacido de mujer podría negarse a sí mismo la culminación de todos sus esfuerzos y esperanzas, todo lo que había soñado y deseado. Era exigir demasiado de él. Era cambiar el cielo por el infierno... Y los hombres eran débiles.

La droga era realmente la muerte.

Se imaginó la Tierra poblada por hombres y mujeres de ojos inexpresivos: por gentes que habían probado las drogas exóticas. Vagarían por las calles desiertas y permanecerían tumbados en sus camas deshechas. Los niños gemirían llamando a madres rodeadas de un mundo de imaginarios amantes, o a padres entregados a sus harenes privados. Las fábricas dejarían de producir; las cosechas se pudrirían en los campos; los animales morirían; y las gentes caerían en las calles, muertas de hambre, mientras imaginariamente se

selecciones de bolsillitos

MIS AMIGOS
MIS CUENTOS
MIS ALEGRIAS
MIS ANIMALITOS

Cada libro contiene cuatro entretenidísimos cuentos, con hermosas ilustraciones en colores. $4.-

PIDALOS EN LAS BUENAS LIBRERIAS

hartaban en banquetes fantásticos,, podridos de enfermedades y gozando al mismo tiempo de una imaginaria salud. Le había ocurrido a Péters. Podría ocurrirle al mundo.

Los hombres eran débiles.

Lanzó un tembloroso suspiro; luego, como una llamita, la esperanza brilló en su interior. Sonrió, forzando sus rígidos labios, y, por un momento, experimentó la loca emoción de la conquista y el triunfo.

La droga era mortal, pero... *¡él la había tomado!*

—Lo encontré a usted poco después —dijo suavemente el samán—. Lo seguí hasta que el veneno hubo seguido su curso. Lo cuidé. Lo vigilé... y limpié su mente de recuerdos.

—¿Limpió mi mente?

—Sí. De no haber sido así, se habría usted visto poseído por tan intensa ansiedad como ni siquiera puede imaginarse. Le habría atormentado la imagen del mundo perdido, el mundo creado por sus sueños y sus deseos reprimidos. No le habría importado más que una cosa: volver a reconquistar ese mundo lo antes posible. Me habría matado por la droga que llevo en la cintura. Habría sumido a su mundo en la guerra, matado a sus amigos, hecho cualquier cosa. Porque lo único que le importaría era lo que había probado y había perdido.

—Eso dice usted —le replicó desafiante Jeff—. Pero, ¿cómo puede saberlo?

—¿Por qué cree que damos la droga sólo en el momento de la muerte? ¿Por qué cree que sólo los que están marcados como yo llevan la droga? A pesar de nuestra fortaleza, sólo somos fuertes como nosotros mismos, y la droga es tan fuerte como nuestros deseos, que son más fuertes que todo.

El samán hizo una pausa, y Jeff percibió en sus palabras una gran tristeza, un indecible anhelo.

—Los que llevamos las marcas negras —prosiguió el samán—, hemos sido probados; probados como se prueba a muy pocos hombres; porque somos los depositarios de una gran confianza y no podemos abusar de ella. Sabemos lo que hacemos; sabemos que no hay más que un camino posible.

—Usted ha probado la droga —dijo Jeff—; ha entrado en este mundo de sueños...

—Sí.

De repente empezó a llover, con gotas gruesas que repiqueteaban al caer sobre las hojas, como un trueno apagado. Oscurecía. Las sombras fueron envolviendo los grandes troncos de los helechos. El nativo se levantó. Jeff se levantó con él.

Y juntos se adentraron en el bosque.

LA alta alambrada que rodeaba el campo de aterrizaje brillaba como una redecilla incrustada de gemas. El grupo de casuchas parecía un montón de basura. Jeff se detuvo al borde del poblado. Entornó los ojos al notar la absoluta falta de movimiento, la ausencia de vida, el silencio que se cernía sobre el campo. Atravesó el barro semilíquido que separaba las cabañas. Miró el interior de algunas de ellas. Por fin se detuvo delante de la puerta cerrada del edificio de la administración.

Un guardián de ojos enrojecidos lo miró: el cañón de su rifle de gran velocidad colgaba hacia abajo mientras sus cansados ojos recorrían el bosque.

—Abra —le dijo secamente Jeff.

Mientras el guardián luchaba con la cerradura, Jeff se apoyó contra la alambrada, maldiciendo la debilidad que, aun después de dos semanas de alimentación nativa, seguía dominándole por momentos. Atravesó tambaleándose la puerta y se dirigió hacia el edificio central.

Carmody lo aguardaba en su despacho.

El comandante tenía un aspecto te-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rrible. Sus pequeños ojos brillaban en la cara pálida, tenía los cabellos revueltos y una mal afeitada barba le cubría los labios y la barbilla. Miró a Jeff como el que ve un fantasma y luego se inclinó en su silla, con los hombros abatidos por algo más que la fatiga.

—¿Se acuerda de mí, Carmody? —Jeff se dejó caer en una silla—. Soy Wálker. Vine a investigar el contrabando de drogas. ¿Lo recuerda?

—Sí, sí: lo recuerdo.

—No esperaba volver a verme, ¿no es cierto?

—Claro que esperaba volverlo a ver. Habría enviado un pelotón de soldados para que lo buscara; pero ocurrieron varias cosas y no pude hacerlo.

—¿Qué cosas, Carmody?

—Cosas sin importancia. Ya las venceremos. Siempre las hemos vencido. Pero hace falta un poco de tiempo.

—¿Tiempo? —Jeff meneó la cabeza—. No, Carmody. El tiempo no solucionará su problema —hizo una pausa, mirando las lentas revoluciones del ventilador eléctrico—. He pasado por las minas —dijo suavemente—. He mirado adentro de las cabañas. He contado sus soldados. Ha ocurrido algo, ¿no es cierto, Carmody? Sus cálculos le han salido al revés.

—No sé de lo que está usted hablando.

—¿No? —Jeff se encogió de hombros y tomó un cigarrillo de un paquete que había sobre el escritorio—. Un nativo me encontró —agregó—; un samán. Me cuidó, me alimentó y me contó unas cuantas cosas. Ahora lo sé todo, Carmody. Sé lo que le ocurrió a Péters.

—¿Sí? —el comandante se acomodó en su asiento, y su mano cayó dentro del cajón abierto que tenía a su lado—. ¿Qué ocurrió?

Jeff no le contestó; siguió sentado en silencio, mirando la sudorosa figura del comandante y lanzando delgados chorros de humo por la nariz. Al fin, dijo:

—Mientras estuve fuera me enteré de bastantes cosas. Me enteré de que los nativos son telepáticos. Ahora sé por qué empleaban los tambores, y también de dónde procede la droga.

—Sabe demasiado —le contestó despreciativo el comandante—. A veces no es conveniente que un hombre sepa tanto.

—Como el joven oficial que murió. El amigo de Péters. El amigo de Péters... ¿sabía también demasiado?

—No sé de qué habla usted.

—Hablo de Venus; un mundo nuevo, abierto al saqueo de los hombres que se dejan deslumbrar por el brillo del oro que les oculta la realidad, y se olvidan de que son hombres. Hablo de Péters. El hombre que trató de aprender algo y aprendió demasiado. Le estoy hablando de los hombres de las cabañas: esos hombres de ojos inexpresivos, esos hombres intoxicados, que han encontrado finalmente aquello que buscaron durante toda su vida —se inclinó hacia adelante y apagó la colilla de su cigarrillo—. ¡Estoy hablando de un canalla!

—No me gusta lo que está usted diciendo, Wálker. Recuerde dónde está y quién soy yo.

—Usted es un estúpido, Carmody; el mayor estúpido de dos planetas — Jeff se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación—. Pero hombre, ¿no se daba cuenta de que estaba en guerra? ¿No se le ocurrió nunca pensar que a los venusianos no les agradaría que les arrebataran su mundo, y que podían devolver el golpe?

—¡Está usted loco! —Carmody se encogió de hombros y, tomando una botella, se sirvió un vaso, sin molestarse siquiera en ofrecerle a su visitante.

—¿Lo estoy?

—Sí. ¿Qué podían hacer esos animales? ¿Qué armas tienen? ¿Cómo podían ganar una guerra?

—La han ganado —dijo simplemente Jeff, y se sentó, maldiciendo la debilidad que se apoderaba de él—. Aprendieron algo de nosotros, Carmody. Descubrieron nuestra gran debilidad, y en cuanto la descubrieron, ya no podíamos ganar. Descubrieron que el hombre es básicamente débil. El resultado era inevitable.

—¿Ah, sí?...

—Sí. ¿Quién le habló a usted de la droga? ¿Quién le dió por primera vez la idea de que podía llevarla a la Tierra? ¿Cómo esperaba usted guardarse el secreto para sí?

—¿Me acusa de hacer contrabando?

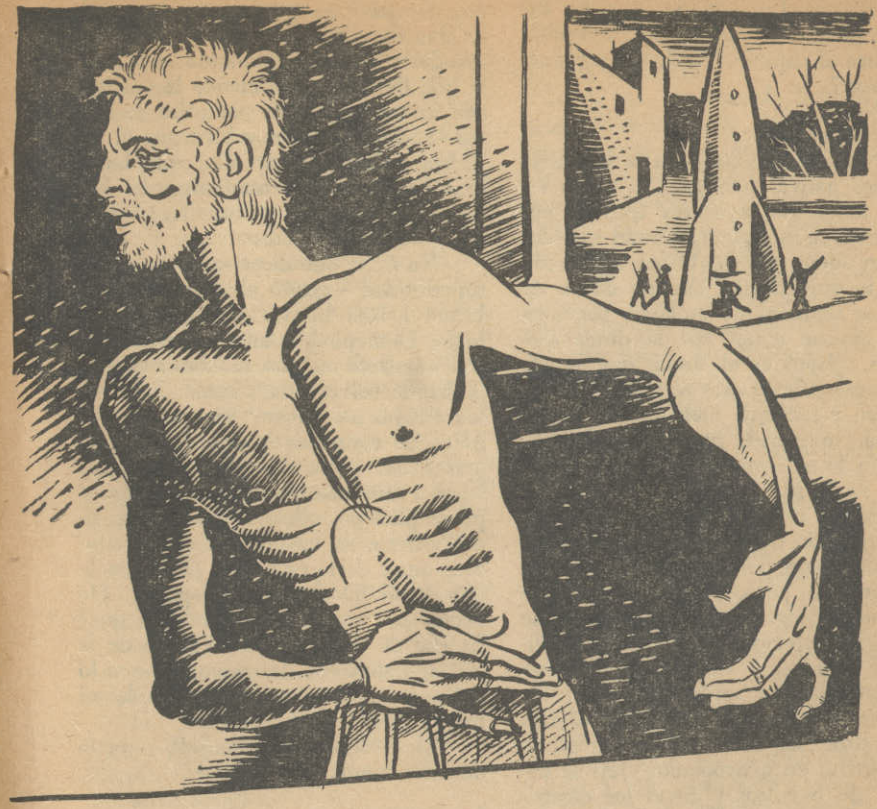
—Sí, y puedo demostrarlo.

CARMODY sonrió, descubriendo los dientes en un gesto amenazador. Su mano se hundió en el cajón, y cuando volvió a salir, había en ella

Factor Q

UN grupo de biofísicos norteamericanos anuncian en una comunicación preliminar, sin decidirse a precisar mucho sus afirmaciones, que han descubierto una sustancia en la sangre humana, la cual han denominado factor Q. Los propios autores no han podido determinar la composición química de este nuevo factor, pero suponen que su función es retardar los intercambios de energía entre las diferentes partes del cuerpo. Esto sería de trascendental importancia, sobre todo si, como ellos afirman, en la sangre de los cancerosos se observa una marcada carencia de Q. Así se explicará la proliferación desenfrenada de las células cancerosas, y en caso de reunir suficientes cantidad de Q., cosa que todavía no se ha hecho, podría utilizar para salvar de la muerte a miles de personas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



un revólver.. Jeff se quedó mirando el diminuto orificio de la pistola de gran velocidad y se encogió de hombros.

—¿Va a matarme, Carmody?

—¿Por qué no? Nunca me gustaron los espías.

—No me matará —le dijo tranquilamente Jeff—. Mis amigos están ahí fuera..., los nativos..., y si me mata, ellos lo sabrán. Recuerde que le he dicho que son telepáticos. Esos tambores servían tan sólo para apagar nuestros pensamientos desorganizados; para formar una barrera entre ellos y nosotros. Si usted me mata, se irán de aquí, y... *¡no recibirá usted más droga!*

—No la necesito.

—Sí, la necesita, y lo sabe. ¿Qué ocurrió mientras yo no estaba aquí? ¿Qué pasó en las tres semanas que anduve por el bosque perdido en las nieblas de la droga que usted me echó en la bebida? ¿Habló el hombre a quien destrocé la mano?... El secreto era demasiado importante para ser guardado, ¿no es cierto? ¿Para qué emborracharse cuando había algo mucho mejor a mano? ¿Asaltaron su depósito, Carmody? ¿Se sirvieron ellos mismos? ¿Fué eso lo que ocurrió?

—No pude detenerlos —dijo con voz opaca—. Traté de impedírselo; pero mis

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mismos hombres me traicionaron. Parecían locos. Los previne, pero no sirvió de nada —el revólver cayó con ruido metálico al cajón—. Wálker, ¿qué puedo hacer?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada en absoluto. Ya le he dicho que los nativos han ganado, y así es. Casi todos los terrestres que se encuentran en este planeta, están sumidos en un sueño tóxico. Usted sabe muy bien lo que ocurrirá cuando salgan de él. Los samanes no andarán por aquí para dejarse matar por la droga que llevan. Usted es el único que puede proporcionarles a esos terrestres lo que buscan, y recuerde bien que no se detendrán ante nada para obtenerlo.

—Ya lo sé —murmuró el comandante—. Ya lo sé.

—Péters debe de haber descubierto la naturaleza de la droga. Era curioso; probablemente los convenció para que le dieran un poco, o quizá su amigo le "encontró" alguna. Hay un modo de probar los efectos de un narcótico: disolver una parte en alcohol y luego pulverizarlo con un pulverizador. De ese modo se pueden probar los efectos de la droga sin correr mucho riesgo de convertirse en toxicómano —Jeff se encogió de hombros y tomó los cigarrillos—. Péters no sabía lo que estaba haciendo.

—Yo estaba con él cuando la probó —dijo amargamente Carmody—. Usó una dosis demasiado fuerte. Inmediatamente fué víctima de ella. Cuando los efectos se disiparon, nada pudo impedir que la probara de nuevo. Los efectos duraron aproximadamente una hora, así que no se debilitó. Yo arreglé el asunto con un piloto, para que buscara un agente en la Tierra. Sabía muy bien lo que la droga produciría en ciertos lugares. Péters fué el tercer portador que empleé. El doctor estaba complicado también en el asunto, claro está. El realizó la operación.

—De modo que usted hizo que Péters tomara una gran dosis, lo envió en una nave a la Tierra, y le prometió mandarle más droga cuando entregara la que llevaba —Jeff meneó la cabeza, con los ojos cubiertos por velos de humo—. Sabía usted muy bien que él no podría resistir la tentación; que haría cualquier cosa por conseguir más. He dicho que usted es un canalla, Carmody, y no me arrepiento.

—No tiene que darse tantos aires de superioridad —gruñó el comandante—. Usted habría hecho lo mismo en mi lugar. Demonios, hombre, ¿quién querría quedarse en este maldito aqujero, pudiendo volver a la Tierra? ¿Sabe usted cuánto me pagan? Vi una oportunidad de conseguir lo que quería y la aproveché. ¿Qué daño hice con eso? Maté a unos cuantos nativos. ¿Quién se preocupará por ellos? Unos cuantos ricos viciosos de la Tierra morirán también antes de lo esperado. ¿A quién le importará? Deténgame si quiere. He hecho un poco de contrabando. ¿Y qué? Dentro de dos años estaré fuera de la cárcel, trabajando de nuevo, poseeré lo suficiente para adquirir en seguida mi propia nave.

—Eso —dijo secamente Jeff— era lo que me temía.

DEJO caer el cigarrillo; lo pisó; se levantó de la silla y antes de que el comandante pudiera impedirlo, arrebatóle la pistola. La tomó, mirando al comandante con ojos tan fríos y duros como el hielo y el acero.

—No va a volver a la Tierra, Carmody. Ninguno de los que ha probado la droga volverá a la Tierra. Toda esta región está en cuarentena.

—¡Qué locura!

—No, no es locura. Aquí hay un loco; ¡pero es usted! ¿No se da cuenta de lo que podía ocurrir? ¿No comprende de los efectos que tendría la droga? ¿No se le ha ocurrido pensar que estos venusianos son gente seria? Sabían lo que usted iba a hacer. Sabían que los matarían por la droga que ellos llevaban y, sin embargo, acudieron deliberadamente a la muerte. Su complicada ética les impedía entregarnos la droga. Si la queríamos, teníamos que quitársela, y así lo hicimos. ¿Habrían hecho eso los terrestres? ¿Habrían guardado tan bien un secreto?

—No comprendo...

—Escúcheme y comprenderá. Si nos hubieran dado la droga, habríamos desconfiado de ella. La habríamos probado, la habríamos prohibido, previniendo a los hombres contra ella. Pero no hicieron eso. No. Teníamos que ser listos. Teníamos que descubrirla nosotros mismos. Teníamos que imaginarnos que los nativos no conocían el poder de la droga y atraerlos como a animales de caza, matándolos, para obtenerla. Así, ellos cumplían su ley. Así, todo resultaba bien.

Jeff temblaba de rabia, y el brillante cañón del arma temblaba en su mano.

—¿Se imagina una raza así? Piense en ese momento. ¿Puede imaginársela?

Una expresión de espanto heló los ojos del comandante. Miró a Jeff con horror. Cuando habló, su voz era extrañamente ahogada.

—Dios mío —murmuró—. ¡Cómo deben de odiarnos!

Lentamente, Jeff asintió y luego dejó caer la pistola.

—Sí —dijo—. Nos odian; pero su odio es algo peculiar. Yo lo llamaría determinación antes que odio. Sabían muy bien que contaminaríamos este planeta; así que hicieron algo para impedirlo. Si volvemos aquí harán alguna otra cosa, y después de ésa, otra. No podemos ganar, Carmody, y cuanto más pronto nos demos cuenta de ello, mejor. El hombre no es ya el señor de la creación. Otras razas tiene tanto derecho a vivir como nosotros. Era una lección que teníamos que aprender, y que debemos aprender antes de que podamos decir realmente que vamos a conquistar las estrellas.

—¿Qué va a ocurrir entonces? ¿Qué será de nosotros?

—Los que han tomado la droga, morirán. Volverán a la realidad y ansiarán retornar a su mundo de sueños. He hecho que el samán me prometa porporcionarles las drogas necesarias. Dentro de dos o tres meses habrán muerto... Nada podrá evitarlo.

—¿Por qué? Usted tomó la droga y sigue vivo —la esperanza brilló en los pequeños ojos del comandante—. ¡Tiene que haber un antídoto! Usted lo descubrió. ¡Dígame que lo descubrió!

—No encontré ningún antídoto — Jeff se quedó mirando los brillantes ojos—. ¡Ah!, conque usted también la probó, ¿eh? —dijo, pensativo—. Sabía usted lo que puede hacerle a un hombre y aun así, no pudo contenerse —se quedó mirando al hombre, con algo muy parecido a la lástima—. ¡Pobre loco! No hay antídoto alguno. El samán trabajó en mi mente, borrando mis recuerdos, limpiándolos del paraíso en que viví mientras vagaba por el bosque. Lo hizo por mí, pero no lo hará por nadie más.

—¿Por qué no? Usted puede obligarlo a ello, amenazarlo con matarlo si no lo hace. ¡Wálker, tiene que ayudarme! ¡Tiene que ayudarme! ¡No puede negarse!

—No. A mí me trataron por una razón específica. Usted tiene que morir con el resto.

—¡No!

—Sí. Yo voy a ser el que hablará por ellos. He accedido a establecer un tratado. Nos concederán esta área (cien kilómetros cuadrados) y nada más, a cambio de que respetemos su derecho a poseer su mundo. Mientras cumplamos el tratado, no nos darán más drogas; pero si no lo cumplimos...

—Son salvajes. Usted no puede compararlos a uno solo de los nuestros. Yo no quiero morir, Wálker. Quiero vivir,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gozar de las cosas que nunca pude obtener. La vida es demasiado corta, se acaba demasiado pronto. El hombre envejece antes de alcanzar ningún propósito, y entonces es ya demasiado tarde.

—Entonces, tome un poco de su droga —le contestó secamente Jeff y salió de la habitación.

Aguardó un momento en la puerta, mientras un hombre semihistérico rebuscaba en los cajones y encontraba en ellos lo que había buscado toda su vida. Se oyó un ruido de cristal y un suspiro. Jeff se volvió, miró al hombre de ojos inexpresivos, caído en el suelo de plástico (un hombre perdido ahora en el mundo de sus sueños), y luego dejó lentamente la oficina, por segunda vez.

AFUERA, las nubes se iban amontonando en el cielo, oscureciendo el sol. Una leve brisa agitaba las anchas hojas de los grandes árboles, y un guardián lo miró con curiosidad cuando pasó por la puerta.

Se sentía muy cansado.

¡Había tanto que hacer!: cuidar de unos hombres, sacar a otros del área de la alambrada... Las naves llegarían y se marcharían de nuevo, hasta que llegaran naves de la Tierra con distinto personal. Venus seguiría siendo un alto en el camino de los hombres terrestres ansiosos de viajes; pero ahora los hombres lo respetarían, lo tratarían como debe tratarse un mundo. Y un día...

Un día, los venusianos y los terrestres se unirían y se llamarían amigos. Las dos razas se mezclarían, compartirían sus posesiones, remontarían juntas el largo camino hacia las estrellas, ayudándose mutuamente. Pasaría el tiempo, y las antiguas heridas se cicatrizarían; más para eso haría falta mucho tiempo..., mucho tiempo; pero ocurriría.

Comenzó a llover de nuevo, mansamente. ✦

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: A. — La nebulosa extragaláctica más cercana a la nuestra es la de Andrómeda a 680.000 años luz de distancia.

Respuesta Nº 2: D. — Para poder explicar la cohesión de las partículas nucleares cuya similitud de carga debería tender a separarlas, el físico japonés Yukawa introdujo en 1935 la noción de campo mesónico que sirvió para explicar dicho fenómeno.

Respuesta Nº 3: B. — Desde el punto de vista imparcial de la supervivencia, la hormiga es el invento más estable de la naturaleza (cosa que todavía no puede decirse del hombre). Alcanzó su perfección hace 50 millones de años y desde entonces ha mantenido su supremacía tanto en cuanto a número de individuos como de especies (3.500).

Respuesta Nº 4: B. — La aguja de la brújula señala el Polo Norte magnético, que además de no coincidir con el geográfico varía constantemente.

Respuesta Nº 5: E. — Se designa así a las cenizas de un tipo de alga marina con las cuales se produce iodo.

Respuesta Nº 6: B. y D. — La probabilidad de las combinaciones B) ó D) es igual a 3/5 mientras que la de A) ó C) es de 1/7.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

DUDA

Señor Director:

Abriendo la ventana del tiempo, en una resplandeciente noche, me inquietó este interrogante: ¿será posible que sólo seamos "robots" humanoides altamente perfeccionados y dirigidos por originales inteligencias?

L. MORALES OSSES (Santiago de Chile)

M. A. PARA LOS NIETOS

Señor Director:

Quiero conservar intactos los ejemplares de MAS ALLA para mostrarles a mis nietos en los comienzos del siglo XXI la poca imaginación que tenían los escritores de este siglo y lo cortos que se quedaban anticipándose al futuro... He conservado su técnica de anular una crítica con una adulación compensatoria. ¿Tiene a mano alguna carta que anule la mía?

ERIO DIAZ (Capital)

No, porque usted ni critica ni adula. Su certeza de que el porvenir nos deparará sorpresas está ampliamente compartida. No hay duda de que buena parte de la f. c. de hoy no tendrá realización en el porvenir: pero tampoco hay duda de que algunas de las profecías que ella encierra se concentrarán entre la f. c. realizable y la f. c. irrealizable. Discriminar es nuestro goce, nuestra pesadilla, nuestro agradable tormento.

EDITORIALES

Señor Director:

El Editorial último (Nº 34) no estuvo a la altura de los otros números. (Por supuesto, esto no lo publicará).

FELIX SOSA (San Luis)

Estoy de acuerdo (por supuesto, esto se publica).

Señor Director:

Acá en Sirio estamos todos muy satisfechos por su revista y esperamos con ansiedad el plato volador mensual que nos trae alguno MAS ALLA. La pena es que no se adapta a nuestros aparatos de lecturas parlantes y debemos leerla directamente, operación algo costosa por la falta de costumbre. Claro que eso nos permite dejar de leerla en seguida al encontrar cosas como sus Editoriales.

UK AGOI (Base Militar Imperial, Sirio-Vía Láctea)

Señor Director:

Lo felicito efusivamente por los Editoriales. No por las ilustraciones. No las considero a la altura de la revista.

ROBERTO C. LEONARDI (Juárez, Pcia. de Bs. As.)

Señor Director:

Me gustan mucho los Espaciotest, las notas científicas y sobre todo los Editoriales, realmente fantásticos. Es una verdadera lástima que MAS ALLA no se publique quincenalmente.

ANGEL M. D'AMBROSIO (Rosario de S. Fe)

Señor Director:

Mis más cálidas congratulaciones por sus Editoriales y quiero que las haga extensivas a sus magníficos "cráneos" de la Sección Científica.

JUAN CARLOS GARRIDO (Córdoba)

¿QUIEN? (M. A. Nº 34)

Señor Director:

Esta novela de Th. Sturgeon es sencillamente grandiosa, emocionante, distinta, inusitada. Es la mejor de las novelas cortas publicadas hasta la fecha.

WALTER C. HAURE (Rosario)

Señor Director:

La novela "¿Quién?" me ha parecido extraordinaria y felicito a su autor el Sr. Sturgeon.

EDUARDO J. SALOM (Capital)

Señor Director:

Yo nunca me quejo, pero "¿Quién?" no es novela ni nada que se le parezca, es una "cosa" (hay que darle un nombre a eso) para publicarla en una revista infantil y todavía le debe quedar grande. ¡Mire que hacerle leer a uno tantas páginas para no decir nada!...

723-eD DE 5782-5, (Venus)

Señor Director:

"Mundo de Ocasión", "A la cabeza" y "La Aguja" (M. A. 32-33) me reconciliaron con MAS ALLA, ¡pero qué malo salió el Nº 34! Cuentos sin importancia, medianamente pasables... "¿Quién?" y "Punto Ciego", pero nada más.

DINAH DEL VALLE (Capital)

Señor Director:

"¿Quién?" es la mejor novela del Nº 34. Un cuento que sin tener la atracción de varios personajes lo concentra y lo convence a uno de una idea hasta que una explicación perfectamente lógica lo desconvence y todo bien, pero..., siempre nos queda la impresión de que en el mamparo estaba realmente Skampi...

OMAR KAZAM (Capital)

Señor Director:

Luego de leer la novela "¿Quién?" puedo aventurarme a explicar por qué ha disminuído el número de lectores estudiantes de su revista... Desgraciadamente el joven argentino, a pesar de poseer un nivel mental bastante elevado, no está preparado para la verdadera narración científica, por lo tanto apetece y goza leyendo aventuras espaciales de hombres superdotados, intrépidos miembros de la Space Patrol, etc. En cambio sus páginas reflejan las impresiones de una selecta minoría de mentes jóvenes ahora, pero que serán nuestros científicos del futuro.

ROBERTO GOLBERT (Rosario)

Son pocos los jóvenes (argentinos o no) que no gocen de leer aventuras espaciales, que son la versión moderna de las aventuras de bucaneros y de cow-boys. Pero la mayoría de ellos, al llegar a cierto estado de madurez mental, que no es exclusivo de los futuros científicos sino común a todas las personas normalmente inteligentes, buscan en sus lecturas no sólo la emoción y el suspenso, la acción y la violencia, sino también un vislumbre del porvenir, un panorama del hombre, un desafío a la realidad habitual, un estímulo hacia la superación de lo viejo. Todo ello lo encuentran en la f. c. Y, de paso, no es cierto que haya disminuído el número de lectores estudiantes.

LA AGUJA (M. A. Nros. 32-33) Cont.

Señor Director:

"La Aguja" es un cuento muy bueno, se puede leer sin bostezar mayormente. Demuestra que el "homo sapiens", se puede acomodar a cualquier situación y que hasta puede gustarle la nueva posición que tiene. Pero lo que yo no me trago es que unos cuantos científicos puedan sacar prácticamente de la nada y de sus conocimientos los elementos necesarios para hacer otra aguja. ¿No le parece? En esto se nota en seguida la mano del norteamericano nato... Y ahora, otra cosa: no me explico cómo un linotipista que puede escribir correctamente mi apellido pueda equivocarse en cosas tan triviales como los errores que figuran en el Nº 33.

MAURICIO KITAIGORODZKI (Capital)

Señor Director:

Mis más sinceras felicitaciones por novelas como "La Aguja" en la que J. Sohl demuestra una gran visión del futuro y del enorme campo de acción que tiene la ciencia.

LUIS CENDRA (Capital)

Señor Director:

Protesto, decididamente protesto. Por más que pienso no entiendo. Leí la primera parte de "La Aguja" y me quedé estúpida: ¡es extraordinaria, magnífica! Le aseguro que contaba los días con impaciencia esperando la segunda parte. Pero cuando terminé de leerla no salí de mi asombro. ¿Cómo es posible que la primera parte haya sido tan magistral y la segunda un bodrio? Podría llamarse "Perdidos en la selva" o "Robinson Crusoe", pero de f. c. no tiene un gramo.

MARTA CARLO (Capital)

Señor Director:

Me pareció estupenda la novela de Jerry Sohl, aunque no llega a la calidad superior de "Mundo de Ocasión". (M. A. 28-29)

ERNESTO CLUSELLAS (Capital)

EL NIVELADOR Y EL FANTOCHE

Señor Director:

Me ha gustado mucho la novela "El nivelador y el Fantoche" (M. A. Nº 31). No sé por qué el título y el hecho de que su autor fuera inglés me hicieron presentir, antes de leerla, que iba a ser muy buena. Y así fué. ¡Alan Barclay es un autor extraordinario!

G. HANSEN (Capital)

JEROGLIFICOS

Señor Director:

Considero "La suerte de Ignatz" de Lester del Rey como el mejor cuento publicado en el Nº 34. Sostengo que es una obra muy buena no sólo porque su tema de f. c. es alegre, humano e inteligente, sino también por carecer de esos jeroglíficos innecesarios de palabras conque la mayoría de los escritores que publican sus obras en MAS ALLA creen elevar su valor.

RODOLFO J. MELIN (Capital)

Señor Director:

Este Lester del Rey debe tener un subconciente lleno de imágenes de animales rarísimos, monos que hablan, perros obreros etc. Después de esa superpavada que apareció en un MAS ALLA: una "Trilogía de Lester", creí que no publicarían más cuento de ese estilo, pero veo que insisten en meternos bichos de todas clases por todos lados.

OMAR KAZAM (Capital)

TAPAS

Señor Director:

Son dignas de destacar las ilustraciones de las tapas, pues en sus maravillosos colores nos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

muestran escenas que serán comunes dentro de 50 años.

LUIS CENDRA (Capital)

Señor Director:
La tapa del Nº 34 parece dos cigarros echando humo... ¿Acaso es una chimenea?... Con seguridad que se trata de un nuevo estilo. ¿Verdad, apreciado dire?

ROGELIO PIERRI (Capital)

Señor Director:
¿Por qué desaprovecha así sus tapas? Le sugiero que publique mejor un mapa estelar en secciones o fotos de cohetes experimentales, pero, ¡por favor! ¡Déle vacaciones al dibujante! En cambio, las ilustraciones de los cuentos son muy agradables y precisas.

ALBERTO GOLBERT (Rosario)

PLATOS VOLADORES (Cont.)

Señor Director:
La teoría de la psicosis colectiva con la cual se pretendía explicar ciertas apariciones de extraños cuerpos que aparecen en el firmamento no debe abandonarse, por lo menos en nuestro país. La prueba palpante y visible puede hallarse comparando los ejemplares anteriores y posteriores al número 24 de MAS ALLA. En los anteriores no se encuentran ni rastros de cartas en que los lectores afirmen haber visto platos voladores. No me extrañaría que usted en uno de sus editoriales denunciara también que los vió. Si publica esta carta le prometo ver platos voladores.

ANGEL G. SECCHI (Capital)

DISTINTIVOS

Señor Director:
Sería muy lindo identificarnos por la calle todos los lectores de MAS ALLA. Hago la salvedad de que el hecho de usar el distintivo no significaría que tomáramos la f. c. como un culto o una secta sino tan sólo (¡y nada menos!) que como seguidores, admiradores y propagadores de la f. c. y de MAS ALLA.

BEATRIZ BRETT (Capital)

Señor Director:
Los artículos científicos me aburren, pero no dejo de reconocer que es porque no entiendo ni "J" de nada de lo que en ellos se trata. Estoy de acuerdo con que tendríamos que usar un distintivo y así poder reconocernos en cualquier lugar que nos encontráramos.

MARGARITA CUÑADO (Capital)

P. D.

Señor Director:
La sección "Proyectiles Dirigidos" ha reducido el tipo de su letra hasta hacerla prácticamente ilegible. ¡Por favor! ¡No achiquen más la revista!

ERNESTO CLUSELLAS (Capital)

Señor Director:
¡Colosal su idea de la letra menuda para la sección "Proyectiles Dirigidos"! ¡Pero, ojo! No es el caso de publicar la misma cantidad de cartas en menos hojas, sino de publicar más cartas en el mismo espacio. Me parece muy buena su idea de agrupar los comentarios favorables con los adversos. Eso puede dar lugar a intereantes discusiones entre los lectores.

CARLOS L. TONELLI (Bernal Oeste)

Señor Director:
Casi sin darnos cuenta nos hemos ido conociendo entre los lectores y cada sección de "Proyectiles Dirigidos" es una tribuna libre en la que nos reunimos para discutir los problemas que atañen a la revista. ¡Todos unidos por MAS ALLA!

HECTOR J. PENA (Capital)

HACIA LA VERDAD (Cont.)

Señor Director:
No puedo dejar de responder al señor León Zorrilla (M. A. Nº 34) que si el señor Martínez le recuerda a los aborígenes americanos, él me recuerda a los misioneros de los tiempos de los aborígenes que cobraban a esos mismos indígenas $ 100 por un entierro cerca del altar, $ 50 por un poco más lejos, y $ 10 lejos, con el cuento de reservarles un lugar cerca de Dios. Por lo tanto, leoncito, será mejor que te cortes la melena que a melena larga entendimiento corto. Y vete tú a hablarles a los marcianos sobre tus ideas que aquí, te lo aseguro, vas al descenso.

MARTA CARLO (Capital)

Señor Director:
El señor Zorrilla se refiere a los aborígenes americanos cuyos primitivos cerebros no concebían nada más poderoso que el universo. Y yo pregunto: ¿qué debemos decir entonces de los hombres actuales, cuyos adelantados cerebros no conciben nada más poderoso que un Dios omnipotente y omniscente creador de dicho Universo? Utilizando sus mismas expresiones diré: eso de un ser superior que todo lo ve y todo lo oye vete a decírselo a tus compañeros de secta, porque con nosotros vas muerto, Pepe.

MARIO M. MUÑOZ (La Plata)

AMIGABLEMENTE

Señor Director:
He leído que un lector le contesta a otro (M. A. Nº 34) tuteándolo y llamándolo por un apodo. Todo esto amigablemente. No es criticable y sólo lo pongo como ejemplo de que es necesario un acercamiento entre los masallistas.

—iT=Dax— 3.527.369 (h.)
(3º Pantano a la izquierda)

¿CUAL ES SU APODO, POR FAVOR?

Señor Director:
En el Nº 34 aparece una carta sobre "Notitas" firmada de una manera ridícula. Está bien un poco de humorismo en la revista, pero firmar 12-12-2001-6 es sencillamente ridículo. No sé qué gana ese lector con martirizar al linotipista de esa manera si después nadie lee la firma. Estoy de acuerdo, sin embargo, con todo lo que opina.

MAURICIO KITAIGORODZKI (Capital)

respuestas de la sección científica

EXPEDICION AL CENTRO DE GRAVEDAD

¿Por qué en lugar de dedicarnos con tanto afán a navegar por el espacio, no nos conocemos nosotros mismos y comenzamos a planear una expedición al centro de gravedad, y otras a las profundidades más remotas del océano? ¿No cree usted que sería más provechoso?

UN ROSARINO EN ZARATE

→*No vemos que haya ningún inconveniente en planear dichos viajes a las regiones que usted menciona. Le sugerimos que usted mismo comience por esa tarea y nos haga llegar su proyecto. Si es viable, se tratará de ponerlo en marcha. Si no, mala suerte.*

UN BAÑO EN EL ESPACIO

Respecto de las necesidades del hombre en el espacio, tales como el baño, etcétera, no se dice nada en el Nº 27 de MAS ALLA, al hablar de las estaciones espaciales. ¿Tendrían que utilizarse tanques y luego traerlos de nuevo a la Tierra?

TOMAS JUAN GRONDONA
(Carapachay, F.N.G.B.M.)

→*El espacio es tan grande, que no nos parece que valga la pena pensar en traer de vuelta esas cosas. Se formarían más bien "meteoros" nuevos.*

VELOCIDAD DE UNA ESPACIONAVE

Cuando una espacionave sale de una atmósfera cualquiera y penetra en el vacío, ¿permanece constante su velocidad o puede variar a voluntad, dentro de lo posible?

CARLOS ALBERTO SEISDEDOS
(Córdoba)

→*La salida de la atmósfera no es brusca, sino paulatina; la atmósfera, en realidad, va haciéndose cada vez más tenue. Pero puede considerarse que, desde el punto de vista práctico, a 200 km. de la superficie terrestre ya la fricción del aire es nula. Por supuesto, la velocidad [illegible] cuando [illegible] to del aire, pero siempre es posible acelerar el vehículo a voluntad, por medio de la propulsión a reacción.*

GLOBOS Y DIRIGIBLES

¿Hasta qué altura es posible llegar mediante un globo o un dirigible y cuáles son los inconvenientes que se presentarían para llegar a 400.000 metros de altura?

WILLIAM WRIGHT (Avellaneda)

→*La mayor altura lograda por un globo estratosférico fué de 21.800 m. (Explorer II, noviembre 11 de 1935). Los inconvenientes que se presentan para llegar a los 400.000 m. con globos o dirigibles son simplemente debidos a la paulatina rarificación de la atmósfera, la cual arriba de los 200 km. es tan tenue que prácticamente ya no ofrece resistencia a los cuerpos en movimiento, aun cuando vayan muy rápido con velocidades de varios kilómetros por segundo.*

COMUNICACIONES EN EL ESPACIO

¿Sería posible mantener contacto con una nave espacial mientras va por el espacio? ¿Y cuando esté en la luna? ¿La ionosfera no reflejaría las ondas?

ENRIQUE AZORIN (Río Cuarto, Córdoba)

→*Sí, sería posible, así como también si estuviera sobre la Luna. En cuanto a la ionosfera, refleja efectivamente las ondas de radio, pero no las de radar, por ejemplo. Vale decir, ondas menores que cierto límite (unos 10 m. de longitud de onda) atraviesan dicha capa sin ser reflejadas.*

GASES

Quisiera tener una lista de sustancias que despidan gran cantidad de gases, por sí solas o combinadas.

H. BORODAUCK (Capital)

→*Hay muchas, por ejemplo: Petróleo y oxígeno, metano y oxígeno, alcohol etílico y oxígeno, amoníaco y oxígeno, hidrazina y oxígeno, hidrógeno y oxígeno, diborano y oxígeno; ácido nítrico y anilina; fluor e hidrógeno; fluor e hidrazina; agua oxigenada e hidrazina; etc.*

CORRESPONDENCIA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ELECTRICIDAD

Se dice generalmente que lo que mueve cualquier máquina eléctrica es la "electricidad", o sea una corriente de partículas o iones eléctricos en movimiento desde un potencial de elevada energía hacia otro de más baja energía. Pero esas partículas o iones están cargadas de electricidad. ¿Qué es la electricidad, en último análisis? ¿Qué es el campo eléctrico?

R. N. VARDICH (Formosa)

→*Este es uno de los problemas aun no resueltos por la Física: qué es la electricidad. En realidad es difícil contestar a todas las preguntas que empiezan con "qué es tal cosa". La ciencia contesta de manera más o menos simple "cómo es tal cosa", es decir, contesta sobre el comportamiento de tal o cual fenómeno, en virtud de las leyes naturales que poco a poco va descubriendo, o de las teorías que explican dicho comportamiento. Pero cuando se trata de decir "qué es algo", empiezan las dificultades. De la electricidad, por ahora, no se sabe prácticamente nada sobre qué es. Se sabe que los electrones pueden considerarse como electricidad, en el sentido que se trata de unas pequeñísimas masas puntuales —o casi puntuales, tampoco se sabe— cargadas; se sabe perfectamente las propiedades de esas partículas: cuánto pesan, cuánto mide la carga, cómo se mueven, a qué ecuación responden, si tienen momento angular o no, etc. Pero qué son, no se conoce. En cuanto al campo eléctrico, hay dos puntos de vista: uno es el de las teorías de campo, según el cual poseería una realidad física independiente del observador; otro es el punto de vista "de partículas", según la cual se trataría solamente de un concepto cómodo, útil, para describir las acciones ponderomotrices a que se encuentran sometidas las cargas eléctricas en ciertas circunstancias. Ciertas teorías de campo explican esta acción por medio de emisiones y absorciones "virtuales" de partículas sin masa llamadas cuantos de luz o fotones. De este modo se explican las acciones de Coulomb entre partículas. Asimismo de este modo se explican las fuerzas nucleares entre los protones y los neutrones, suponiendo que se producen emisiones y absorciones de partículas de masa igual a unas 260 veces la masa del electrón, las cuales se denominan mesones pi —o piones— cargados, y también neutros. Es la teoría "mesónica", o de campo, de las fuerzas nucleares.*

COLORES DE LAS SUSTANCIAS

¿Cómo se determina el color por reflexión y por trasparencia de una sustancia cualquiera?

NELSON R. MacALLISTER (Pergamino)

→*El color de la sustancia, según se mire por reflexión o por trasparencia, viene dado por las longitudes de onda de las radiaciones que no absorbe. Es decir, el color resultante es el de los rayos que llegan a nuestros ojos. Si la sustancia ha dejado pasar, o refleja solamente rayos situados en la región amarilla, por ejemplo, el color de dicha sustancia aparecerá como amarillo.*

ARCO IRIS

¿De qué se forma el arco iris? ¿Es tal vez alguna sustancia que al mojarse da esos hermoso colores que he observado regando mi jardín?

CARLOS ADOLFO TRYHAUSKUZ
(Pilar)

→*No, el arco iris no es una sustancia, sino que es un efecto que se pone de manifiesto en el caso de su jardín al ser regado, porque las gotitas de agua que se forman, al ser iluminadas por la luz del Sol, reflejan y refractan los rayos correspondientes a los diversos colores de modo diferente, dando lugar a la sensación de los diferentes colores del arco iris. La explicación detallada del fenómeno se debe a Descartes, quien realizó experimentos con una bola de vidrio llena de agua, pudiendo comprobar que ése era el mecanismo de la formación del arco iris.*

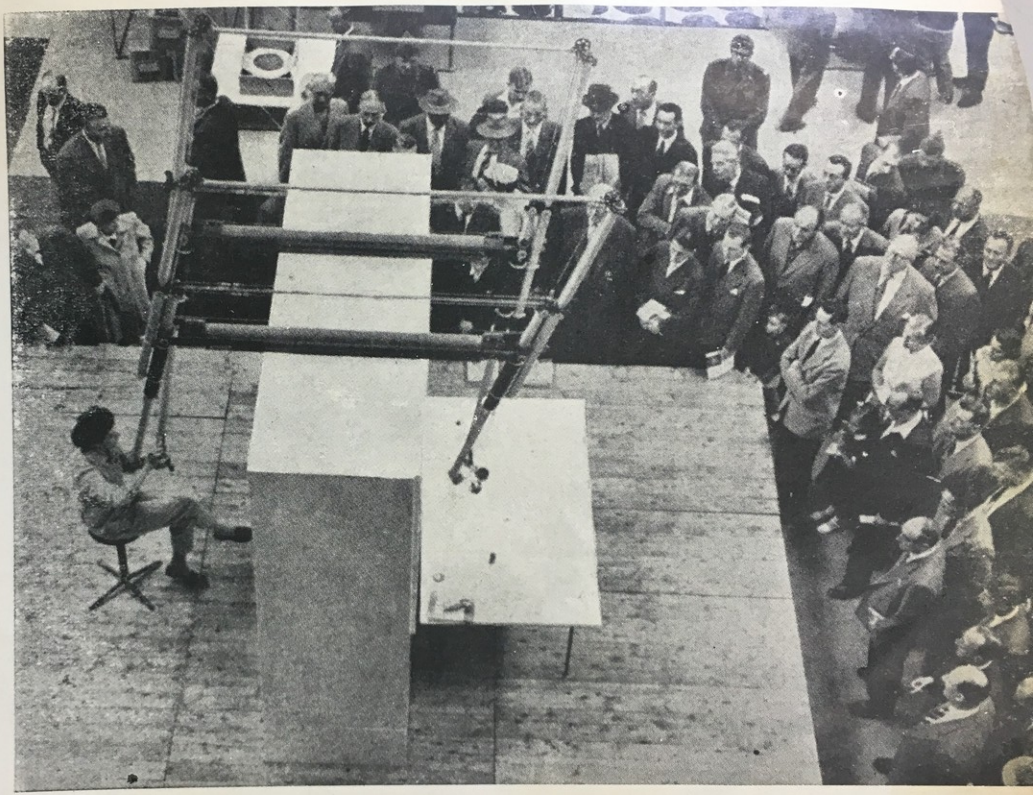
Impr. Fabril - Mayo 1956 - Industria Argentina

más allá. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 507981. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO Central B
FRANQUEO A PAGAR
Cuenta Nº 574
INTERES GENERAL
Concesión Nº 4923

esclavas del hombre

La necesidad de manejar materiales radiactivos a distancia ha desarrollado enormemente servomecanismos como el que ilustra la fotografía. Las manos mecánicas son capaces de repetir prácticamente cualquiera de los movimientos de las humanas y manipular con la delicadeza necesaria las sustancias químicas radiactivas.



el próximo número de **más allá**
estará dedicado a

la energía atómica

- sus utilizaciones pacíficas
- sus peligros
- sus limitaciones

en el mismo número:

el clamor del silencio

novela de Wilson Tucker
(autor de "Los Señores del Tiempo")

Una terrorífica visión de la Tierra arrasada después de las guerras atómicas... Una acongojada, trágica advertencia... una novela humanísima en un mundo deshumanizado.

$ 6.-